TRISTES SOMBRAS

LOLA ANCIRA

PARAÍSO PERDIDO

TRISTES SOMBRAS

LOLA ANCIRA

El pasado es una gran tiniebla llena de resonancias. Desde ella pueden llegarnos algunas voces…

MARGARET ATWOOD

El cuento de la criada

Sólo en el libro hay espacio para lo que en el país ya no tiene lugar.

EDUARDO RUIZ SOSA,

Anatomía de la memoria

El problema de un país como México (…) no era solamente el Mal, sino el hecho de que resultaba complicado separar la realidad de la ficción.

Todo podía suceder porque todo era igualmente creíble.

BERNARDO ESQUINCA,

Carne de ataúd

LA CASTAÑEDA

LA MUERTE NIÑA

Fue en el mercado de los domingos donde la viuda Rosa se enteró del prodigio antinatural que Eugenio Frey estaba ofreciendo a los clientes de su droguería: duplicar el aroma de cualquier ser amado que hubiera perdido la vida o, como el padre Santiago repetía en las misas, «capturar en pequeños frascos oscuros un poco del alma de quienes debían encontrar reposo». Estaba dispuesta a pagar con los cubiertos de plata o algunas de las joyas que aún conservaba para poder percibir de nuevo el aroma de José Luis, consciente de que Dios la castigaría por intentar traer de vuelta lo que él decidió llevarse. Pero, de momento, había gastos más apremiantes. Al contrario de lo que solían decirle, el dolor y la nostalgia por el que fuera su marido crecían más entre las altas paredes y los vitrales aderezados de incienso de la iglesia en la que pasaba la mayor parte del día en luto eterno.

El oscuro lino de sus vestidos hacía juego con los tocados o sombreros con adornos de plumas, velos de tul, encajes o mallas en tonos azabaches.

La pérdida convirtió a Josefina, su única hija, en una puberta

callada y cohibida. Heredó el mismo rostro de él, aunque los rasgos eran más delicados y su piel oscura. Desde pequeña, su madre y las mujeres que influyeron en su educación se encargaron de repetirle que lo primero que debían hacer al notar la menarca era buscarle un marido que la embarazara para así asegurar su sustento. A dicha instrucción se había añadido la de conseguir un hogar para llevarse a su madre, quien se encargaba de que no se perdiera las lecciones de bordado y tejido que le daba una criada. Para Rosa, Josefina era una contradicción: un obstáculo para rehacer su propia vida y su única salvación en ese momento. Sin ella, los Tardan no tendrían motivos para mantenerla. Quien se había encargado de la crianza era el padre, hacia quien la niña desarrolló un vínculo tan fuerte que a Rosa le resultaba imposible ocultar los celos. Josefina aprendió a esconderse del rechazo y la ira maternos colocando el rostro en el suave bombín de pelo de conejo que su padre ponía sobre la mesa del comedor para que ella lo pudiera agarrar sin problema, sabiendo que debía

«cuidarlo como a un animalito vivo», frase que él le decía mirándola a los ojos mientras lo acariciaba con delicadeza.

Si bien ambas recibieron un trato cordial de los Tardan cuando José Luis vivía, en el primer aniversario luctuoso de éste a Rosa no le quedaban muchas cosas valiosas por empeñar y fueron expulsadas del primer piso de Casa Borda, en Madero. Pidieron asilo en la casona del linaje de ascendencia francesa y española, que rechazaba con cierto decoro a quienes ostentaban sangre y rasgos mexicanos.

Doña Margarita, obligada por la viudez a coronarse como cabeza de familia desde hacía más de ocho años, las alojó en una habitación amplia, pues temía un castigo divino o la ira de su difunto primogénito si las desahuciaba.

Rosa hablaba lo imprescindible y se abstraía en la religión, mientras que a Josefina le encantaba pasar largas horas en la inmensa cocina donde el fogón nunca se apagaba. Los olores del caldo de pollo, de tortillas recién hechas, especias, mole, chocolate caliente y pan dulce recién horneado eran sus preferidos. Se refugiaba en un mundo cálido de aromas que la cobijaban; jugaba a ser ciega y depender sólo de su olfato para adivinar qué estaban preparando las cocineras. Aunque Rosa, que nunca fue buena cocinando, le había dicho que a través de la comida se transmitía el amor, para ella éste se encontraba en los

aromas. De cuando en cuando aún recordaba percibir el olor de su padre cuando él estaba por llegar, ése que pasaba horas memorizando al fijar la nariz al cuello perfumado de sus camisas y sacos, aunque su esencia natural se conservaba mejor en el bombín negro de pelo de conejo con bandana de piel y una cinta de grogrén en el mismo tono que él cuidaba con atención.

Una madrugada particularmente fría en la que los nubarrones ocultaban la luz del amanecer, estaba en la cocina cuando el olor del atole de pinole con canela le recordó el tacto suave del pelo fino y brilloso, y pensó en lo agradable que sería tener su propio bombín. Se preguntó qué habría pasado con el de su padre.

—Narcisa, ¿cuándo te toca preparar conejo enchilado?

—Esta semana hay dos días de lechón, tres de pato y dos de res. Yo creo que dentro de quince días, niña.

—¿Me guardas la piel de uno negro ya que te los traigan?

—Ay, niña, qué cosas dices. A mí la patrona me los entrega ya muertos y

despellejados. Le han de salir más baratos así.

*****

José Luis Tardan desarrolló un talento nato para la elaboración de sombreros en la Casa Chica —taller que formaba parte de la Casa Grande, vivienda estilo virreinal que compró su padre— desde los trece hasta poco antes de cumplir los treinta años. Pereció tras sufrir los mismos síntomas que acabaron con su progenitor: don Carlos agonizó por semanas a causa de repetidos cuadros de diarrea que contribuyeron, junto con su exigua alimentación, a que perdiera casi la mitad de su peso. Postrado en la cama sufría temblores constantes, se rehusaba a comer o tomar potingues y remedios caseros y rechazaba con vehemencia cualquier tipo de ayuda. Lo único que quería era volver a su taller, y no dejaba de repetir medidas absurdas, apellidos inventados y fechas de entregas inexistentes. Apenas dormía y, en los intervalos en los que estaba más sosegado, comenzó a desconocer a su esposa e hijos. Las características de su debacle llevaron a los especialistas a diagnósticos de demencia. Su primer vástago falleció siete años después exhibiendo las mismas características en una agonía de dos semanas. Desde entonces surgió el rumor de que en la sangre de la estirpe de sombrereros

germinaba en terreno fértil la vesania.

Ni don Carlos ni José Luis fueron testigos del gran éxito que la frase «De Sonora a Yucatán se usan sombreros Tardan», del poeta Salvador Novo, tuvo décadas después tras ser emitida por radio en la XEW, ni del descubrimiento de su afección real: el eretismo mercurial o la intoxicación crónica por mercurio, ese líquido maleable, tan enigmático como mortal y necesario para las labores de la profesión.

A inicios de siglo, la muerte de los líderes del negocio fundado en 1865

provocó que el otro varón, involucrado sólo en aspectos administrativos, se estableciera en Veracruz con su familia para atender mejor los negocios del puerto, mas volvía por largos periodos.

Cuando estaba en la ciudad, en raras ocasiones dejaba que su sobrina Josefina lo acompañara al andador de la calle Plaza de la Constitución,

frente a Palacio Nacional, donde estaba la tienda. Cuando esto sucedía, ella se fascinaba con los cientos de sombreros exhibidos en el comercio, mismos que coronaban cabezas de madera sostenidas por soportes de metal. Podía distinguir entre los de charro, de borde amplio, bombines, fedoras y de copa alta, de ala corta y ala ancha; si eran de piel, pelo o artificiales. Lo que sabía lo había aprendido de su abuelo y su padre. Las negativas reiteradas hacia sus intentos por trabajar en la tienda o en el taller la hicieron desistir de su empeño, así que se dedicó a ser una perseverante y discreta observadora: mirar la testa de un hombre le parecía un acto de intimidad que se acercaba, en su concepción del mundo, a la desnudez; la prenda era necesaria.

La mayoría de los clientes de los Tardan eran hombres vestidos de esmoquin con frac, levitas o sacos de tweed y chisteras, guantes, lustrosísimos zapatos y mancuernillas. Algunas veces los acompañaban mujeres que usaban guantes largos, abanicos, sombrillas, elaborados vestidos de seda y terciopelo con múltiples encajes y vistosos sombreros con plumas, cintas, flores artificiales y lentejuelas. Sin importar el género, diversas joyas brillaban entre los ropajes y los altos y claros cuerpos. Aquélla era una pequeña burbuja en medio de un espacio donde los huaraches, la ropa de manta blanca y los sombreros de paja de

ala ancha uniformaban y diferenciaban al resto: personas de corta estatura, cabello crespo negro y pieles atezadas de más por el sol. Josefina, en quien se conjugaban características de ambos mundos, no se identificaba con ninguno.

Con la llegada de la primera menstruación de la adolescente, Rosa, que la consideraba desgarbada y poco hábil para la vida social, le enseñó algunos de sus secretos: solía blanquearse la piel con polvos de arroz que conservaba en pequeñas latas de metal y bebía el jugo de dos limones con vinagre cada mañana con la misma finalidad. Incluso había llegado a probar algunas sustancias con plomo o arsénico que debían ser ingeridas con suma precaución, mismas que no solía comprar por ser costosas. También le mostró cómo, con un pigmento azulado, se marcaba las venas del rostro, del cuello y del disimulado escote, y con un colorete le daba un poco de vida a sus pómulos. Le enseñó a decorar el centro de sus labios con una barra de carmesí y a limar y dar brillo a sus uñas con aceite de oliva. Antes de terminar, le regaló un pequeño frasco de colonia con base de lavanda: su propio aroma. Aquel conjunto le confería a Rosa una gracia que pocos hombres pasaban por alto. El toque final eran sus cabellos ondulados

gracias a las tenazas que José Luis le regaló al regresar de uno de sus viajes a Francia antes de que se casaran, diseñadas por el mismo Marcel Grateau.

Pero Josefina no se sintió parte del gremio femenino hasta que usó un corsé: a pesar de entrecortar su respiración y no permitirle un movimiento libre, definía mucho más su cintura. Las punzadas agudas en el estómago y los desmayos pasaron a segundo término; debía ostentar un talle delicado, propio de la dama en la que se estaba convirtiendo. Además, esos dolores no se comparaban con los intensos cólicos menstruales que Narcisa le ayudaba a calmar con infusiones de manzanilla. Para Josefina, crecer era sinónimo de sufrimiento físico y de angustia, y sabía que no tardarían en encontrarle pareja.

Por entonces se rumoraba que Rosa, aún joven y de caderas y senos voluptuosos disimulados por vestidos oscuros, comenzó a mantener encuentros nocturnos con su cuñado. Doña Margarita había sido testigo, en sus noches de insomnio, de las visitas que ésta le hacía a su hijo, sin importar el sigilo con el que la mujer entrara o saliera. La octogenaria se santiguaba e invocaba a Dios y a su séquito de santos como si así lograra limpiar el doble

pecado de la sangre de su sangre.

El hecho no nubló su avaricia. Aún sería ella quien decidiera con quién se casaría su nieta. El indicado era Bernardo, otro de sus nietos, un pulcro joven criado en Veracruz que no pasaba de los dieciocho. Tenía la firme esperanza de que el matrimonio convirtiera en hombre al amanerado muchacho y acentuara la personalidad apocada de Josefina, lo único que le quedaba de su primer hijo. La anciana se limitaba a repetirle a su otro heredero: «Recuerda que de ella depende la descendencia de tu hermano, a quien Dios tenga en su santa gloria», dicho lo cual se persignaba tres veces con mano temblorosa. «Es mansa y noble —continuaba —, al menos tiene cualidades femeninas que la miserable de su madre no».

Cuando Bernardo recibió la orden de Doña Margarita para casarse con Josefina, esa esquiva adolescente a la que había visto deambular por la cocina y los pasillos cuando iban a la ciudad, supo, apesadumbrado, que había poco que pudiera hacer para cambiar la decisión de su abuela.

Consciente de los sacrificios que debía hacer para obedecerla, se obligó a ser cordial con Josefina.

Un domingo por la mañana, poco antes de la boda fechada para diciembre, doña Margarita insistió en ir a la primera misa del día. Rehusó con violencia que cualquier criada fuera con ella y decidió recorrer el tramo de dos kilómetros a pie, cubierta sólo con un chal. Rosa despertó con el escándalo y, a pesar del rechazo, decidió acompañarla a cierta distancia. Un carromato que transportaba cerdos al mercado pasó a gran velocidad siguiendo el mismo rumbo. Debido a la escasez de luz en una de las dos farolas eléctricas de la calle y a la confusión de sonidos, bramidos, chillidos y gritos, nadie pudo distinguir lo que ocurrió en segundos: una de las mujeres fue pisoteada por los cuatro percherones desbocados.

Los días que siguieron estuvieron saturados por la misma neblina que tomó el lugar del padre de Josefina, mas ahora era doblemente densa y oprimía su pecho. Sentía un ardor en los ojos que le impedía llorar. Sin emoción, se probó el vestido de bodas bordado con pedrería e hilos de oro, asistió a la ceremonia y, disfrazada con media sonrisa de porcelana, se presentó ante cientos de desconocidos que no paraban de adular a su abuela. Una cena ostentosa, fusión de la gastronomía mexicana con la

europea, y tres copas de Chateau Margaux, sin importar lo amargo del nuevo sabor, le dieron el valor para irse a la cama con Bernardo a una de las habitaciones principales, pero él decidió dormir en el sillón de una pequeña sala de estar pues, al tocarla, las manos frías y sudorosas de la joven le habían indicado que ambos eran presa de la misma desazón.

El matrimonio se consumó un año más tarde. Bernardo no se acercaba a su mujer debido a los viajes de negocios y las visitas obvias a los ayudantes en la Casa Chica, de la que salía reflejando el placer en la piel sudorosa y el cuerpo agotado hasta que su abuela le dio otra orden: debía engendrar al menos un hijo para asegurar la descendencia. Comprendía sus gustos peculiares, pero le aseguró que cada Tardan habían hecho esfuerzos execrables por mantener a flote el negocio, y no estaba dispuesta a retirarse aún.

A fuerza de convivir, la inocencia de Josefina y la apatía de Bernardo fueron disminuyendo. Así surgió el afecto por ella, a quien comenzó a ver como a una hermana. Josefina, por su parte, aceptaba la vida a su lado. Finalmente, la pareja anunció el embarazo. Menuda y nerviosa, la joven no sabía cómo actuar y se dejó en manos de Narcisa y las criadas.

Un sano niño rubio tranquilizó a la expectante familia. Josefina pensaba que, de estar viva, su madre habría elegido el nombre de la pálida criatura cuyo aroma le provocaba un deleite tal que cerraba los ojos durante instantes que consumían el día. El hechizo sólo se rompía con un llanto que ganaba intensidad o con la interrupción de alguna de las sirvientas, que le recordaba que debía alimentar al bebé, mecerlo, tranquilizarlo, sacarle el aire o revisar el pañal de tela. Cuando acariciaba el fino cabello dorado, imaginaba con deleite que era el pelo del conejo más suave.

Transcurrieron semanas en aparente calma desde que la joven pareja cumplió con su deber biológico hasta que un miércoles de ceniza, durante la madrugada, Josefina despertó para amamantar a su bebé, mas éste no reaccionó. El rostro apacible y aún tibio la desconcertó; empezó a sacudirlo y a gritar, lo que alertó a Bernardo, quien le arrebató al bebé y notó cómo su cabeza se movía de un lado a otro sin resistencia. Salió de inmediato en busca de su abuela mientras Josefina no paraba de llorar hecha un ovillo junto a la cuna. Erraba en una vorágine interna que derivó en una confusión de la que le resultaría imposible salir.

El doctor de cabecera determinó que el bebé sufrió muerte de cuna, tan súbita como desconcertante para la medicina y los primerizos padres.

Explicó que la criatura había conservado el calor corporal gracias a las múltiples frazadas que lo cubrían, mismas que habían sido la causa de la muerte al impedir que llegara el oxígeno suficiente hasta las diminutas vías respiratorias.

Antes de que la abuela comenzara a organizar el velorio del bebé, aún sin bautizar, y de que los padres y hermanos de Bernardo llegaran de Veracruz, Narcisa les recomendó viajar a Guanajuato para visitar a Romualdo García, un reconocido fotógrafo que retrataba «muertitos». Bernardo miró a Josefina, aferrada al pequeño difunto, y aceptó.

Esa misma tarde viajaron en un White descapotable de vapor. Recorrieron la carretera México-Querétaro-San Luis Potosí, tomaron la desviación hacia Guanajuato y, más de seis horas después, llegaron con el cadáver del crío hasta la puerta de la calle Cantarranas número 84.

El retratista, especializado en la fotografía de gabinete post mortem, no dejó de darles el pésame. Le pidió a Josefina que vistiera al bebé con algunas

prendas que le proporcionó y se dispuso a tomar la fotografía. Les comentó que recibirían la tarjeta en la siguiente mensajería que partiera a la ciudad.

El chofer recomendó buscar un sitio para pasar la noche, pero ambos se negaron. Sin tomar en cuenta el cansancio o la oscuridad y su pesadumbre, regresaron de nuevo a la carretera.

Los días que siguieron al velorio, al entierro y al novenario dedicados al Tardan más joven transcurrieron con la misma lentitud y tristeza que inundarían a Josefina el resto de su vida. Cargaba ya con demasiadas pérdidas y sentía que su alma se desmoronaba. Decidió volver al cuarto que compartió con su madre, y lo único a lo que se aferraba era a aquella fotografía sepia que mostraba a un joven serio y una mujer llorosa cargando en brazos a un Santo Niño de Atocha con los párpados cerrados.

Bernardo se esforzaba por reanimar a Josefina y, a pesar de la angustia que le oprimía la garganta al recordar a su bebé, le

propuso tener otro hijo; pero la neblina no dejaba sitio en ella para ningún otro sentimiento o esperanza. Lo único que había considerado suyo le fue arrebatado repentinamente. No sabía qué terribles faltas estaba pagando, quizá su madre le había heredado su penitencia, así como su padre heredó la locura del abuelo. Josefina exhalaba una niebla casi imperceptible que contagiaba a quien estuviera a su lado.

Ella se abandonó en un mutismo que sustituyó a la desesperación y se refugió de nuevo en la cocina. El café molido durante las madrugadas frescas la entumecía hasta que el calor de la estufa de leña junto con el vapor del arroz cociéndose y los caldos espesos y rojos con granos y carne le abrían un poco el apetito. Comía una vez al día y dejó de asearse; se convirtió en una aparición que se lamentaba y estremecía envuelta en una frazada amarilla. Aunque Bernardo continuaba con sus labores, tenía presente la sombra de su esposa que, detenida en el tiempo, experimentaba la vida desde afuera de ese cuerpo abandonado. Ambos se empeñaban por lograr su afán: uno, recobrar una relación apenas existente; la otra, desaparecer a fuerza de silencio.

La abuela, pese a la senilidad, aún conservaba la perspicacia. Le ordenó a Bernardo que se deshiciera del espectro de Josefina. Le habló del hospital en la calle Canoa donde iban a parar las mujeres que sólo estorbaban y le pidió que no demorara mucho en realizar la tarea. El muchacho, que aún

extrañaba la calidez de ese otro cuerpo al dormir, aceptó la encomienda con pesar; la tragedia compartida lo había unido más a la quebradiza Josefina y aceptó su responsabilidad: pensó que, de haber cumplido con su deber como esposo, hubieran tenido más hijos y el dolor no la cegaría.

El White los transportó hasta el siguiente hogar de Josefina, quien aspiraba hipnotizada y con fuerza la frazada raída. Una vez en Canoa, antes de que Bernardo diera aviso de que estaban ahí, se pararon frente a la puerta de madera tallada que exhibía dos rostros feroces. Sobre aquel frío recinto de piedra rojiza había una antigua placa de cerámica que rezaba: «Real Hospital del Divino Salvador, Para Mugeres, Dementes». Josefina notó el cuidado con el que Bernardo tomó su mano gélida para ayudarla a entrar, como si temiera hacerle daño o que ella se resistiera, aunque su temor más grande era estar cometiendo un error. Él mismo la describió al médico en turno como «una flor que se

marchita con pasmosa rapidez». Aturdido, Bernardo llenó un formulario escueto donde respondió, en un espacio muy breve, los síntomas principales de Josefina: desgana, debilidad, una gran tristeza, palidez extrema, insomnio y falta de apetito. El médico indicó

«neurastenia», la enfermedad del siglo que aquejaba principalmente a mujeres jóvenes.

En la oficina del director del hospital, Bernardo no necesitó explicaciones.

Arguyó la pérdida repentina de su primer hijo y el estado actual de catatonia de Josefina. Firmó un pagaré por una cantidad de dinero que cubriría la estancia de la mujer por un mes para que no le asignaran una celda en el área común. Nervioso, también firmó en nombre de Josefina una responsiva en la que les otorgaba el poder legal para realizar los procedimientos necesarios durante su estadía.

Bernardo le pidió a una de las enfermeras, entregándole algunas monedas, que colocara la fotografía que llevaba en un sobre en la habitación de Josefina, y partió con amargura. La compadecía, mas no tenía el atrevimiento para contrariar la voluntad de su abuela, y comenzó a pensar en alguna forma de ayudarla a sobrellevar su estancia además de visitarla con regularidad.

Ya instalada en su rudimentaria habitación, Josefina no hacía más que preguntar por su bebé, «el conejito rubio», cuando alguien se dirigía a ella.

No soltaba la pequeña frazada, y cada que intentaban quitársela la invadía

el pánico.

La opulencia que conoció de niña se redujo a unos zapatos y un vestido sencillo de encaje con el que la internó su esposo, mismo que las enfermeras le cambiaron por un camisón blanco y un calzón que la igualaba al resto de las internas: mujeres atentas, expectantes, que si no contaban su historia a la menor provocación y pedían ayuda, sollozaban continuamente llevándose las manos al rostro o amenazaban con herir a alguien más o a sí mismas si no eran liberadas.

Recordaba constantemente a su niño y su olor. En la pared junto

a la cama, sujetado con un clavo, contemplaba a diario el retrato tan necesario como dañino. De tanto tocar la carita del infante, ésta era ya una mancha informe.

Las enfermeras solían escuchar a Josefina decir por las mañanas: «Todavía lo puedo oler, quizá mi conejito rubio está en alguna parte de la cama durmiendo, calladito», mientras tanteaba su cama antes de salir de la habitación para dirigirse a la misa previa al desayuno. Gracias a su carácter dócil se libró de tratamientos severos como baños de agua fría, el confinamiento en celdas oscuras y lúgubres o la negación de alimentos, mas no de que las sombras, la soledad y los rumores terminaran por asediarla.

Lo único que permanecía a salvo era la memoria y el dolor.

Bernardo hacía lo posible por visitarla con regularidad y aportar la cantidad necesaria para que permaneciera en una habitación individual, gesto que su abuela desaprobaba con irritación. Cada que se despedían, Josefina le pedía invariablemente que la próxima vez no olvidara llevarle su

«conejito rubio».

Meses después, en 1910, durante las celebraciones por el centenario de la independencia del país, por órdenes de Porfirio Díaz los encargados del Hospital del Divino Salvador trasladaron a las internas al recién inaugurado Manicomio General La Castañeda, un amplio sitio de edificios afrancesados. En las festividades, el propio Díaz ostentó varios Tardan personalizados de copa alta a juego con sus trajes parisinos de saco largo, chaleco y corbata de seda.

El psiquiátrico más grande del país fue construido bajo la supervisión del

hijo de Díaz en la zona de Mixcoac, y funcionaba como hospital y asilo. Allí, Josefina se convirtió en «una asilada desde el manicomio de la calle de la Canoa» de la que «nada hay referente a su enfermedad ni al interrogatorio»

dentro del Pabellón de Tranquilas B. Lo único que ingresó con ella fue una fotografía desvanecida. Entre poco menos de un millar de hombres procedentes del Hospital de San Hipólito y mujeres del Divino Salvador, su figura triste se volvió cada vez más opaca hasta armonizar con la pesadumbre del sitio.

*

«Vuelva a disfrutar la esencia de aquellos a los que amó y ya no están, bajo garantía de la mayor pureza. Eugenio Frey, químico industrial. Farmacopea Germánica. Calle de Ortega número 27. Junto al Express Nacional».

Antes de las once de la mañana, tras haber almorzado con su abuela, Bernardo se dirigió al establecimiento de Frey con una prenda diminuta que extrajo del baúl de los enseres de Josefina.

Aunque no estaba muy retirado de su hogar, prefirió tomar el nuevo tren eléctrico que partía del Zócalo para evitar ser reconocido en la calle e importunado con preguntas necias. Bernardo había escuchado de las maravillas que ofrecían en aquel sitio: en las calles eran constantes los halagos al innovador profesionista, aunque últimamente el rechazo por parte de la religión hacia sus creaciones también era notable. Al ver el anuncio de la droguería en el periódico amarillento México Nuevo esa mañana, no quiso esperar más. La culpa llevaba tiempo fermentando en su pecho.

Frente a uno de los escaparates de la perfumería que, para su suerte, a esa hora estaba casi desierta, dudó en entrar. Finalmente empujó la puerta y el sonido estrepitoso de la campana delató su acción: un hombre alto, delgado, de cabello y bigote castaños bien peinados lo miró con sorpresa.

Después de las presentaciones y una breve conversación, el químico recibió un pedido que, hasta entonces, ningún cliente había solicitado. Suspiró al

tomar la prenda con unas pinzas de metal y colocarla sobre una charola.

Apenas negó con la cabeza y apretó los labios antes de soltar:

—¿Sabe, caballero? En el caso de infantes se complica un poco la situación porque su esencia corporal es mucho más ligera que la de los adultos.

Incluso a veces es indistinguible. Pero no se preocupe, encontraré la mejor solución para trabajar con su prenda. Vuelva dentro de quince días y tendrá su pedido listo.

El químico era conocido por no rechazar encargo alguno. No era

altruismo: la competencia desleal iba en aumento y los devotos no confiaban en él.

Bernardo agradeció y aceptó regresar en la fecha indicada. Al salir, se sintió satisfecho y feliz como pocas veces. Acababa de rechazar otro matrimonio arreglado por su abuela y había comenzado a llevarle alimentos, ropa y flores a Josefina, quien ya recibía un trato especial gracias a la fuerte aportación que él hizo al ver el estado en el que se encontraba en el nuevo sitio, donde conseguir una habitación personal resultaba casi imposible.

Bernardo supo que había ganado la redención cuando le dio a Josefina una pequeña frazada de piel de conejo amarillo claro: notó cómo ella dejaba de temblar al aspirar lentamente la esencia de las gotas que él le había colocado antes de ingresar al manicomio, y envidió su entrega para encontrar la paz en el recuerdo.

VIDAS AJENAS

Al suroeste de la ciudad se encontraba la hacienda pulquera más prolífica del pueblo de Mixcoac, con campos inmensos para cultivar maguey. Ignacio Torres Adalid, el Rey del Pulque, permitía que cualquiera paseara por sus jardines a cambio de veinticinco centavos hasta que aceptó venderle el terreno a Porfirio Díaz, quien tenía en mente crear un formidable sitio para atender enfermos mentales. Díaz pretendía construir una réplica del Charenton, el hospital psiquiátrico más grande de Europa, ubicado en París.

La tradición de visitar los jardines de La Castañeda no cejó a pesar de haberse convertido en un psiquiátrico; los domingos eran los favoritos para los días de campo. Así fue como Imelda, una joven costurera de Xochimilco, conoció el lugar. Los edificios que imitaban la arquitectura francesa la hipnotizaban. Poco valió que su madre intentara disuadirla de pedir empleo en el sitio asegurándole que la locura era una enfermedad muy contagiosa.

Al igual que el resto de los trabajadores del manicomio, se mudó junto con su pareja e hijos a los terrenos posteriores: la vivienda, los alimentos y los servicios básicos eran su paga. En 1922 celebraron el cumpleaños de Felipe, quien nació en el manicomio, con el primer grito de independencia emitido por radio: la XEB transmitió la imperiosa voz de Álvaro Obregón la

noche del 15 de septiembre.

Allí, su último vástago aprendió a leer y contar acompañando a los pacientes del manicomio cuando llegaban los maestros ambulantes egresados de la Escuela Normal. Conforme fue creciendo, se les asignaron tareas específicas: las tres mujeres se quedaban con la madre para aprender a cocinar y remendar y los dos hombres salían con el padre a labrar los campos de cultivo, a trabajar en los talleres de oficios o en los establos, donde recibían a los internos que debían realizar labores terapéuticas.

Las conversaciones de los empleados durante los recesos y en el comedor solían tratar sobre los internos y las carencias en el psiquiátrico: mientras la mayor parte de los hombres eran diagnosticados como alcohólicos, las

mujeres recibían tratamientos para epilépticos; ninguno pasaba más de tres o cuatro meses dentro, aunque reingresaban constantemente. Las raciones de los alimentos iban disminuyendo y las medicinas eran insuficientes.

La fastuosidad arquitectónica era eso, mera fachada. Por dentro, la insalubridad y el hacinamiento acumulados durante más de dos décadas minaron el ánimo de Imelda y los suyos, quienes huyeron al ver la oportunidad, a excepción de Felipe. Los edificios ruinosos y la escueta vegetación eran su hogar. Lo que para otros representaba incomodidad, él lo percibía con calidez; se había criado entre la miseria y ésta no actuaba como un repelente, sino como un encanto. Gritos y vicisitudes fueron parte de su formación entre miles de desconocidos por quienes sentía una curiosidad a la que pronto se volvió afecto. Quería entenderlos, ayudarlos.

Los edificios se convirtieron en mazmorras. Las paredes y el suelo de las cuatro salas de los múltiples pabellones conservaban poco de su color original. Albergaban camas desvencijadas de latón cubiertas apenas con mantas raídas. La desnutrición, enfermedades parasitarias, epidemias de lepra y sífilis, el pian y la pesadumbre se filtraban en cada cuerpo.

Debido a la escasez de medicamentos, el director Acevedo, médico que rara vez acudía a las instalaciones, aprobó que se utilizaran métodos más agresivos como electrochoques y comas insulínicos, mismos que fueron puestos en duda por el psiquiatra Manuel Velasco. La Castañeda se volvió una constante de ensayo

y error para contener a los pacientes con cuadros psicóticos agudos o a los agitados. La casi inexistente atención y los descuidados jardines y construcciones eran señas claras de negligencia.

Una tarde, el Packard estacionado cerca de la entrada del edificio principal le advirtió a Velasco de la presencia del director, así que se preparó para saludarlo con un exagerado entusiasmo.

—¡Estimado Acevedo, buena tarde!, qué sorpresa verlo —soltó a voz en cuello al atravesar la puerta.

El director, que estaba en la recepción leyendo algunos diagnósticos de pacientes recién ingresados, lo interpeló:

—Mi vida es esta institución, aunque no lo crea. Que no ronde a diario por aquí no significa que no cumpla con mi responsabilidad. —El hombre

maduro, de traje reluciente y rostro severo, llevaba una boina, lentes oscuros, moño y chaleco.

—Eso no lo cuestiono. Pero estar presente lo ayudaría a tomar decisiones importantes para nuestros internos. Analizar el efecto de los tratamientos, la medicación, incluso de los alimentos… —Velasco se detuvo frente a él exagerando una reverencia, tratando de contener la ira—. No son meros enfermos ni despojos, debería recordar que «la ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es o no lo más sublime de la inteligencia»…

—Colega, no estoy de acuerdo con usted. Ésa no es la realidad.

—La realidad es diferente para cada persona, director…

—Le recomiendo que elija la que impera. Estas personas son un riesgo para la sociedad, unos degenerados que deben estar bajo llave. Me parece que usted olvida que nuestros enfermos son viciosos, desviados, imbéciles, ¿por qué no se convence? Los genes de la locura y la anormalidad deben ser erradicados, para eso trabajamos aquí. Olvida su lugar frente a mí y en esta institución.

Velasco lo miró y continuó su camino. Unos segundos después, Acevedo lo escuchó proferir entre enérgicos pasos: «Los locos abren los caminos que más tarde recorren los sabios».

Los trabajadores convivían con quienes habían sido dados de alta pero pidieron un empleo porque no tenían nada afuera. Las mujeres solían laborar en la cocina y en la lavandería; los hombres eran vigilantes, permanecían en los terrenos de cultivo o en los corrales junto con las gallinas, las vacas y los cerdos. Poco a poco, esa pequeña comunidad autosuficiente fue amenazada por el hacinamiento: las habitaciones para cincuenta personas albergaban, por lo menos, a cien.

Entre la agonía de los sifilíticos, Felipe evitaba observar las pústulas que los invadían, pues su madre le había dicho que se podía contagiar sólo con mirarlas. Y, cuando las veía por accidente, comenzaba a sentir comezón en el cuerpo y a imaginar cómo crecía una pústula en uno de sus codos, en la planta de un pie o en el cuello. Lo mismo sucedía si encontraba a un perro

cagando, pero en ese caso su madre le había advertido que le crecerían almorranas. Sentía una satisfacción culpable al mirar tanto a los sifilíticos como a los perros defecando; quería sentirse enfermo, contagiado, ser parte de lo que habitaba.

A pesar de que su padre le enseñó las cuestiones básicas del trabajo de cultivo, no lograba saber si las verduras ya estaban maduras ni la cantidad de agua o sol que necesitaban. Confundía los nombres y los sembradíos; los betabeles se pudrían por exceso de agua y las calabazas se secaban. Al cumplir catorce años, su padre lo alistó con los mandaderos, quienes iban de madrugada a los mercados de Mixcoac y Jamaica tres veces a la semana a vender hortalizas y productos animales y a comprar lo necesario para el ganado, la cocina y la siembra.

A los dieciocho, Felipe, enjuto y de rasgos finos, mostró disposición para ser contratado como «amansa locos» en los pabellones de mujeres, donde las más problemáticas eran Eulalia y Luisa, dos hermanas cincuentonas que solían reñir hasta los golpes por cuestiones como quién llevaba los zapatos o el rebozo menos gastados, a quién le habían servido una ración menos grumosa de arroz o cuál rezaba más rápido el Padre Nuestro cada noche.

Manuel Velasco, al saber que Felipe, el amansador más diestro y paciente, tenía las tardes de los viernes libres, le asignó tareas administrativas en el edificio principal, el de Servicios Generales. A Felipe la que más le gustaba era llevar la correspondencia de los internos al Palacio Postal en el Centro Histórico: sentía que

visitaba un castillo revestido de oro. Sabía que el gran reloj era alemán y que la escalinata estaba adornada con mármol y herrería porque se lo dijo uno de los guardias al verlo tan embelesado, y desde entonces tomaba un par de minutos más de su viaje para apreciar la belleza de aquel suntuoso sitio y, si los guardias no lo notaban, tocar alguna pieza de bronce apenas con el aliento. Cuando una dama o un catrín posaba su vista sobre él, Felipe percibía el rechazo y se apresuraba en lo que estuviera haciendo para volver cuanto antes. Al Palacio de Bellas Artes, esa increíble mole que estaba enfrente, nunca se atrevió siquiera a entrar.

A excepción de alguna que otra misiva de los empleados o médicos pasantes del manicomio, las cartas que solía llevar eran de los internos del Pabellón de Distinguidos: uno de sus privilegios, aparte de dormir en habitaciones individuales, era el libre intercambio epistolar.

En una ocasión, mientras indagaba entre destinatarios, remitentes y direcciones que nunca había escuchado y ciudades que jamás visitaría y leía nombres y apellidos igual de desconocidos, descubrió que algunos sobres no estaban bien cerrados. Sacó tres cartas: la primera estaba repleta de garabatos ininteligibles, la letra de la segunda era cursiva, igual de complicada, y la tercera no le resultó interesante. Luego encontró un sobre liso y una hoja dentro doblada en cuatro utilizada por ambos lados junto con una fotografía. Miró un momento por la ventana del tranvía eléctrico y notó que faltaba un buen tramo para llegar a la oficina de correos, así que sacó la hoja y la leyó entre chirridos, chispas que de vez en cuando caían a su lado y campanillas tintineantes.

Matilde querida:

Espero que te encuentres mejor que la última vez que hablamos. Encontré entre mis cosas esta fotografía en la que estamos juntos, te la envío porque dices que a veces no recuerdas cómo es mi rostro y sé que te resulta imposible visitarme. No te preocupes, yo tengo el tuyo grabado en mi mente; no me hará falta este retrato. Lo que no sé cómo resolver es lo referente a mi voz. Poco antes de ingresar aquí tuve noticias de un descubrimiento increíble, un registro sonoro que data de

1860

. Thomas Edison ha sido relegado al segundo lugar. Aunque sólo son diez segundos de la canción «Au clair de la lune», el francés Édouard-Léon Scott logró realizar la grabación de la voz de una mujer con una cosa llamada

«fonoautógrafo». ¿Te imaginas haber realizado esa hazaña? Yo quisiera hacer lo mismo para enviarte mi voz y no nada más estas letras, pero ni soy francés ni soy inventor, y mucho menos tengo un fonoautógrafo, así que tendrás que conformarte con mi imagen.

Quema esta carta después de leerla. Si Cleotilde se entera de que sigo en contacto contigo es capaz de sacarme de aquí, y no quiero volver a una casa

que no sea la tuya.

Al menos todavía te puedo escribir. No te preocupes si no puedes responderme, te enviaré otra carta dentro de treinta días.

Siempre tuyo,

F.

Felipe supo que se trataba de Fernando, a quien le regresaban las cartas quince días después porque el remitente no existía o las misivas no eran recibidas. A pesar de no haber entendido algunas palabras, intuyó el afecto que el anciano le profesaba a la desconocida. En la oficina de correos debía comprar sellos con el dinero que le habían dado en el manicomio. Siempre llevaba lo exacto para eso y los pasajes. Envió los sobres a sus destinatarios, a excepción de la carta para Matilde. Analizó la dirección de la mujer y notó que la casa estaba en General Pedro Antonio de Los Santos, calle que desembocaba en avenida Revolución.

Caminó seis cuadras de regreso al Zócalo, donde debía tomar la línea Cima del tranvía para volver. Al bajar en la calle indicada en el sobre, recordó una de las frases de Velasco que se grabó a fuego en su memoria: «La locura es relativa. Depende de quién tiene a quién encerrado en qué jaula». No tardó mucho en dar con el número. Antes de tocar la campanilla, volvió a leer el nombre y los apellidos de la mujer y esperó. Un hombre mayor entreabrió la puerta y lo miró con el ceño fruncido.

—Buenas tardes, señor, estoy buscando a… —nervioso, leyó de nuevo el sobre porque olvidó el primer apellido— Matilde Cuevas

Covarrubias.

—Doña Matilde era mi madre, y murió hace más de diez años. ¿Qué querías con ella? Si vienes a cobrar algo, olvídalo, desde su muerte quedaron exentos los pagarés a su nombre —hizo énfasis en la primera palabra y lo vio de pies a cabeza.

Felipe, sorprendido por la respuesta, dio un paso hacia atrás y tardó un

poco en responder.

—Disculpe la molestia, señor…

—Ve con Dios. —El hombre cerró con fuerza innecesaria y desde la ventana contigua se dispuso a ver que Felipe se marchara.

Felipe miró al hombre escondido entre un grueso cortinaje y se despidió con un movimiento de cabeza. El rostro desapareció al momento y él se sintió desolado al pensar que debía ser exhaustivo enviar misivas constantemente sin obtener respuestas. Recordó cuando se rascaba pústulas inexistentes y pensó que cada quien tenía sus necedades.

Al llegar a La Castañeda, decidió pasar a la cocina para tomar algunos pliegos del papel en el que venía envuelta la carne de res. Ya en su habitación, lo extendió por el reverso sobre la cama y sacó la arrugada carta para leerla de nuevo. No sabía ni cómo comenzar. Jamás había escrito una.

Tras plasmar su nombre con letras infantiles, empezó a trazar líneas y círculos entre manchas de grasa. A pesar de confundir la letra «d» con la

«b», no diferenciar el uso de la «s», la «c» o la «z» y no saber dónde colocar los acentos, continuó amontonando palabras hasta crear algo que tuviera un poco de sentido. Una hora después, logró un saludo alegre y tres mentiras para Fernando.

Fernando querido:

me da gusto poder ver tu cara de nuevo. Siempre quice tener otra ves esta foto con migo. Escrideme cuando quieras, por fin tengo tiempo para responderte. El cartero que vino hoy me dijo que se equivoco con mi direccion pero que ya no pasara mas.

siempre tuya,

Matilde

Leyó la carta cinco veces antes de llevársela a Fernando. Pasaban de las diez de la noche, una hora segura para salir sin toparse con algún asilado. Felipe se dirigió al lado contrario, al frente del terreno en donde estaban las secciones de los pacientes privilegiados. Subió las escaleras principales y entró. Alerta, caminó algunos metros sobre el pasillo y en la quinta puerta del lado derecho se agachó. Sabía que Fernando dormía porque no tenía la luz encendida, así que, con mano temblorosa, deslizó el papel. Se retiró con sigilo y, una vez fuera, se echó a correr. Una sensación de euforia recorrió su cuerpo y lo acompañó hasta quedarse dormido imaginando la reacción del anciano.

Los sábados eran días de terapia electroconvulsiva para Fernando, al igual que los martes y los jueves. Le asignaban dos tratamientos por sesión. El primero era antes del desayuno. Ese sábado, el anciano no podía dejar de sonreír por las palabras que su Matilde le había dirigido en aquel pedazo de papel que llevaba a todos lados para mostrárselo a quien lo saludara o le dirigiera la palabra. Al fin había recibido una respuesta. Miraba al cielo porque sabía que su padre, quien le había dejado claro que la constancia era fundamental en una relación, estaría orgulloso. Las enfermeras le aseguraron que Matilde lo amaba, le colocaron los electrodos y durante dos minutos recibió una descarga eléctrica que le deformó el gesto. Al terminar, aunque tenía la sensación de seguir sonriendo entre hilos gruesos de baba, ya no recordaba por qué. Recibió su ración de psicofármacos tras ser depositado en la sala comunal. A la hora de la comida metió la mano derecha al bolsillo de su bata y descubrió un trozo de papel arrugado. Lo estiró y notó con gran sorpresa, como la primera vez esa mañana, que eran palabras escritas por su eterna adoración.

El siguiente viernes, Felipe abrió una carta de Bibiana, una señora minúscula y apesadumbrada que hablaba a gritos. No le bastó con entrometerse en la intimidad del viejo, necesitaba conocer otras vidas, inmiscuirse en sentimientos y relaciones que sólo conocería gracias al papel.

Esta ansia le generaba una comezón diferente en el cuerpo, la sentía atrás de los ojos y en las palmas de las manos.

Ernesto:

Es la última vez que te escribo. Ya no te pido, te exijo que me des el dinero que me corresponde de la herencia. No tienes ni idea de cómo es vivir aquí, y tampoco la tiene nuestro hermano, porque no me han visitado ni una sola vez. Espero recibir la cantidad exacta, no creas que he olvidado la cifra: $

100

000

. Ya sabes a dónde mandarlo.

Bibiana S.

Dos semanas después, volvió a encontrar una carta para Ernesto. El mensaje era exactamente el mismo de la vez anterior, y sospechó que, de haber leído cada una de las cartas que había enviado Bibiana hasta entonces, éstas serían idénticas. Devolvió la hoja al sobre con media sonrisa, meneando la cabeza.

Cuando le tocó recibir la siguiente carta de Fernando, venía atada a una caja que ocultó con dificultad entre sus ropas hasta llevarla a un sitio seguro.

Matilde querida:

Sé que te cuesta un poco escribirme, por eso te envío no una ni dos, sino esta caja de zapatos repleta de hojas con letras que puedes utilizar como te plazca. Escribí el abecedario completo más de trescientas veces, espero que sea suficiente. Podrás encontrar también acentos y signos de puntuación, aunque sé que no eres muy adepta a ellos. Lo único que te pido es que no me vuelvas a dejar en medio del silencio.

Tu F.

La respuesta de Felipe llegó ocho días después: Fernando querido:

¡grácías por todos lós acentos! hoy te ví por la tarde cómer unas mándarinas en las escaléras del edificio príncipal. No sábes las gánas que túve de sentarme a tu lábo péro no quíce interrumpirte. También te he observádo al dormír. Díme que verdúras preferírías en los almuerzos dé los juevez para hablár

con las personás indícadas.

Tú Matilde

Esta vez la reacción de Fernando fue muy distinta. Se volvió huraño y retraído. Miraba a cada interno tratando de atrapar infraganti a algún observador. Ésa no podía ser Matilde, la polio la había postrado en una silla de ruedas poco después de que la conoció y ella odiaba asomarse siquiera por la ventana. Fernando no dejaba de buscarla en cada rostro para saber desde cuál lo observaba. Incluso a veces tocaba las caras y las estiraba, buscando entre los pliegues los contornos de alguna máscara para poder descubrir la faz anhelada. Cuando se topó con uno del pabellón de esquizofrénicos le resultó imposible librarse de golpes bien dados en el abdomen y la nariz; volvió a su eterna reclusión y a observar desde la distancia, como ella le había enseñado, esperando que los cardenales cambiaran de color hasta desaparecer.

De la misma manera en que Fernando había comenzado el rumor de la

correspondencia con su amada, comenzó otro anunciando el embuste. Poco después, a la hora del descanso en la sala de estar, calumnió a los presentes asegurando que alguno se burlaba de él haciéndose pasar por su querida.

Maldijo a todos y a sus futuras y dudosas generaciones.

Al terminar, Fernando escuchó detrás de él una voz grave: «La venganza no abandonará la casa de quien con juramentos a otros ultraja». Reconoció de inmediato al médico Velasco, para quien «el accidente de la locura», como le gustaba llamarlo, no era más que eso: percances momentáneos que afectaban a la razón en ciertas circunstancias, como la que acababa de experimentar el colérico anciano.

—Fernando, ¿qué sucede? ¿Se te olvida que si te portas mal te encierran por días?

—Padre, ¿cómo está? Qué gusto verlo.

—«O cuerdo o loco, a aquel hombre le tomaba a tiempos la locura». Ven, Fernando, vamos un rato al patio.

—Claro, padre, ¿tiene un cigarro?

Leobarda, una joven mujer que trabajaba en el área administrativa de La Castañeda, era una de las contadas personas por las que Felipe sentía aprecio. Solían conversar de sus labores y de los pacientes, y era la segunda persona, además de Velasco, que sabía de su incursión epistolar. Una tarde en que Felipe recogió la correspondencia, no pudo resistir preguntarle a Leobarda sobre el niño de doce años que había ingresado durante la madrugada.

—Leobarda, ¿ya sabes del último que llegó?

—No mucho, Felipe, ¿y a ése qué le pasa?

—Otro epiléptico, le dieron dos ataques entre que lo dejaron sus papás y lo llevaron a revisión.

—Está grave, entonces. Yo no sé dónde lo van a meter, si ahí donde los

epilépticos ya no cabe ni un alma.

—Ay, mija, si vamos a caber en el infierno, ¿cómo no vamos a caber aquí?

No hay de otra.

—Sí, amontonados entre cucarachas y ratas. Esto cada vez se pone peor.

Algo va a pasar, ya verás. Hasta el cementerio está a tope, las últimas epidemias dejaron montones de cadáveres.

—¿Y qué se le puede hacer?

—Pues también está Lecumberri, aunque allá se hacen bien mensos y se la pasan mandándonos delincuentes, como ese Gregorio Cárdenas que trabaja en la tienda con Cristino. Un asesino de mujeres no tendría por qué estar aquí ni en ningún sitio. Si estar rodeada de locos es desgastante, ni hablar de los criminales. Y, para terminarla de fregar, hace poquito llegaron los de La Rumorosa, el grupo ese de Baja California.

—Tú al menos vives afuera. A mí me hicieron aquí, ésta es mi casa. Si salgo, nomás me esperan la calle y el hambre.

—Afuera tampoco es tan diferente, estamos igual de amolados. A

veces pienso que acá la cosa no está tan mal, si vieras lo que pasa en la ciudad…

En fin, seguro vendrán dentro de poco a pedir que le frían el cerebro a ese niño.

En ese momento ambos escucharon una frase solitaria avanzar por los pasillos: «No hay loco de quien algo no pueda aprender el cuerdo».

—Ya llegó el médico. Oye, Leobarda, ¿tú crees que eso de los choques funciona?

—Pues al menos los ayuda a ser obedientes un tiempo. A veces se ponen peor, nunca se sabe. Lo que sí, es que ninguno se ha curado.

Felipe recordó el cuerpo convulso de Fernando cuando presenció una de sus terapias y los minutos que al hombre le costó volver en sí y reconocer el lugar y a las personas a su alrededor. Imaginó que, de someterlo sin algodón en la boca, sus dientes se hubieran roto debido a la presión de la mandíbula y que, de aumentar la energía, se le achicharraría la testa y el humo tendría

el regusto de la carne y los huesos achicharrados en el rastro.

Velasco irrumpió con una sonora frase al pasar frente a ellos:

—¡Muchachos! «La locura, a veces, no es otra cosa que la razón presentada bajo diferente forma». Felipe, ¿no es un poco tarde para que vayas a dejar la correspondencia?

Asustado, el joven tomó torpemente el maletín de la correspondencia, se excusó y salió. Sabía que eran pocos los que, como Velasco, comprendían tan bien la locura, esa vetusta afección por la que sus vidas habían coincidido.

Ya en el tranvía, no pudo sacarse de la mente al niño. Imaginó que temblar sin control sería como recibir «choques», y no supo qué consecuencias tendría en él mirar uno de esos ataques. Tendría que averiguarlo. Haría lo posible por acercársele, por hacerlo pertenecer a ese palacio alienado tan suyo. No cualquiera se vuelve loco, esas cosas hay que merecerlas, se dijo.

No se atrevió a ver y tocar su sexo sino hasta los doce años. En su hogar la desnudez era, junto con la blasfemia, lo más condenado. Su madre le enseñó, al igual que a Guadalupe, su hermana mayor, a bañarse siempre con un camisón blanco, y cuando se duchó por primera vez sin ropa y miró su sexo, creyó que estaba enferma o deforme. ¿Cómo podía estar sana esa carne suave y violácea? ¿Por qué estaba tan prohibido siquiera verla?

Llamó a su hermana y se la mostró. Guadalupe la miró unos segundos para después voltear la cara y pedirle que se cubriera y saliera del baño rápido.

Sí, eso era normal. Sí, así era ser mujer.

Descubrió que aquello no sólo se veía extraño, también se sentía diferente.

Tras tocarse por fuera, sus manos siguieron un curso natural que la llevó a rozar un punto desconocido y emitir sonidos espontáneos; apareció el placer, un deleite que la acompañó desde entonces y que evolucionó junto con ella hasta convertirse en una criatura alimentada de sustancias adictivas liberadas en cada orgasmo, un endriago seductor y dominante, una sombra que la cubría por completo y dirigía su vida.

Tenía tiempo observando al hijo del jardinero, un joven fornido que visitaba tres veces a la semana su amplia casona en el pueblo de Tacubaya para ayudar en lo que hiciera falta. Aprovechó una mañana en la que su madre y su hermana salieron al mercado de la colonia Guerrero. Su padre, como de costumbre, estaba desde temprano supervisando el movimiento en su establo a las afueras de la ciudad.

El muchacho, dos años más grande que ella, sabía cómo actuar. En la bodega, en cuanto ella se acercó, levantó el vestido de Consuelo y hurgó en su entrepierna con desesperación; tenían el tiempo contado. Consuelo lo dejó hacer, ya había escuchado a la criada en turno hablar sobre la habilidad del joven con la lengua y los dedos, del vigor de su miembro. Una penetración forzada y dolorosa le mostró, al acoplarse de forma natural, un universo de sensaciones cuya intensidad iba creciendo conforme él también se acercaba al éxtasis. Menos de un cuarto de hora después, él se secó el

sudor con un trapo y se lo pasó para que se limpiara los fluidos

que acompañaban al hilillo de sangre entre sus piernas. Ella acomodó su vestido y se retocó el peinado. Sin decir palabra, cada uno salió por un sitio diferente.

Consuelo pensó que era otra, sentía en su rostro el reflejo de lo que acababa de suceder y, en lugar de ocultarse, buscó, soberbia, a quienes estaban en la casa para saber si notaban algo diferente en ella. El único comentario que recibió fue que estuviera lista para la cena a las ocho.

Los encuentros continuaron durante los días de mercado. El jardinero, al enterarse, le dijo a su hijo que no perderían el empleo por la calentura de una vieja y le prohibió regresar.

Consuelo empezó a asistir a las celebraciones del barrio que su familia consideraba vulgares. Viernes y sábados bailaba y bebía pulque con los jóvenes de la colonia, y se perdía con ellos entre arbustos o autos para volver a la fiesta con más ímpetu. Anhelaba sus bocas ávidas, sus manos y miembros intranquilos. Sus propios dedos no la satisfacían igual, el tacto conocido resultaba monótono. Quería aprisionar con ansias cada falo y no dejarlo ir, alimentarse de ellos. La vorágine que abrasaba sus entrañas era mucho más fuerte que ella, una tea transformada en hoguera que sólo podía ser contenida con un hombre dentro.

Los rumores no se hicieron esperar. Condenada por los suyos, la encerraron bajo llave. Su padre, de carácter nervioso y consumado a los negocios, dejó que su esposa fuera la responsable, a pesar de que ella misma estuvo internada varias veces en la Quinta de Salud de Tlalpan por «agresividad e insolencia» e incluso, durante una crisis, le había roto la nariz.

Aislada en su habitación, Consuelo no tuvo más que remediar la urgencia por mano propia, ahora llegando al exceso: su vulva se volvió cárdena de tanto frotar, introducir, restregar y golpear en busca del cada vez más lejano orgasmo. El dolor se tornó placentero. Hastiada de gritos y gemidos, su familia buscó ayuda.

Contactaron a un especialista francés, aprendiz de Eugenio Frey, célebre por curar la histeria femenina. Su técnica consistía en un masaje pélvico con aceites naturales para lograr el «paroxismo histérico». Con la madre

presente en la habitación de Consuelo, el hombre le pidió a la joven que abriera las piernas y flexionara las rodillas. El francés

aseguró que, aunque ése era trabajo de las comadronas, él prefería hacerlo personalmente para asegurar un mejor resultado. Sacó un frasco de aceite de nardo y, conforme la habitación se impregnó del aroma cautivador que predisponía los sentidos, introdujo sus dedos índice y medio de la mano derecha en el líquido. Después se sentó al lado de la cama y se acercó a Consuelo escurriendo un poco de aceite. Masajeó su vulva y clítoris. En segundos, ésta experimentó un orgasmo profundo y, entre gemidos, apretó con fuerza la mano de su madre, que estaba a su costado. Satisfecho, el francés dijo que seguirían el tratamiento con frecuencia y lo irían espaciando según los avances, hasta realizarlo una vez por semana.

Consuelo empezó a estar de buen humor, acataba las órdenes de su madre y de su hermana y no hacía más que pasar sus días en la biblioteca familiar, entre ficciones impresas en miles de páginas. Descansaba bien por las noches, y aseguró que la tranquilizaba el olor a nardos que imperaba en su habitación.

Su madre comenzó a llevarla los domingos a la misa de la Iglesia del Purísimo Corazón de María y a pasar el resto de la tarde en la Glorieta de Mariscal Sucre, en la colonia del Valle. Entre semana, se volvieron constantes sus visitas a los Bosques de Chapultepec junto con su hermana.

Consuelo, al ser vista de nuevo en las calles, fue requerida a través de las ventanas por los hombres que había frecuentado. Su madre descubrió que algunos incluso recibían cartas gracias a la ayuda de la nueva criada, quien también les concertaba citas en la bodega. Guadalupe, al saber de la recaída, instigó a su madre a tomar medidas más severas: una reclusión total.

Guadalupe se encargaba de la alimentación de su hermana, cautiva de nuevo, y fue la primera en notar el ligero abultamiento en su vientre.

Aunados a las náuseas que no le permitían desayunar, los síntomas se reducían a una sola explicación. Guadalupe indagó entre sus conocidas cómo resolver el nuevo problema. No estaba dispuesta a sufrir más calumnias vergonzosas. Ella, una solterona de veintiocho años que llevaba la administración de los bienes familiares, creía que Consuelo aún podía conseguir marido y tener suerte si se deshacían del inconveniente.

Supo entonces de Felícitas Sánchez, una enfermera de Veracruz

que cobraba cincuenta pesos por realizar un aborto, precio elevado porque su trabajo era impecable: tenía las mejores manos y ojos para aquella delicada tarea. Cobraba unos pesos extra por realizar el procedimiento a domicilio.

Sin escatimar, Guadalupe decidió mandar por ella.

Felícitas realizó el procedimiento con sigilo y se marchó en cuanto recibió el dinero. Consuelo yacía, pálida y sudorosa, aún en el letargo del éter. A pesar de que tuvo que permanecer en cama más de dos semanas y de que hubo que tirar su colchón, se recuperó. Al padre se lo ocultaron fingiendo una enfermedad complicada de infecciones y diarreas. Su madre, internada una vez más, al enterarse de lo sucedido sufrió una apoplejía; murió a los pocos días de un infarto fulminante. Tras su muerte, que coincidió con los cambios políticos y económicos que acarreaba el cardenismo, el padre era una aparición que se refugiaba en el establo y rara vez volvía a dormir.

Abrumadas por la última tragedia, tomaron como señal un anuncio en el periódico Excélsior: un médium conocido como el Jorobado de la Colonia Guerrero revelaba que podía hablarles a los muertos a través del espiritismo. Decidieron asistir a una sesión para tratar de hablar con su madre. Temerosas, llegaron a la plaza de Garibaldi y atravesaron las vecindades hasta el sitio indicado. Mientras esperaban su turno conocieron a Dolores Gambino, quien se presentó como una reconocida seguidora de la escuela kardeciana y les habló de las sesiones que realizaba con su grupo selecto de señoritas. Desconfiadas, las hermanas decidieron salir de ahí.

Ya en casa, Consuelo convenció a Guadalupe de visitar a Dolores al menos una vez. Además, no tenían que ir las dos: una se podría quedar en casa por si aparecía su padre.

El siguiente miércoles, Consuelo llegó puntual a la casa de Dolores. Las sesiones se realizaban en la sala, en un ambiente iluminado por velas. Antes de comenzar le dijeron que, si lograban establecer comunicación con algún espíritu, éste se manifestaría a través de una voz áspera en las cuerdas vocales de Dolores. Tras comenzar, una energía densa invadió la sala y los cirios se apagaron de un momento a otro. La electricidad inundó la atmósfera con una fuerza que volvía imposible cualquier movimiento.

Dolores, ojos en blanco y cuerpo tenso, habló con una voz prestada, apenas

pronunciando las palabras: «¿Sabes por qué te lo quitaron? Porque era un hijo del demonio, de Satanás. Un niño que no debía nacer. Eso está muy claro. Era un bebé impregnado con azufre del mismo infierno, del averno que tienes entre las piernas. Y no será el único con esa suerte».

Al escucharla, Consuelo sintió un hueco profundo en el pecho que le dificultó respirar. El ardor en los ojos le impidió llorar y reconoció a la bestia incandescente agazapada, esperando. No volvió más, pero aquel encuentro fue decisivo: el tiempo que estuvo convaleciente en cama se difuminó de su memoria y los hombres recobraron su especial atractivo: altos, bajos, delgados, obesos, rubios, morenos… cualquiera despertaba el deseo: la virilidad, el miembro flácido esperando por sus manos, su boca, su cuerpo entero. Al verlos, empezaba a sentir un corazón miniatura palpitando en sus genitales y un deseo incontrolable de ser poseída.

Fastidiada, Guadalupe tuvo que contratar al francés para empezar de nuevo la terapia, pero rechazó acompañarlos. Él se negó a trabajar solo, así que ella tuvo que darle algunos pesos más a la criada para que realizara los masajes. Aunque Consuelo descubrió que también podía ser tranquilizada por manos delicadas, femeninas, convenció a la mujer de llevarle algún hombre a cambio de más monedas.

No tardaron en volver las náuseas. Guadalupe le advirtió que era la última vez que la ayudaba. Se dirigieron juntas al departamento de Felícitas en la colonia Roma. Fueron y volvieron en el mismo taxi, un Ford viejo, y le pagaron el triple al conductor por el tiempo de espera y por la mancha de sangre que Consuelo dejó en el asiento trasero. Su recuperación fue más lenta y dolorosa.

Antes de que la enfermedad acabara con la familia, Guadalupe decidió internarla. Llegaron juntas al Pabellón de Servicio Generales de La Castañeda, donde solicitó, con seiscientos pesos en la mano, que ingresaran a su hermana como pensionista. En el apartado «Descríbase su delirio, extravagancias, sus dichos y actos irracionales y todo lo anormal que se haya notado en la conducta del enfermo» bastó que escribiera insumisa, blasfema y exaltada en la mitad de la hoja en blanco para que la aceptaran.

El psicólogo a cargo interpretó el comportamiento de Consuelo, según lo atestiguado por Guadalupe, como furor uterino con un «carácter marcadamente erótico, insumisión, rebeldía y algo de ateísmo».

Con una calma relativa, Consuelo aceptó quedarse. Esa misma noche tuvo accesos de risa incontrolable que culminaron en la inconsciencia. Volvía en sí llorando sólo para retomar el ciclo; decidieron sedarla y mantenerla atada a su cama. Al otro día la fuerza ejercida en su cuerpo fue sustituida con psicofármacos; el control mental suplió al físico.

Guadalupe la visitaba cada domingo. Sin embargo, terminó abandonándola porque un médico afirmó que las continuas peleas entre ambas desataban

«ataques histeriformes» en la interna.

—Dolores, tiene que haber alguna forma de liberarme de esto. Pregúntale, ella te dirá qué debo hacer. —Consuelo sabía que sólo una voz sin cuerpo podía comunicarse con Dolores, pero creía que si era insistente lograría su objetivo. Caminaba a un costado de las hortalizas con la idea de que los terrenos baldíos precedentes eran un buen sitio para una sepultura. Tocó los barrotes metálicos pensando cómo podría salir—. Esta ciudad no debería ser una fortaleza.

Margarita, la enfermera, notó que Consuelo hablaba sola y fue tras ella.

Aunque la mayoría de las veces no podía entender lo que pronunciaba porque las palabras se perdían en un susurro diluido en el aire, hacía lo posible por responderle como si se dirigiera a un animal pequeño que no entiende el lenguaje humano.

Las dos mujeres no podían ser más opuestas. Lo primero que las diferenciaba era la ropa: el uniforme blanco —a excepción de la capa azul marino— de Margarita contrastaba con el vestido amplio de lino floreado de Consuelo. La enfermera era baja y robusta, y la interna, alta y esbelta. El cabello rojizo de Consuelo se mostraba siempre en una larga trenza, mientras que el de Margarita era un bulto negro resguardado por una cofia.

A pesar de la diferencia de edades, Margarita, quien aún no cumplía dieciocho años, alcanzaba la década que la distanciaba

de Consuelo debido a la falta de cuidados en la piel.

Margarita, como el resto de sus compañeras, no había concluido la educación básica. Tomó el trabajo porque La Castañeda estaba a cuadras de su casa y realizarlo parecía sencillo: cuidar a una interna del Pabellón de

Pensionistas de primera clase. Debía permanecer en el psiquiátrico de lunes a domingo, un día a la semana podía dejar el manicomio. Debía hacer que la interna tomara los alimentos y las medicinas en los horarios adecuados, asegurarse de que durmiera el tiempo suficiente y vigilar su comportamiento y salud. En caso de alguna emergencia, debía vocear a la segunda jefa de enfermeras o a la jefa, quienes sí estaban tituladas y podían requerir al médico de guardia.

El cuarto que habitaban ambas en el primer piso del edificio tenía dos camas individuales y dos pequeñas cómodas blancas en contraste con la duela oscura y gastada. Una ventana permitía una buena iluminación durante el día a pesar del grueso cortinaje.

A las siete en punto, Margarita desactivó el despertador de cuerda. Se desperezó y se puso en pie para tomar su bata:

—Buenos días, preciosa, ¿cómo amaneciste? La mañana está fresca, más vale abrigarse. Aquí está tu medicina.

Consuelo, amodorrada, abrió la boca y pasó las pastillas con un trago de agua.

—No me quiero bañar…

—El agua tibia te va a reanimar, ya verás. Además, hoy te toca bordado, y siempre haces unas cosas muy bonitas. Ándale, a ver si hoy nos toca desayunar bistec, acuérdate que les queda bien rico.

Consuelo sonrió y se puso en pie con la ayuda maternal de la enfermera.

Tras ducharse en un área compartida, visitaron el comedor, donde las esperaban unos huevos a la mexicana y café aguado con un pan. Después, Margarita la llevó al taller de manualidades durante algunas horas y, un poco más tarde, a las dos, volvieron al comedor por un plato de fideos y arroz rojo, picadillo, asado

de pollo, frijoles, agua fresca y una fruta.

Alrededor de las cuatro pasearon por las hortalizas —cuando los trabajadores ya se habían marchado— y llegaron hasta los jardines antes de que los pabellones de hombres abrieran sus puertas. Ya por la noche, Consuelo, agotada, tomó otra dosis de medicamento junto con la cena: lomo de cerdo frito y algunas verduras, café con leche y más pan. A las ocho ya estaban en cama, listas para volver a despertar a las siete y empezar la

rutina.

Lo que evitó que los días se sucedieran como copias exactas unos de otros fue una punción que los medicamentos ya no podían sofocar. Una tarde, conversando sobre el pasado, Margarita habló de sus siete hermanos y el campo de Michoacán, y Consuelo de sus tardes de lecturas, gusto fomentado por su propia madre al comprarle cada semana, cuando era niña, libros infantiles de Calleja contenidos en cofrecitos metálicos. También habló de sus hombres, como el francés que le colmaba el cuerpo con frotaciones y nardos. Cuando llegó a ese punto, sintió un hormigueo en las plantas de los pies, una necesidad de ser tocada en un sitio específico. Su pulso aumentó.

Necesitaba unos dedos, una lengua, una boca. Era el furor que la había controlado desde siempre, una excitación que saturaba sus sentidos: frenesí traducido en espasmos. Margarita, asustada, supuso que eso era una posesión demoniaca y pidió ayuda a gritos. La segunda acudió debido al alboroto y la jefa convocó a su superior, quien describió el lapsus en el expediente médico como psicosis maníaco-depresiva: «excitación maníaca…

ninphomanía de origen histérico».

Cuando uno de los galenos la visitó para una revisión general, Consuelo se desnudó gustosa y comenzó a tocarse alegando que veía la esencia erótica en las personas, que percibía un aura sensual imperceptible para los demás, y que la de ese doctor era muy aguda. A pesar de que al menú diario de fármacos se añadieron tres pastillas, ella notaba cómo, al estar junto a otro ser humano, la fiebre surgía tímida siempre en el centro, atrás del ombligo, se expandía y se concentraba en su sexo.

Las pastillas la mantenían serena; el fulgor era apenas perceptible. El único contacto que Consuelo tenía con los

hombres eran las noches de cine de los sábados, función a la que también podían entrar los trabajadores. Ahí conoció a Elías, el nuevo fotógrafo, un joven estadounidense alto, rubio y de ojos azules muy bien parecido y de sonrisa fácil. Fueron vecinos de asientos en varias ocasiones.

Un sábado, Margarita pidió su descanso. Por la noche, otra enfermera se encargó de llevar a su propia interna y a Consuelo a la función. Poco antes de terminar la película, el fotógrafo salió, y Consuelo lo imitó con sigilo. Lo siguió entre la arbolada que conducía a la entrada principal, notó dónde vivía y tocó a su puerta. Las películas de Pedro Infante se convirtieron en la

coartada perfecta para desaparecer por al menos una hora en el cuerpo de un hombre en aquel lugar tapizado de ojos y rostros de papel en blanco y negro.

Su vientre abultado y senos hinchados, disimulados apenas por la bata rasposa y desvaída un poco más suelta de lo normal, presagiaron lo que ella supuso su maldición. Margarita le prohibió las salidas al cine mientras pensaba cómo explicarles la situación a sus superiores. El hecho no se convirtió en un escándalo porque era algo usual en el Palacio de la Locura.

Consuelo le aseguró que su boda con el hombre más guapo del lugar, el que se encargaba de hacer los retratos, estaba planeada dentro de unas semanas.

Cuando interrogaron a Elías, éste se deslindó del asunto alegando que sólo la había visto un par de ocasiones en el cine.

Margarita le explicó a Consuelo lo que sucedería. Le dijo que estaba prohibido que los bebés permanecieran allí. Consuelo le preguntó por qué, si las madres debían alimentarlos, y Guadalupe respondió: «Se los quitan así de chiquitos para que ninguno de los dos sufra más. Para la leche están las nodrizas. Ya hablaron con tu hermana y se niega a pagar para ayudarte.

No te preocupes, se lo van a llevar a la Casa de Niños Expósitos. Es común, siempre hay por lo menos dos panzonas en cada pabellón. Ya verás que será lo mejor para tu bebé…», aclaró al tiempo que trenzaba el cabello cobrizo con cuidado.

Consuelo anhelaba estar vacía, libre. Intentó pedir ayuda personalmente, implorando que Felícitas la visitara, pero la última carta que recibió de Guadalupe la condenó: no estaba

dispuesta a dar más dinero para corregir sus errores. No podía creer que, a pesar de estar recluida, sucediera de nuevo. Además, un detective había descubierto el oficio de la Trituradora de Angelitos, como apodaron a Felícitas, la mujer rechoncha de ojos saltones:

«Debiste escuchar lo que decía la gente y la policía cuando destaparon la cañería de su edificio, que esa peste no era de este mundo».

Los continuos llantos lograron que Margarita interviniera, pero los tés sólo le provocaron dolores insoportables. Consuelo gritaba que quería sacar al invasor de sus entrañas, y una noche comenzó a golpearse el vientre con furia hasta que la sedaron. Tuvo un ligero sangrado que no duró más de dos días, y se preguntó si debía dejarlo vivir.

Llegó la temporada de lluvias abundantes, en la que se solían quedar sin energía eléctrica y numerosas lámparas de gasolina iluminaban las estancias y habitaciones. En la cama, Consuelo miraba hipnotizada la lámpara en la cómoda de Margarita; la sorprendía esa minúscula flama que distorsionaba la realidad con su tenaz baile.

Antes de dormir, lo último que vio fueron los ojos de Margarita mirándola sobre el fuego casi extinguido y sus labios fruncidos soplando. El rostro benévolo y redondo se mantuvo quieto hasta que la totalidad de la oscuridad lo devoró y la ausencia volvió a llenar el espacio.

Consuelo, pira ardiente, soñó con Dolores y con su madre en una sola voz anunciando que el bebé sería un niño libre de mal, con unos ojos más puros que el cielo y un cabello finísimo y dorado. Despertó antes del amanecer y advirtió la lámpara encendida de nuevo. Quizá si combatía su fuego con otro fuego todo acabaría. Tomó la lámpara de gasolina, con una mano quitó el mechero encendido y con la otra vertió el contenido líquido en su vello púbico. La pelambrera castaña y húmeda brilló con el reflejo de la luz.

Acercó la flama moribunda y, de un instante a otro, se convirtió en una mujer ígnea que se consumía en vida junto con su calor mal disfrazado.

Consuelo sonreía mientras Margarita la cubría con una manta,

tratando inútilmente de extinguir unas llamas que, a la distancia, volvían crepúsculo la negrura.

MORBUS PUERI

La demencia en el individuo es algo raro; en los grupos, en los partidos, en los pueblos, en las épocas, es la regla.

FRIEDRICH NIETZSCHE

—Este culero dice que te conoce, mi Flaco, que es tu abuelo. —El Gato llevaba sujeto del cuello de la camisa al anciano borracho y el Chango lo sujetaba del cinturón, le costaba andar.

Lo obligaban a avanzar entre los dos. El viejo, con un labio partido, sangraba por la nariz y una incisión en la frente. Me encontraron cuando iba de regreso a los talleres. Venían de los establos o de la morgue. A primera vista no reconocí el rostro ajado, surcado por sangre.

—Se robó la última pachita de aguardiente del Chango y le valió madre que le gritáramos, se la terminó de un trago y luego nos escupió, el muy pendejo.

El susto de ver por primera vez al Gato tan enojado fue mayor cuando caí en cuenta de que frente a mí estaba, indefenso, un hombre que sólo sabía hacer daño, ese que era más robusto que un roble y más alto que un pino.

Ese que te debía dar permiso para dirigirle la palabra.

—¿Qué hacemos? Le metimos unos putazos y cuando te vio nos dijo que te conocía, que tú ibas a pagar lo que se había tomado.

Nunca lo había visto sangrar. De niño incluso pensé que aquel viejo no tenía sangre en las venas, sino pulque o cerveza. Siempre despedía ese olor.

—Sabes que aquí no toleramos a los ratas, el Chango trae su picahielo y se lo quiere llevar a los establos.

—Escuincle, les debo tres pesos de tequila, págales, mijo. Mira cómo me tienen ya estos desgraciados. —El viejo apenas podía levantar la cara.

—No te conozco —dije mientras negaba con la cabeza.

—Tú eres mi pinche nieto, hijo de tu reputa madre, desde escuincle has tragado gracias a mí, me debes la vida, ¡págales a estos cabrones!

Asentí mirando al Gato y éste le dio un golpe en el estómago al borracho, que se quejó con amargura.

—Nadie le habla así al Fede, culero. Chango, ahora sí vamos hasta los establos.

Se llevaron al bulto sollozante. Su rostro moreno y terroso y el pelo entrecano no habían cambiado casi nada. Mis amigos habían ablandado su dureza de tronco.

Hasta donde pude verlo, el viejo alternaba escupitajos y llanto, maldiciones y súplicas. No se preocuparon en taparle la boca porque en esa zona del manicomio era raro ver algún cuidador, sólo daban una ronda por las noches.

Hombres y mujeres, niños y ancianos, quienes ya no hallamos un lugar afuera, aquí encontramos amigos, una nueva familia. Desde que Crescencia me trajo, gané pronto la confianza del Chango y el Gato. Ellos llegaron desde el San Hipólito. Aquí los apodos se ganan: Chango tiene una nariz y una boca muy anchas y siempre le pide plátanos a su hermano cuando lo viene a visitar; el Gato se comporta como tal: se quita la ropa y prefiere los lengüetazos a la regadera, asolearse por las tardes y comer directo del plato.

Yo simplemente soy Fede o Flaco, y estoy enfermo de algo que no se puede curar.

Cuando vivía con Crescencia y ella estaba de buenas, hablaba mucho. Me contó que el abuelo era de carácter fuerte y grosero porque estuvo preso en la cárcel de Belén; se fugó durante la Decena Trágica. Ella y mi papá se habían venido de Ameca, Jalisco, junto con él. Sus otros hijos se habían quedado allá, desperdigados entre sembradíos y ganado.

Ya que tenían rato en la capital, mi papá fue uno de tantos que decidió que no valía la pena tratar de salir adelante cuando todo se caía a pedazos, y se fue con los zapatistas al sur a gritar «Tierra y libertad» mientras se adueñaban de viejas haciendas el mismo año de la terrible hambruna, cuando yo nací, por eso mi madre tuvo que vender los pocos animales de corral que teníamos y el abuelo vino para llevarse a mis dos hermanos y arrebatarle a mi hermana junto con el último caballo que nos

quedaba.

Terminamos separados a la fuerza.

Crescencia se dedicó a vender los huevos de un par de gallinas y nata, mantequilla y queso de la leche que ordeñaba de la única cabra. Yo la acompañaba a vender al mercado agarrado de su falda para no perderme: ella siempre caminaba tan rápido que me dejaba atrás de un momento a otro.

El abuelo volvió cuando yo ya sabía hacer cuentas. Alegaba que venía de un pueblo lejano, que lo querían matar y que venía a ver cómo estaba su casa en la ciudad, pero mi mamá sabía la verdad: guardaba entre los huacales la noticia de El Universal donde lo anunciaban como miembro de la Banda del Automóvil Gris; estuvo encarcelado en Lecumberri, le perdonaron la vida y ganó la libertad a cambio de información.

Antes de saludar, mi madre le preguntó por sus hijos.

—Los huevudos andan en el ejército de Carranza, con los de Colima, salieron chingones. La muy puta de tu hija ya está preñada de quién sabe quién y la dejé encerrada. Está mejor que se quede allá, nomás va a servir para parir chamacos, como tú, y más le vale que salgan machitos.

Crescencia se retorció el mandil. Yo estaba entre sus piernas, horrorizado de que ese señor me llevara a mí también.

—Mira al jotito de tu hijo, ni sabes criar machos, por eso me los tuve que llevar. Sírveme la comida, rápido. Y hazme unas de esas tortillas que te quedan tan bien. —Se sentó a la mesa y se quitó el sombrero. Comenzó a alisarse el bigote sin dejar de mirarla—. Ándale, india, ¿te tengo que tronar los dedos o qué?

Mi mamá dio la vuelta y quedó frente a la masa y el comal caliente; la escuché dar gracias a Dios porque teníamos arroz y nopales.

La casa eran dos cuartos: la bodega y la pieza que servía como dormitorio, cocina y comedor. Crescencia desenrolló un petate en la bodega y me hizo un sitio entre especias, huacales con botellas de vinagre y costales de sal y maicena. El abuelo se quedó con ella.

Cuando él me hablaba y yo no respondía con un «mande» o «sí,

señor», o cuando no me dirigía a él como «abuelo», recibía un golpe en la cabeza o en los brazos, lo mismo si se me ocurría salir de la bodega en las noches, cuando él regresaba de la cantina; si estaba de malas porque a la comida le faltaba sal, porque las tortillas no estaban redondas o porque sus huaraches o cinturón estaban sucios.

Aprendí a esconderme entre hierbas agrias y molienda. Vivía con miedo y en alerta. El frío del invierno comenzó a impregnarse en las paredes de adobe y el altísimo techo; mi petate y el zarape con hoyos dejaban escapar el poco calor de mi cuerpo. Hubiera preferido estar de nuevo con mis hermanos, para amontonarnos, o con Crescencia, pero al abuelo me hubiera alejado a patada limpia de su lado.

Lo único que podía tomar de la cocina eran trozos de pan viejos y algunas sobras. Cuando tenía suerte me tocaba un cacho de carne seca y alguna verdura o fruta medio podrida. Una tarde de domingo, estando solo, me comí una pierna del caldo de pollo que estaba sobre la estufa. El olor que salía de la olla no me dejaba en paz, y los mendrugos de la mañana habían sido apenas un bocado. La devoré junto con algunos sorbos de caldo y un elote y me fui a dormir.

En la madrugada me despertaron los gritos. Me tallaba los ojos cuando una patada en la nuca me hizo ver luces brillantes, casi al mismo tiempo sentí el sabor de una moneda en la lengua y ya no supe de mí. Al despertar, Crescencia me estaba abrazando. Ella lloraba, me había puesto un rebozo alrededor de la cabeza, que sentía como un tambor, y no dejaba de repetir que lo iba a matar. Sin importar que fuera lunes, me hizo reposar y no salió a vender. Me estuvo limpiando la herida y preparando menjurjes amargos que me daba a beber de a poco. El abuelo no se apareció.

Me contó que me empecé a mover sin control, y el viejo se asustó tanto que

salió mentando madres. Ella pasó la noche velándome y hasta salió a buscar una curandera. Pensó que me iba a morir. Yo lloré quedito para no preocuparla más.

El abuelo regresó una semana después y empezó a salir mucho. Le dio lo mismo encontrarme vivo. Volvía oliendo a pulque o aguardiente, herido, solo o acompañado. Esas noches, Crescencia

se refugiaba conmigo. Incluso una vez tuvo que ir por él al pueblo de Tacuba porque el celador de un cuartel vino a darle la noticia de que lo encontraron inconsciente en una banqueta y debía pagar su fianza.

A mí me dieron más ataques como el de aquella noche, sobre todo cuando estaba bajo el sol. Crescencia tenía miedo, no sabía qué hacer, cómo curarme. Una vez me pasó cuando regresaba de la vendimia, al mediodía.

Un policía nos ayudó y nos acompañó hasta la casa. Nos dijo que yo era un peligro para los demás: si tenía un ataque en un lugar público podía reaccionar violentamente. Crescencia le dejó claro que yo no era ninguna amenaza. El policía remató asegurando que yo terminaría en el loquero.

Tuve miedo de que me alejara de ella. Me puse detrás de mi mamá, junto a la puerta abierta, y ella le gritó que se fuera. «Vamos a salir de esta, cómo fregados no», me dijo después y me besó la cabeza. Luego sentí el calor de su pecho en la cara, yo la quería mucho cuando ella sabía ser buena.

El viejo a veces traía alhajas, relojes o escapularios de plata y rosarios de oro que nos prohibía tocar y luego desaparecía. Nunca vimos dinero. El último día que estuvo en la casa llamó a unos cargadores para sacar la estufa de leña. Crescencia estaba en el mercado y cuando regresó lo enfrentó con rabia:

—¿Y cómo voy a calentar la leche para hacer el queso? ¡Esa estufa me la compró tu hijo! —gritó llorando.

—Con una pinche fogata te basta, india. Si mi hijo la compró yo tengo más derecho sobre ella, no te pongas a joder. Y si sigues de chingoncita, ahorita te lo bajo a madrazos —dijo y levantó la palma de la mano derecha, desafiándola.

Ella se limpió las lágrimas y se fue. Me costó trabajo dormir, quería salir a buscarla y prometerle que ya no tendría ningún ataque, que la ayudaría a

juntar dinero para comprar otra estufa, que trabajaría el doble. Regresó hasta la mañana siguiente, me despertó muy temprano. Me dio un zarape del viejo y salimos. Lo último que vi fue al abuelo roncando sobre el petate.

Caminamos casi una hora y nos detuvimos hasta llegar a un

enrejado con unas letras blancas en la entrada. Pasamos y vi un edificio grandísimo.

Subimos muchas escaleras y, ya en la puerta, ella tiró del cordón de la campana. Antes de que alguien abriera, Crescencia murmuró muy cerca de mi oreja: «Esto es lo correcto, no digas ni una palabra». Nos recibió una mujer vestida de blanco que nos llevó a un cuarto pequeño donde un hombre también de blanco le hizo varias preguntas sin dirigirse a mí. Ella no mencionó nada del golpe del abuelo, y yo no hablé porque recordé sus jalones de oreja y pellizcos, la tenía que obedecer. Me temblaban las manos de miedo y de frío, un olor muy fuerte me mareaba y había frascos y aparatos de metal en todos lados. La hicieron firmar unas hojas y nos llevaron a un salón grande por el que pasaban más hombres de blanco que llevaban valijas o montones de papeles y hablaban entre sí. Mi mamá se despidió rápido y salió. Por uno de los ventanales pude verla alejarse con las manos en la cara.

El hombre que habló con Crescencia me dijo que yo tenía una enfermedad llamada «epilepsia». Después, otro me llevó a trasquilar y me echó un polvo blanco que picaba, me dio un uniforme viejo que me quedó grande y me llevó a un salón. Ahí, me encadenó a una pared junto a una bacinilla, para no herir a mis compañeros o a mí mismo, según él. Sentí de nuevo frío y comencé a temblar. Me ordenó no mirar a los ojos a ningún doctor, mucho menos cuando se dirigieran a mí, y bajar la cabeza. Si quería salir de ahí, debía dejarme hacer sin protestar. Asentí con la cabeza y pregunté cuánto tiempo estaría dentro. Se limitó a contestar que eso no dependía de él y se marchó. Los que estábamos allí nos veíamos igual. A mi derecha había un joven dormido, y a mi izquierda estaba un señor chimuelo que me sonreía.

Su baba escurría lento y, por más que quería hablar, no podía. Unas bolas de pelo gris que corrían en busca de migajas estaban más animadas que nosotros. A veces hasta mordisqueaban a los que ya ni se movían. Abracé mis piernas y agarré mis pies para protegerlos.

—¿Cómo estás, Federico? —Desperté recostado en una cama que olía a pipí.

—Bien, gracias… —Recordé la orden y bajé la mirada.

—Mírame, muchacho. —Tomó mi mentón con cuidado y conocí su rostro—.

Así está mejor. Soy el doctor Manuel Velasco, yo estaré al tanto de ti. Sufres de fotosensibilidad, es un espectro de la epilepsia. Esto significa que, si miras luces fuertes, es muy probable que tengas convulsiones, esos movimientos que no puedes controlar. Primero te haremos una intervención electroencefalográfica, porque tu enfermedad está en el cerebro —al decirlo, señaló mi frente—. Continuaremos tu tratamiento con medicamentos. Te lo informo para que nos ayudes portándote bien, ¿de acuerdo?

—Sí, señor, lo que usted diga. Voy a hacer lo que me ordene para poder irme.

—Muy bien, Federico, entonces pasaré a verte mañana temprano. —Me tocó la cabeza rapada, anotó algo en una libreta y revisó al resto.

A veces me tenían acostado durante un día entero y me ponían inyecciones en la espalda. Ya no me encadenaban; me llevaron a otro cuarto muy grande al que le decían «pabellón», donde había varias camas y mucha más gente. Ya no tuve ataques. A veces también me metían en tinas repletas de agua helada o a punto de hervir, y luego me hicieron ir a dos talleres, uno de carpintería y otro de zapatero. Tuve mejor suerte haciendo zapatos. Ahí el Chango, un hombre de unos cincuenta años y fuerte, me agarró de aprendiz porque yo era rápido y no me cansaba. En uno de los descansos nos visitó el Gato, un señor de su edad, y me dio mucha risa escucharlo maullar y restregarse en las piernas del Chango, aunque no duró mucho: unos guardias se lo llevaron por andar encuerado.

El Chango me dijo que en esos edificios ruinosos llenos de ratas había exmilitantes de la Revolución mexicana. Le conté de mi papá y mis hermanos, pero no me supo dar razón. También me contó que había gente enferma de otras cosas y prostitutas, alcohólicos, criminales, asesinos.

Llevaba muchos años encerrado y conocía a la mayoría.

En mi pabellón dormía sobre una colchoneta manchada y zurcida más cómoda que un petate. Me amarraba al pantalón mis únicas pertenencias para no perderlas: una cuchara de palo adentro del tazón de peltre abollado en el que me servían arroz, frijoles o

avena desabrida. Nos apiñábamos para

intentar reposar. Éramos tantos oliéndonos y tocándonos hasta el pensamiento, que había quienes también se quitaban la calentura entre ellos. A veces me manoseaban, y aprendí que era mejor dejarse hacer, sobre todo si las manos eran de un enfermero. La primera vez me negué y me golpearon tanto que estuve en la enfermería una semana entera. Aquel enfermero le echó la culpa a otro interno, que estuvo los mismos días castigado en el Pabellón de Agitados.

Aparte del Chango y el Gato, sólo me hice amigo de Lucía. Apareció de repente junto a mi colchoneta, que ya poníamos directamente sobre el piso para acomodarnos mejor. Le compartí pan. Empecé a alimentarla en secreto. A veces la acariciaba, y cuando se rascaba con una de sus patitas tiraba bichos negros que brincaban de repente. Cuando se quedaban quietos me daba pena sacudirlos, sentía que cada uno de ellos merecía un nombre y un lugar para estar tranquilos, igual que nosotros.

Una noche en la que no podía pegar ojo por los constantes zumbidos y los arañazos de la familia de Lucía por debajo del suelo de madera, oí un cuchicheo al otro lado de la puerta y me acerqué para distinguir mejor las palabras de los guardias:

—El edificio principal, el que está en la mera entrada, tiene un sótano grandísimo, tuve que entrar a pedir la copia de unas llaves. Ni te imaginas lo que vi. Ahí guardan tanto cachivache que hasta tienen una colección de cosas decomisadas con las que han matado gente aquí adentro estos pinches chalados.

—Ah, ¿sí?, ¿y qué pueden usar para matar, si están prohibidas las armas?

Casi siempre están bien tranquilos, seguro son puros chismes.

—Si te contara… Hay navajas oxidadas y sin filo, cubiertos, una pata de madera, un lápiz sin punta, un gancho doblado, tijeras de costurera, un zapato, cinturones de mecate, un chichero, una almohada…

Después de los talleres teníamos permiso de pasear. Caminábamos entre edificios grandísimos de piedra gris con ventanales alargados y árboles que decían que estaban tan flacos como yo. El lugar estaba dividido entre la parte sur, para nosotros, y la parte norte, para las mujeres, a quienes

veíamos a través de una reja.

La Casta era mi nueva casa y tenía lo suyo. Me gustaba pasear por las calzadas rodeadas de pasto hasta el pabellón de los alcohólicos y volver. Me daba miedo acercarme al de distinguidos porque me malmiraban; ellos estaban en el último edificio, antes de los jardines de la entrada donde vi por última vez a mi mamá. En uno de esos paseos me encontré de nuevo al Gato.

Estaba en la entrada de su sección, Esquizofrénicos, estirándose, desvestido.

Cuando me vio se escondió. Después, se asomó y, a cuatro patas, empezó a acercarse con cuidado. Me restregó la cabeza en las manos y empezó a hacer un sonido raro. Le toqué la cholla y me sonrió. Luego empezamos a hablar.

Por esos días, Crescencia comenzó a visitarme. Se había enterado de que un niño de mi edad había muerto tras perforarle la cabeza, y quiso saber de mí.

Aprovechó su siguiente visita para llevar quesos que vendía a quince centavos entre los trabajadores y los distinguidos, los únicos con dinero. A mí me traía tres paletas de hielo, que compartía con el Chango y el Gato.

Ella veía al encuerado con asco cuando su pito colgaba de un lado a otro mientras corría o brincaba de felicidad. Al verla, el Chango se moría de risa y me la contagiaba.

Ya a solas, me preguntó por qué no tenía amigos de mi edad. Yo no supe qué decirle, pero le hablé de lo que hacía dentro y cómo me curaban. Le dije que estaba aprendiendo carpintería y ayudando al Chango, que era zapatero, pero ella aseguró que mi trabajo no servía de nada porque no me pagaban y ella no recibía ni un centavo. Luego se quejó de estar sola. Cuando me aseguró que estaban por dejarme salir, se me hizo un nudo en la garganta al recordar al viejo y pensar en no ver más a mis amigos y a Lucía.

Crescencia se afanó en sacarme de La Casta.

Una casucha amplia de madera con un corral en el que apenas cabían el chiquero de las gallinas y la cabra era nuestro nuevo hogar. Una estufa de adobe y ladrillos nos calentaba, y tuvimos que compartir una mesa, una silla y un petate. No me atreví a

preguntar por el viejo. Extrañaba a mis amigos y la avena insípida a pesar de que ahora mi desayuno era leche caliente en pocillo y dos quesadillas. Hasta extrañaba los baños sucios; por lo menos no

eran una letrina como la que compartíamos con los vecinos de la cuadra.

También necesitaba calor humano, y Crescencia no dejaba de dar manotazos si me acercaba de noche.

No me hacía caso, sólo quería que estuviera afuera, vendiendo, sin holgazanear como alegaba que lo hacía en el loquero. Tampoco hacía caso de los empujones y las groserías que me decían, de las burlas cuando los niños me imitaban y se ponían a bailar sin control frente a mí. Yo respondía apretando los puños y cambiándome de calle, maldiciéndolos por lo bajo.

Cuando le entregaba el dinero, me pedía hacer cuentas y siempre repetía lo pazguato que era. Crescencia me recordaba al viejo con sus malos tratos. Ya no tenía cariño para mí.

Una noche, al volver, una pandilla me quiso asaltar. Me negué a pesar de las navajas. Me pegaron en la cabeza y quedé en el suelo. Salieron corriendo entre risas después de esculcarme. Las luces me anunciaron que tardaría varias horas en despertar. Cuando me pude parar, caminé lento hasta la casucha. Toqué y Crescencia no me dejó entrar porque no traía dinero.

—Tenías que salir borracho, como tu pinche abuelo. No voy a abrirte la puerta hasta que regreses con mis monedas.

No supe a dónde más ir; empecé a caminar a La Casta. Pregunté por el doctor Manuel. Tuve la suerte de que estuviera ahí, y me ayudó a entrar de nuevo sin mucho problema. Me curaron en la enfermería y volvieron a darme una cuchara y un tazón. El nuevo uniforme estaba menos tieso y más de mi tamaño. Al otro día busqué al Chango y al Gato en los establos, nos alegramos de vernos y me aliviaron el alma con sorbos de aguardiente.

Regresé al taller del Chango. Crescencia vino por mí a los quince días, alegando que no estaba de acuerdo con que me mantuvieran cautivo si era menor de edad y ella podía mantenerme. Pidió mi salida y dos guardias fueron a buscarme al comedor a media cena. Mis amigos se enojaron y yo obedecí por miedo, no porque quisiera salir. Alcancé a gritarle al Chango que

cuidara a Lucía.

Crescencia se portó mejor, hasta me trató como cuando era pequeño; se preocupaba por mí y me acompañaba al mercado, hasta me compró un sombrero. Ya no me hacía deambular hasta que terminara de vender la

mercancía. A veces había café para el desayuno, tenía zapatos nuevos y compramos mi propio petate y otra silla.

Un día salí solo a la vendimia. Al regresar del mercado venía pensando en Lucía y en el Gato y en el doctor Manuel, que se afanaba tanto en curarme.

Los extrañaba montones. Quería saber cómo estaban, si también me extrañaban. Ya frente a la casa, encontré la puerta abierta. Escuché gritos y empecé a ver las luces brillantes:

—Eres una puta, sólo sabes abrir las patas, como lo hacías con mi hijo.

—¡Ya lárgate! Estábamos muy bien solos, búscate a otra mujer, aquí sobran.

—A mí me cumples cuantas veces y cuando yo diga, cabrona. Tú eres mía.

Si no fuera por mi ayuda estarías en la calle junto con ese mocoso tarado que no sé por qué no se ha muerto. Tantos hijos que tuviste buenos, tenías que sacar uno malo.

—¡Suéltame!

—¡Cállate, hija de la chingada! Nomás para esto eres buena.

Luego un golpe y después un alarido. Sentí el regusto a centavo, se me nubló la vista y perdí la fuerza. Cuando desperté la casa estaba vacía, lo mismo que el corral. Encontré una silla rota y en el fuego ardía un petate. No quedaba nada ahí.

Volví a mi refugio. A pesar de la aglomeración y las manos ansiosas por meterse entre mi ropa, La Casta era un lugar seguro. Regresé al taller, a la buena compañía.

Mis ataques habían disminuido por las inyecciones y las cápsulas, y el doctor Manuel me dijo que podía salir y buscar a

mi familia si quería.

Hacían eso con los pacientes que eran buenos trabajadores y no causaban problemas, pero la mayoría no nos alejábamos de las rejas o los jardines. Ya éramos parte de La Casta.

Quería saber de Crescencia, ir a buscarla, pero no quería ver al viejo.

Aunque los ataques estaban controlados, la angustia y los recuerdos eran

necios.

Al notarme pensativo, el Gato, sin poder verme porque tenía los párpados hinchados y morados por un tratamiento en el que le metieron dos agujas enormes en los ojos para llegar a su cerebro, se esforzó en convencerme de que estaba mejor dentro, con ellos:

—Fede, Flaco, a esa mujer no le importas. Sólo le sirves como mula, te usa de esclavo cuando estás afuera. —Sentado sobre la tierra, se lamía un brazo.

—Pero ya me había comprado zapatos, mi silla y mi petate…

—Lo hizo para que descansaras bien y trabajaras mejor, zonzo. Mira, aquí no nos falta nada y no nos molestan los pinches puercos ni tenemos que andar pidiendo caridad, y si te la sabes y eres listo, como yo, hasta tu chupito consigues de cuando en cuando. Además, le caes bien al Manuel y al Chango, te echan la mano en lo que pueden, ¿no?

Sentí que la nariz y los ojos me ardían. Tenía razón. En todo.

El Chango llevaba un tiempo malo por culpa de una enfermera. Ya que salió, se enteró de que era uno de los pocos sobrevivientes: se habían equivocado con las inyecciones. Se ganó acceso a los jardines del pabellón de los pacientes distinguidos. Una señora pelirroja muy guapa, que siempre salía a tomar un poco de sol junto con su enfermera, le regalaba algunas monedas y comenzamos a comprar refrescos en el kiosco.

Soñé que Crescencia me visitaba otra vez. Tenía un bulto en el vientre y unas enaguas muy holgadas. Me pedía con insistencia que la perdonara mientras tocaba mi cara. Yo sólo me hacía para atrás hasta desaparecer.

Una tarde, en el descanso, me enteré de que mi mamá andaba cerca del jardín principal pidiendo limosna con un niño en brazos, los dos flacos y andrajosos. Las luces aparecieron y fui al baño para intentar calmarme antes de que llegara el sabor a centavo, como me recomendó el doctor Manuel. Ya más tranquilo, al salir, vi a lo lejos que mis amigos se acercaban dando voces, arrastrando a alguien.

ESPEJOS DE MERCURIO

La fotografía podría ser esa tenue luz que modestamente nos ayudara a cambiar las cosas.

EUGENE SMITH

La pequeña vivienda parecía un museo: diferentes cámaras fotográficas, algunas incluso descompuestas, adornaban cualquier superficie. Antonio imaginó que invadían cada cajón, que podría abrir la alacena y encontrar, en lugar de arroz o cereal, una Kodak 2 Brownie Modelo F o frascos de rollos fotográficos.

—Estudié fotografía algunos meses, lo dejé por lo caro del oficio… —

Antonio sacó una cajetilla que le ofreció a Elías, quien lo miró con disgusto; el joven la guardó de inmediato, apenado. No supo si lo intimidó más su mirada acuosa, que le resultaba familiar, o su semblante severo.

—Cuando de verdad te interesa algo, buscas la forma de hacerlo. Tira eso, mi madre tenía el mismo vicio y mi padre lo odiaba porque el tufo se impregnaba en cualquier fibra y en la atmósfera; decía que el humo de los cigarros dañaba el papel, las cámaras y su equipo. Te voy a contar algo que te hará dejarlo. Ella se abstenía de fumar cuando él estaba en casa, pero en cuanto el hombre ponía un pie en la acera, encendía el primer cigarrillo del día. Para ocultar el olor, solía comprar aromatizantes baratos de pino fresco. Una noche de fin de semana, de ésas en las que él volvía hasta que aparecía el sol, mi madre nos mandó a la cama y decidió quedarse en la sala para escuchar la radionovela. Había pasado la tarde limpiando las superficies de los muebles y las cámaras, aspirando las alfombras y sacudiendo las cortinas. Estaba exhausta, se quedó dormida a los cinco minutos. Me despertó un humo denso y el olor a

plástico quemado que venía de la sala. Sacudí a mis hermanos y vimos la mitad de la habitación envuelta

en llamas, nuestra madre estaba inconsciente en uno de los sillones. Les dije que la arrastraran hasta el pasillo y yo me encargué de rescatar las fotos y cámaras que cupieran en mis brazos. Traté de regresar, pero el incendio fue más veloz que mis piernas. Vi cómo las flamas se alimentaban de cada retrato, cómo el trabajo de años de mi padre se convertía en ceniza y yo no pude evitarlo. Me arrodillé para evadir el humo y lloré con amargura. Los bomberos no tardaron en llegar.

»Mi madre estuvo internada en el hospital por intoxicación. Al salir se fue con mis hermanos a casa de los abuelos, a tres horas de la ciudad. Mi padre prefirió la habitación de hotel de paso cerca del Bronx en la que estuvimos tras el incendio. Me quedé con él porque yo también quería ser fotógrafo, mi admiración me guiaba. Una noche él regresó acompañado, yo fingí estar dormido en una de las camas y logré echar un vistazo entre las colchas.

Miré piernas, brazos y dos cuerpos que se esforzaban por ser uno. De repente tuve suerte y distinguí un pecho. Mejoré mi técnica de espía y logré ver unas nalgas sin ser descubierto… —Elías se perdió en el recuerdo del olor acre de los cuerpos que inhaló durante la madrugada.

Antonio, impaciente, tamborileó los dedos sobre la mesa y miró al techo. No quería ser directo porque sabía del mal temperamento de Elías, aunque tampoco pensaba estar la tarde entera escuchando los recuerdos de un anciano malhumorado. Quería ver las tomas que le habían descrito. La suya era una especie de obsesión secreta, algo demasiado personal. Soltó un suspiro profundo.

—Oye, si esto no te interesa, ahí está la puerta. No sé para qué vienes a platicar si no tienes tiempo, muchacho impaciente. Ni siquiera has probado el café que te preparé…

—No era mi intención, señor Elías. Oiga, ¿y qué fotografiaba su padre? —Si le seguía el juego, podría encaminar la charla a lo que de verdad le interesaba, el motivo de su visita. Debía esforzarse más. Tomó la taza y le dio pequeños sorbos al café tibio.

—Escenas de accidentes, desastres u homicidios. Llegaba antes

que la policía, su material era único y lo vendía a los periódicos más populares. Se especializaba en cuerpos masacrados, acostados en el pavimento junto a un río de sangre o atrapados entre autos desfigurados. Parecía que alguien o

algo le anticipara información. Cámara en mano, presenciaba el momento exacto. En cambio, yo me esforzaba y no lograba dar con uno, pero el espectáculo diario de vagabundos famélicos, indigentes ebrios entre cartones o mendigas con varios niños a cuestas en las calles me incitó una especie de solidaridad trágica que me vinculó con lo diferente, lo infortunado: los marginados, los lisiados y los enfermos, desposeídos que volví inmortales gracias al flash… —Elías se aclaró la garganta y bebió de la taza —. Por ese entonces supimos de un fotógrafo mexicano de nota roja.

Metinides, el Niño, tenía la misma afición que mi padre de llegar a escenas de accidentes, desastres o crímenes. Sus ángulos capturaban el dolor, duplicaban el sufrimiento. Las composiciones de ambos se enfocan en la muerte, aunque mi padre se especializó en cuerpos, como aquél atado y metido a la fuerza en un baúl del que sobresalían una mano y un pie. El Niño, en cambio, se enfocó en accidentes de tránsito, autos deformados que entre sus retorcidas entrañas y láminas de hierro y aluminio prensaban alguno que otro cadáver que se asomaba como queriendo escapar… Así como mi padre tenía un deber hacia la muerte, yo lo tengo con la enfermedad. —Suspiró y dio otro sorbo.

Antonio imitó el gesto. Con la taza aún en los labios, recordó las preguntas que debía hacer para cerciorarse de los rumores que había escuchado, necesitaba pruebas.

—¿Y qué lo trajo hasta aquí? Nueva York no está muy cerca que digamos…

—Mi padre lo planeó. Sólo traje una maleta y un portafolio con mis mejores obras y la única herencia que me dejó en vida, una Leica I de 1925. Cuando me la entregó, al cumplir dieciocho, me dijo que a mi edad él ya comenzaba a formar una familia. Al despedirnos me pidió que antes de tomar una decisión, lo pensara al menos tres veces.

»Empecé como aprendiz del fotógrafo de planta y me las arreglé con el pobre español que sabía. Varios médicos hablaban inglés y

encontré internos extranjeros. Vaya que sufrí; la comida me indigestaba y no podía dormir sin el frío neoyorkino. Cuando el fotógrafo de planta se marchó, yo cubrí su puesto en lo que contrataban a uno nuevo. Durante tres semanas no se hizo una sola entrevista, muchacho. Nadie quería trabajar en el manicomio porque tenían miedo de contagiarse de algún trastorno, decían que estar sumergidos entre la locura acabaría por infestarlos y que el sueldo

no lo valía, así que terminaron dándome el puesto y esta reducida casa dentro del predio. —Elías tomó un periódico para abanicarse al sentir el sopor de la tarde—. Por ese entonces conocí a Ismael Casasola, hijo de don Agustín. Que nuestros padres compartieran profesión ayudó a afianzar nuestra amistad. Teníamos la misma edad y, como yo, se involucró en el oficio muy joven, ayudando a su padre con los revelados. Con él conocí la ciudad y mejoré mi español, nos volvimos la sombra del otro. Ahora no nos frecuentamos mucho.

El joven palpó la cajetilla para tranquilizarse un poco y poder continuar.

Quería confirmar la razón por la que ese viejo que revivía recuerdos a la menor provocación no se había largado ya del país. Debía seguir indagando.

No tenía nada aún. A falta de preguntas, Elías continuó con su soliloquio para evitar la incomodidad del silencio:

—Cuando tuve oportunidad de volver a Nueva York, conocí a una joven a la que mi padre le daba cátedra. Diane Arbus estaba inconforme con su labor en las revistas de moda porque le resultaba vacía. Decía que era una sucesión de ángulos equilibrados, rostros perfectos y cuerpos entallados en telas brillantes que ocultaban la verdadera esencia del ser humano: la monstruosidad, lo bestial. A pesar de la diferencia de edad y de que ella era casada, la mujer me cautivó… Tras nuestras charlas comenzó a buscar gente en hospitales y manicomios, y comenzó a enviarme algunas de sus tomas. Se volcó en su inclinación: retratar a los «raros», los «fenómenos», los enfermos mentales, las prostitutas. Comenzó a pasear por los barrios bajos armada solamente con su curiosidad y una cámara.

»Mi siguiente visita la dediqué por completo a ella. Entre cafés, cenas y cervezas en lugares solitarios nos besamos las primeras

veces. Mi última noche en la ciudad la pasé junto a ella en el hotel del Bronx que yo conocía tan bien. El tacto de su piel y su olor me daban una sensación de paz que no he vuelto a encontrar. —Elías se tocó la parte inferior del muslo derecho y continuó—. La retraté desnuda y en la ducha. Aquello se repitió dos veces hasta que la culpa hizo que comenzara a evitarme. Insistí en que viniera a México conmigo. Se negó hasta que la amenacé con publicar el material íntimo. Llegó a la estación de autobuses para decirme que me alcanzaría después. Hasta ahora, ninguno de los dos ha cumplido su palabra. —Sonrió mirando al suelo.

A pesar de que Antonio se había terminado el café, sostenía la taza en las manos para evitar la tentación de fumar. Su pie derecho daba repetidos golpes en el suelo pensando qué tendría que ver aquello con su visita.

—Nos escribimos algunas veces, jamás nos volvimos a ver. Hay una frase suya que memoricé: «Una fotografía es un secreto acerca de otro secreto: cuanto más cuenta, menos sabes». Ella era así.

Antonio dejó de prestarle atención para mirar las imágenes esparcidas sobre la mesa; gran parte eran semblantes de personas atractivas a pesar de sus gestos. Miró con atención la portada de una revista. Elías lo notó:

—En el 47, Diane me envío un sobre con el número de la revista Life que publicó «The Most Beautiful Suicide» en la portada que estás viendo. Es la imagen del cadáver de una hermosa joven que saltó del Empire State. Da la impresión de que está reposando en el techo del vehículo donde aterrizó,

¿verdad? Dentro de la revista había una nota: «Si uno observa la realidad lo suficientemente de cerca, esa realidad se torna fantástica».

»Supe por mi padre que tuvo dos hijas y que se separó. Muchacho, ¿conoces la teoría de la telegonía? Uno de los especialistas del manicomio me aseguró que es cierta. Así que quizá las niñas de Diane tienen alguno de mis rasgos… Siempre imagino cómo se vería en cierta luz, qué comentarios haría de mis enfoques o composiciones, cómo haría un encuadre. La han llamado «la reina de los desposeídos, monarca de quienes no tienen más que la muerte o la sombra como monedas de cambio»,

y no les falta razón. Su doble mira, la de su instinto y la de su cámara, admira cada ser ignorado que transforma el paisaje.

Aunque Antonio le prestaba atención de nuevo, debía detener sus recuerdos y traerlo de vuelta al presente. La investigación que traía entre manos era una bomba que debía hacer detonar si quería ganarse el ascenso y la confianza de su jefe. Encontró la forma de lograrlo:

—Oiga, señor Elías, ¿y por qué tuvo que abandonar su país para dedicarse a su pasión?

—En los manicomios de allá jamás hubieran permitido que un fotógrafo amateur ocupara una plaza. Aquí empecé retratando a los que ingresaban para su archivo. El bromuro de plata atrapa el semblante del interno y

confirma el diagnóstico médico. Para la mayoría, esa foto es la única imagen que tendrán de su rostro; la cámara siempre los intimida y hace que se comporten y obedezcan. Si necesito ayuda, los enfermeros los someten o los sedan. Mi oficio es silencioso y solitario, y así soy feliz, muchacho. Es raro que los internos hablen, normalmente me tocan las manos y sonríen, muestran sin pena sus escasos y podridos dientes o me abrazan con fuerza.

Cuando me preguntan por sus familiares o piden algunas monedas, cigarros o pulque, les digo que se los llevaré después. Mantenerse en calma y asentir, no se necesita más. Son tranquilos y de trato fácil, lo complicado es lidiar con los sifilíticos, porque sus rostros se caen a pedazos, o con su hedor, una mezcla de orina y mierda mucho más penetrante que la peste de los alcohólicos o los que sufren de incontinencia, que son sacos de desperdicios, así que imagínate. Aquí dentro, la fetidez es la esencia de cada cuerpo, muchacho. La locura tiene un olor agrio que hay que aprender a apreciar.

Antonio arrugó la nariz como si pudiera percibir el tufo al oír las descripciones, y Elías sonrió. Sobre la mesa circular que sostenía las tazas de café, el joven divisó varias fotografías entre periódicos antiguos y pequeñas cajas de cartón. Con lentitud, imaginando cuerpos femeninos desnudos en diferentes posiciones, deslizó algunas para apreciarlas mejor aprovechando que Elías se miraba las manos, pensativo. De repente, el viejo dio un manotazo sobre la mesa para reclamar atención. Antonio pegó

un salto, sorprendido.

—¿No te enseñaron que es de mala educación husmear?

—Discúlpeme, sólo quería ver algunas fotos de los internos, pensé que…

—Pensaste mal. ¿Crees que durante más de cuarenta años sólo he hecho eso? He visto envejecer por igual a los edificios que a los asilados y a mí mismo, muchacho. La piel se desquebraja como la pintura, los vidrios se opacan como los ojos, los techos se caen a pedazos igual que el cabello abandona la cabeza… El trabajo con los internos absorbe mis días, mas no es lo único a lo que me dedico.

—Afuera se rumora que aquí hay internas muy atractivas…

—Ninguna lo es más que Lilia. Ella está recluida desde la inauguración porque mostró los pechos en la calle, la habían agredido y traía la parte

superior del vestido deshecha. Conversé con ella varias veces y no parecía tener problemas mentales, pero el tufo que emanaba al hablar y su dentadura cubierta de sarro mostraban años de descuido. También está Consuelo. Una noche, de alguna forma logró colarse hasta aquí. Es raro que me molesten a esa hora, si lo hacen es porque hay un interno que necesita registro inmediato, así que abrí la puerta. En cuanto me vio me echó los brazos al cuello. Me preguntó si la invitaba a pasar, y antes de que le respondiera, ya estaba dentro.

»Con unos cuantos pesos para el vigilante, las visitas se repitieron. Cuando no venía, me las arreglaba oliendo un pañuelo con el que la limpiaba después del sexo. Pasaron los meses y cuando me dijo que estaba embarazada, le prohibí volver. Ni ella sabía quién era el padre. Mi supuesto hijo tendría tu edad.

Antonio tocó por fuera la cajetilla con el pulso acelerado. Se aclaró la garganta. Con un movimiento obvio, limpió el sudor de las palmas de las manos en sus pantalones. Eso era lo que buscaba.

—Estás muy nervioso, muchacho, ¿ves por qué debes dejar de fumar? Mira cómo te pones. Y que ni se te ocurra encender uno aquí, ya te demostré que ese vicio tuyo es peligroso para la

profesión. En fin, lo último que supe de Consuelo es que de alguna forma logró cubrirse el sexo con brea y se prendió fuego, y desde entonces está recluida en el Pabellón de Peligrosas.

—Elías bostezo. Haber sacrificado la siesta de la tarde le pesaba cada vez más.

Al escuchar la última frase, Antonio odió al viejo. Confirmó los rumores que lo empujaron hasta esa situación y la ira hizo que lo mirara con aversión.

—Muchacho, vivir entre la locura no es como lo cuentan. Es caprichosa, hay que aprender a convivir con ella. Lo mismo puede ser violenta y feroz que alegre y cariñosa. Es una constante dualidad.

»Mi padre, Metinides, Diane y ahora tú. Nos une lo mismo, el encanto del desencanto, el compromiso de mostrarle a los otros lo que permanece oculto en el bullicio de lo cotidiano, incluso si ese cotidiano transcurre en el encierro, se trate de catalogar y se custodie… —Elías volvió a cerrar los

ojos. Su respiración se tornó pesada.

Antonio retomó la inspección. Encontró la secuencia de una mujer: en la primera aparecía muy bien vestida, viendo hacia el frente y con los brazos cruzados. En la segunda su cabello era muy corto, vestía el uniforme del manicomio y miraba al suelo. En la tercera estaba calva, su mirada se perdía observando algo a la distancia y la boca entreabierta dejaba ver sus dientes superiores. Una foto contigua mostraba a un niño pequeño dentro de una jaulita de madera en la que apenas cabía. Debajo encontró dos más.

En la primera, una mujer madura y muy atractiva estaba recostada en una cama con las piernas abiertas y un pañuelo cubriendo su sexo. En la otra, una mujer joven de larga cabellera, de pie y desnuda, se cubría el rostro con las manos.

Un sudor frío le brotó de la frente. Las últimas dos instantáneas eran suficiente para delatarlo. Las tomó y, al intentar levantarse, hizo un ligero ruido con las patas de la silla que despertó a Elías. Éste carraspeó:

—Muchacho, llévate la que quieras, pero por diez pesos. —Le guiñó un ojo, dispuesto a levantarse.

Con media sonrisa, Antonio se acomodó de nuevo en la silla y sacó dos monedas plateadas que arrojó con desdén sobre la mesa.

—Por veinte más, puedes tener a la que te guste recién bañada.

Antonio sintió que la habitación se reducía y se le dificultó respirar. Se aflojó la corbata y quiso salir de inmediato; el rostro de Elías le pareció temible, amenazante.

—¿Sabes? Le doy la razón a Diane en cuanto a que ésa es nuestra verdadera naturaleza: devorar con la mirada y luego a dentelladas, como bestias humanas. —Elías se irguió—. ¿Hueles eso? Hoy desperté con la sensación de que la temperatura aumentó de repente y percibí el olor de químicos ardiendo. Abrí los ojos y todo estaba en orden. A veces incluso sueño los cadáveres medio chamuscados de mis fotos y cámaras por doquier, o despierto en medio de alaridos… apagando flamas invisibles… en mis miembros… —pronunció las últimas palabras con suma lentitud, rendido de nuevo.

Antonio sacó con manos torpes su cajetilla y los cerillos. Cuando estaba a punto de pararse, el brazo de Elías lo detuvo con una fuerza innecesaria.

Después lo miró y le sonrió:

—Piénsalo tres veces, muchacho.

ARRANCAR EL MAL

Para Alberto Carvajal

La demolición del último bloque y el desalojo del resto de pacientes y empleados estaban programados para ese día a las cuatro de la tarde. Un autobús y una Combi, citados a las dos, llegaron con veinte minutos de retraso. Culpa del tráfico creciente, según los conductores. Se estacionaron frente a la escalinata principal. Debían transportar a una treintena de hombres al Hospital Psiquiátrico Campestre Samuel Ramírez Moreno, ubicado en el linde este de la ciudad, a no más de treinta kilómetros.

Las dos enfermeras asignadas, Margarita y Rosa, apenas habían empezado el papeleo para el traslado y debían alistar a los varones. Poco les importó que los vehículos tuvieran que esperar bajo el duro sol del verano del 68.

Tras concluir los temas administrativos, los internos, recién rapados y desnudos, fueron formados para salir, aunque la hilera no tardó en desintegrarse.

Los rostros añejos, curtidos entre el descuido y el encierro, aún conservaban algo infantil en la mirada y en la risa. El panorama estaba salpicado con sonrisas efusivas de pocos y podridos dientes y gritos delirantes pertenecientes a cuerpos sin ropa dejados al tiempo y relegados por la pereza que, si no mostraban vientres redondos, exhibían parte de su esqueleto a través de pieles tostadas y áridas cubiertas con dermis seca, muerta. Se distraían con cualquier sonido, se perseguían entre sí; se golpeaban, avanzaban indecisos, inseguros de abandonar el manicomio; salían disparados hacia las habitaciones para buscar refugio o caminaban temerosos a la calle.

Con la ayuda del psiquiatra Manuel Velasco y escasos calmantes, la labor se complicó mucho más de lo esperado. Una confusión de rostros, cuerpos y nombres ralentizó el ingreso a los vehículos. Conforme salían por la puerta, las enfermeras los vestían y el médico los escoltaba al autobús. Los

discapacitados que debían abordar la Combi eran transportados por dos guardias. Los asientos de tela vieja cubiertos de polvo y ácaros, el piso café y chicloso, el metal recalentado, el sudor de los conductores y el aromatizante de fresa crearon una atmósfera opresora que recibió a los pasajeros como una bomba nauseabunda. La impresión causó desmayos y ataques de ansiedad, algunos incluso evacuaron o vomitaron sobre los asientos.

Entre esos hombres expuestos esperando a ser vestidos se encontraban Martín, el desyerbador, y Jacinto, su compañero de labores agrícolas. El primero se encargaba de limpiar los campos de cultivo para la siembra; el otro, de lavar lo cosechado. Las ocupaciones de ambos fueron labores impuestas que terminaron por apropiarse con ímpetu desmedido.

Martín, un joven de casi dos décadas de vida resguardado en un pequeño cuerpo oscuro, ligeramente encorvado y regordete, llevaba siempre una gorra y tenía el brazo derecho contraído y rígido desde el nacimiento, o al menos así lo afirmaba él. Sólo podía utilizar la mano izquierda.

A pesar de los múltiples ofrecimientos para cambiar a un oficio

menos físico y demandante, su excusa siempre fue la misma: desbrozar era lo único que sabía y quería hacer. Escardar el campo le tomaba el triple de tiempo que a sus compañeros, mas el olor de las plantas recién extraídas y el color verde impregnado en sus manos y ropas lo tranquilizaba. Arrancar pastizal y malas hierbas, extirpar delgados tallos desde la raíz le daba la impresión de estar haciendo algo bueno por la tierra. La liberaba de plantas holgazanas que crecían a diestra y siniestra para despejar el espacio destinado a los vegetales que sí eran necesarios, sin importarle que el terrible picor por agarrar ortiga lo llevara a la enfermería o que los cadillos espinosos que se le pegaban al pantalón le hirieran los dedos al despegarlos.

Quitar la maleza, más que una ocupación, era un sedante al que podía recurrir con insistencia y cuantas veces lo deseara. En ocasiones salía de su área de trabajo y llegaba a las jardineras más grandes. Cortaba la achicoria, la acelga, los dientes de león y la borraja, los girasoles, dalias y margaritas. Mutilaba por igual plantas salvajes que manzanilla, tomate silvestre o capullos. Si alguien de la cocina se daba cuenta, recibía pellizcos o coscorrones que ignoraba poco después.

Cuando Martín no estaba trabajando en el campo, Jacinto solía encontrarlo

mirando con persistencia la vivienda que, según el otro, era la casa del médico Velasco, quien lo atendía. Tras cada sesión, Velasco lo tranquilizaba al despedirse señalando alguna de las construcciones alejadas, diciéndole que debía ir a descansar a su casa, y se marchaba. Martín se dedicaba entonces a mirar hacia el punto exacto que le había indicado hasta que llegaba la noche.

—Ahí vive el doctor, es su casa. Tengo que vigilarla para que esté bien segura.

Jacinto se sentó a su lado y prendió un cigarro. Respondió con una risa que se convirtió en tos áspera mientras exhalaba el humo.

—Sí, compadre. Échale bien el ojo, nomás estate al pendiente de la hora, porque si se te vuelve a pasar la cena no te voy a guardar nada. Luego por venir a buscarte me pierdo mi ración también, no friegues. —Le dio una calada profunda al cigarro, le palmeó la espalda y se alejó con lentitud.

El desyerbador vivía en un tiempo donde lo único que importaba era el presente. Si alguien le preguntaba por su familia, señalaba el cielo y decía que estaba allá. La tierra por limpiar y mirar la casa del doctor era lo único que llenaba su mente. Con él hablaba más de lo usual, y el resto de la semana les preguntaba a las enfermeras si vendría, a pesar de que sólo visitaba el nosocomio una vez a la semana. Si Velasco, por alguna cuestión particular, debía acudir fuera de su horario, Martín lo saludaba como si no lo conociera, se presentaba y le hablaba de su doctor, a quien, a pesar de ser su amigo y vivir muy cerca, no podía visitar porque tenía prohibido salir.

Últimamente, la preocupación principal del desyerbador era abandonar el manicomio. Habían recibido la noticia semanas atrás. La angustia de los primeros trasladados fue tal que los que miraron o escucharon el espectáculo se aterrorizaron. Eso, aunado a los sonidos de la maquinaria trabajando al demoler los edificios, aumentaba su miedo. Jacinto, al igual que varios más, decía que prefería lanzarse por las ventanas y morir estrellado en el pavimento o entre los dientes endiablados de acero de las enormes máquinas amarillas y ser barrido junto con los escombros. Martín no opinaba diferente y lo expresó en repetidas ocasiones, de ahí que Velasco tuviera que idear un plan para sacarlo sin peligro.

Lo convenció con la idea de mandarlo a cuidar su nueva «casa» en el campo, la que sería alguno de los anexos del nuevo hospital Samuel Ramírez Moreno. Le dijo que sólo se fiaba de él para aquella tarea porque le había demostrado ser una persona responsable y de confianza. Titubeando, el desyerbador aceptó asintiendo con la cabeza al tiempo que Velasco se despedía con su frase habitual: «Los días del hombre no son sino hierba: crecen como las flores del campo… Acuérdate de eso, Martín».

Jacinto y el desyerbador, ambos sin ropa, estaban de pie frente a un amplio ventanal. Eran los únicos inmóviles en medio de una vorágine de cuerpos desnudos y enfermeras jeringa en mano.

—Son puras mentiras, compadre. Nos quieren afuera para soltarnos en el campo, donde sabemos trabajar, y que nos busquemos el sustento nosotros solos. Están hartos de cuidarnos, pero a mí no me van a sacar de aquí, ya lo verás. Me voy a esconder cuando me llamen y voy a esperar así, quietecito y calladito, hasta que se vayan. Y tú vas a venir conmigo. —Jacinto quería que Martín renunciara a la idea de abordar el colectivo

estacionado frente a la entrada principal. Por la desesperación, escupía al hablar.

—Pero yo tengo que cuidar la nueva casa del doctor allá en el, en el…

campo. El doctor me dijo que se va a ir para allá también y yo tengo que estar mirando su casa y limpiar la tierra nueva. El doctor no puede irse sin mí. —Martín no dejaba de ver el autobús. Acariciaba el vidrio como si estuviera tocando la lámina y se limpiaba del rostro la saliva de Jacinto.

—Martín, si nos escondemos vas a poder desyerbar todo alrededor sin que nadie te diga dónde debes hacerlo o cuáles plantas sí y cuáles no quitar, piénsalo —de tanto énfasis, Jacinto seguía salpicando a Martín mientras se daba toques agresivos en la sien con el índice derecho—. La comida del huerto va a ser para nosotros: las papas, los betabeles, la zanahorias y chícharos… ¡¿te imaginas?! Voy a fumar cuando quiera y vamos a poder dormir en las camas con mejor colchoneta, vamos a estar bien, tú hazme caso y ya verás.

—Pero la casa del doctor va a estar… sola, y nadie la va a cuidar. Yo tengo que ir allá porque el doctor…

—Sí, compadre, sí, pero nos van a sacar de aquí. Y no sabemos nada del nuevo lugar, tal vez no se den bien las cosechas o no haya buena tierra, hasta puede que la comida sea peor o nos dejen encerrados.

Martín lo volteó a ver con amargura y se talló el ojo al que le cayó saliva.

—¿Y qué va a pasar con la casa del doctor? Él confía en mí porque yo soy su… su cuidador y su amigo y yo tengo que estar allá…

—Ay, compadre. Te digo que la casa esa ni existe. Ni el campo. Quédate conmigo, nos escondemos debajo de las camas y esperamos a que se vayan.

Cuando estemos en la puerta, antes de que nos vistan, yo me orino para que me manden a limpiar y tú te vas a las habitaciones, luego yo te alcanzo. —

Jacinto se mordió los labios con fuerza—. Necesito un jodido

cigarro.

—El cigarro ya te tiene malo, Jacinto. Y el doctor se va a enojar… porque me pidió a mí que cuidara su casa allá porque…

—Pues ya estamos, ahorita nos vemos. —Caminó hacia la puerta buscando a una de las enfermeras.

—Todos estos tiempos, estos años, yo lo he cuidado…

Jacinto llegó al portón cerrado y se orinó. Margarita le dio ropa limpia y lo mandó de inmediato a los baños para asearse. Le advirtió que debía apurarse porque era el próximo en salir.

Martín, por inercia, siguió los pasos de su amigo aprovechando que la mitad de sus compañeros no había abordado los automóviles aún. Se detuvo en una habitación para ponerse cualquier prenda, siguió derecho y salió por la puerta trasera. Necesitaba desyerbar, tranquilizar los latidos de su corazón, que rebotaban en la punta de sus dedos y hacían que su párpado derecho brincara al compás.

Hartas de perseguir, disciplinar y contar asilados, cuando las enfermeras ya no vieron a ningún hombre adentro dieron por hecho que la lista estaba completa y les pidieron a los choferes iniciar el viaje. El estruendo de la maquinaria pesada, que se empezaba a desperezar con mucho retraso y ya debía llevar derrumbada la mitad del último titán extenuado, empezó casi al tiempo que los motores de los autos se encendieron. Los vehículos se

alejaron entre incipientes nubes de polvo que dificultaban la respiración y la visibilidad.

Dentro de aquel pacífico gigante de piedra, atacado con saña y sin tregua, Jacinto intentó protegerse debajo de un catre oxidado. Cuando la pared más próxima se desplomó, el camastro no impidió que su piel se magullara ni que sus huesos colapsaran junto con la piedra y el cemento, y sus entrañas explotaron como los cristales de los ventanales bajo la presión. Su sonrisa fue triturada. Acero, sangre y concreto, restos de cadáveres amalgamados a la fuerza.

En las hortalizas, a lo lejos, el contorno de una pequeña figura corcovada trabajaba de manera impulsiva, automática, como las máquinas que con una sola garra afilada desgarraban al último

guardián. Así también, con una sola mano, el muchacho tiraba y escarbaba para asegurarse de que la malicia no creciera de nuevo al tiempo que oteaba alejarse dos vehículos cada vez más pequeños, y pensaba quién cuidaría la nueva casa del doctor.

Epílogo

El lugar en el que mi padre, el último Barret, pasó sus últimos años, se impregnó de sufrimiento durante décadas. Inhaló manías; atestiguó abusos; se empapó hasta la saciedad de sudor, lágrimas, sangre y polvo; tierra y excremento lo decoraron. Expelía un tufo a fracaso que ya no podía ser ignorado.

Los doctores descubrieron la razón por la que los internos que permanecían un tiempo prolongado no mejoraban: después de conocer el trabajo de Franco Basaglia, alienista italiano fundador de la antipsiquiatría, dedujeron que el error residía en la reclusión, en disimular trastornos mentales y problemas del comportamiento con métodos rudimentarios y camuflar lo inexplicable o desconocido con píldoras y fármacos experimentales. El resultado fue una legión aturdida y hacinada por la insensatez.

Su cuerpo estaba tan enfermo como sus inquilinos. Pellejos ajados y paredes

enmohecidas: membranas viejas. Huesos porosos y columnas carcomidas: osamentas decrépitas. Tentáculos oscuros avanzaban entre sus pasillos y por las paredes; un vaho tóxico emanaba del piso y se dispersaba por doquier, ascendiendo hasta invadir el aire.

Los médicos decidieron borrar la Locópolis del mapa histórico de la psiquiatría y de la memoria de la ciudad. El gobierno estuvo de acuerdo: intereses políticos y económicos eran la base de la negociación para declarar la reforma que los especialistas anhelaban.

II

Mutilaron una sección del jardín que presidía la entrada principal para construir parte del Anillo Periférico, una arteria esencial de la capital del país. La Castañeda fue testigo de la evolución del núcleo urbano —que ya albergaba a más de tres millones de habitantes— al tiempo que éste lo transformaba todo debido al «progreso»: el río Mixcoac fue entubado, las colonias

vecinas pavimentadas y expropiadas las viviendas de sus trabajadores.

El desarrollo industrial atrajo a un sinnúmero de familias de diversos estados. La metrópoli en desarrollo fue engullendo al pueblo de Mixcoac, sitio delimitado por el frenopático, hasta tragárselo por completo.

La ley y los expertos llevaban tiempo esforzándose para justificar su destrucción. No les faltaron argumentos ni pruebas. Se requerían nuevos espacios, aunque éstos también se pudrieran de a poco conforme lo hacían sus habitantes. Intentaron resolver el problema del hacinamiento durante el gobierno de López Mateos enviando cientos de internados a diferentes granjas psiquiátricas. En poco más de tres años enviaron a la mayor parte de los casi tres mil pacientes a viejas haciendas de provincia adaptadas como estancias autosustentables gracias al trabajo de agricultura y ganadería de los internos.

Al inicio del sexenio del dictador Díaz Ordaz se ordenó enviar a los

pacientes de La Castañeda a dos hospitales psiquiátricos y a granjas especializadas. El presidente decretó la «Operación Castañeda» anunciando la resolución del gobierno federal de cerrar el recinto, pues éste dependía del Estado, y mencionó que la complicada decisión fue tomada en un acto filantrópico hacia los más desamparados de la sociedad.

Pero no sólo la arquitectura fue violentada. La operación se permeó de abusos y muerte. Durante los primeros viajes, en los que cientos de internos fueron trasladados a las granjas en ciudades aledañas, el resto de los confinados escucharon hablar a los guardias y las enfermeras sobre accidentes y decesos: varios se habían arrojado por las ventanas de los autobuses en marcha para volver al nosocomio, renuentes a separarse de sus únicos amigos y, en algunos casos, de sus familiares.

III

La maquinaria para la demolición comenzó a trabajar en la zona sur de La Castañeda: los talleres, los baños y las secciones de los epilépticos e imbéciles fueron los primeros en sucumbir. El único que quedó en funciones fue el de Consulta Externa, antes el Pabellón Central, donde el psiquiatra Manuel Velasco, quien

ingresó a finales de los años 30, junto con dos enfermeras tan veteranas como él, seguían cuidando a los pocos que aún no eran reubicados. Mi padre era uno de esos hombres.

El lugar se convirtió en una zona de guerra, un extenso terreno en ruinas tupido de cascajo donde sólo quedaba en pie, estoico, un cíclope cuyo ojo sonoro era un ostentoso reloj alemán. Antes de arrasar también con éste, alguien decidió salvar su rostro: compró el frontis e hizo que desmontaran cada pedrusco, lo enumeraran y lo enviaran al municipio de Amecameca para restaurarlo en la fachada de su hacienda. Sólo algunos documentos de imagen resguardarían el que fue uno de los proyectos más ambiciosos del ingeniero militar Deodato Lucas Porfirio.

Cada cuerpo debía ser removido; cada piedra, triturada. La naturaleza no quedó exenta: castaños, cedros blancos y sabinos, longevos habitantes

dentro y fuera del recinto, presentes en el pueblo mucho antes de la fundación de la hacienda que dio lugar al manicomio, fueron agredidos y extirpados de raíz. Los responsables de la operación arguyeron que estaban contaminados, pues habían respirado los efluvios de los cautivos.

En el terreno desocupado se comenzaron a construir las unidades Lomas de Plateros y Torres de Mixcoac. A pesar de ser nuevos, al poco tiempo los inmuebles evidenciaban signos de la peste que no fue erradicada: fisuras, humedad, desmoronamientos y hundimiento. Cuando los papeles de los departamentos aún no eran entregados, ya se habían generado adeudos y constantemente surgían problemas con el abastecimiento del agua; el drenaje deficiente y las fallas eléctricas reflejaban la mediocridad de la construcción.

Por las noches se escuchaban lamentos, y corrían rumores de que sombras alargadas surgían del suelo y reptaban por las paredes, en especial en las habitaciones de niños y ancianos.

Ese sitio es la memoria, el fantasma de La Castañeda, donde el olvido fluye escaso y subterráneo, preso de una tubería oculta bajo el suelo, como le ocurre al río que pasa sin ser visto allá afuera.

Anotaciones de la historiadora Jeanne Barret encontradas dentro

del libro Psiquiatría, antipsiquiatría y orden manicomial.

LECUMBERRI

¡CRIMEN NUNCA VISTO!

Miguel Verdugo se sintió atraído hacia la criminalística desde que recibió la colección de hojas volantes de nota roja y grabados de José Guadalupe Posada tras la muerte de su abuela. Se dedicó a continuar el legado familiar recopilando material de la prensa sensacionalista, y cada noche se perdía entre las líneas de las imágenes que representaban calaveras armadas sobre caballos igual de cadavéricos, vestidas con sombreros y ropa tradicional.

Sus favoritas eran «Gran calavera eléctrica», donde un esqueleto rodeado por cráneos miraba a la distancia un tranvía en el que viajaban otros esqueletos, y «La calavera oaxaqueña», que mostraba a un esqueleto valiente empuñando un cuchillo ensangrentado con la leyenda La Calavera valiente hoy acaba de llegar; todos quítense el sombrero que así la deben mirar. En otro estilo, la noticia del crimen «¡Horripilantisímo suceso! Una madre que descuartiza a su hijo recién nacido en dieciocho pedazos, el martes 15 de agosto de 1905», ilustrada por el mismo autor, exhibía a una mujer intentando deshacerse de los miembros de su bebé arrojándolos por el escusado.

En cuanto a las hojas volantes, le fascinaban en particular los crímenes pasionales. Del material reunido por su abuela, sus ilustraciones favoritas eran las del caso del Chalequero: un hombre degollando a una mujer al lado de un río; y las de Bejarano: una mujer monstruosa que quema con un cigarro a una joven malherida o le acerca un carbón ardiente al rostro a una niña aterrada. Miguel percibía la calamidad y el horror plasmados en los cadáveres detallados de las víctimas.

Quería investigar a los delincuentes por lo inaprehensible del asunto, quería entender dónde radicaba el mal, dónde estaba su origen. Aseguraba que, para poder comprenderlos, había que conocerlos, no sólo estudiarlos.

Observar el horror y lo grotesco podría aportar alguna clave; incomodarse con las historias e imágenes reafirmaba su pensamiento de que él jamás cometería un acto similar.

Había ocasiones en las que soñaba escenas de crímenes de forma tan vívida

que incluso podía tocar los cadáveres. Cuando no estaba estudiando, se recluía en el cuarto que rentaba dentro de una antigua casona en la zona centro. Su obsesión lo había llevado a recorrer la ciudad siguiendo la ruta de los crímenes más sonados, a visitar la Escuela Nacional de Medicina hasta colarse al anfiteatro e incluso a visitar, en más de una ocasión, a los embalsamadores de las funerarias cercanas a su domicilio. La primera vez que vio un cadáver no se desmayó ni sintió náuseas, como lo había pronosticado el encargado al que le dio unas monedas, sino que percibió lo desahuciado de los cuerpos y su insensibilidad, la brevísima frontera entre vida y muerte.

No tenía problema al afirmar ante su familia que su interés desmedido por el estudio lo mantenía demasiado ocupado para visitarlos, mientras que a sus compañeros les aseguraba que una grave enfermedad que afectaba a su padre lo hacía permanecer con su familia durante el tiempo libre.

Tenía poco asistiendo como oyente a la escuela científica. Era el mejor para realizar estudios craneométricos utilizando el goniómetro facial de Broca, crear diagnósticos a partir de las particularidades de los bustos de yeso y determinar el color de la dentina sin consultar la guía de identificación de sombras. Había asistido también a la visita de la colección osteológica en la penitenciaría de Lecumberri. Ese día, revisando los informes sobre análisis de los rostros del mal, los estudiantes se sorprendieron al descubrir algunos de esos rasgos en sí mismos. Uno de ellos trataba de disimular las grandes aletas de la nariz al respirar por la boca. Otro ocultó su disminuida frente con un fleco improvisado y uno más contrajo la mandíbula. El terror empezaba a abrumarlos porque sospechaban que tal vez cometerían un crimen, que el mal estaba en ellos en estado latente aunque fuera en una pequeña fracción. Miguel, despreocupado, trató de calmarlos prometiendo que les demostraría que no era necesario carecer de bondad o tener ciertas características físicas para delinquir, lo que sólo los tranquilizó un tiempo.

La ascendencia argentina de Miguel había armonizado con la mexicana: tez clara, ojos verdes, cabello oscuro y una altura considerable. Se apenó por no compartir con sus compañeros algún rasgo que los hermanara en la posible criminalidad, característica para él risible, pero que los demás tomaban como una verdad absoluta. Quiso tener unas orejas gigantes, molares prominentes o abultamientos en la cabeza.

En realidad, él era un joven discípulo de la escuela liberal clásica, doctrina declarada en franca oposición con la antropología criminal en la que habían identificado que Carlos Roumagnac, criminalista español que llevaba décadas residiendo en el país y cuyo nombre resultaba familiar por sus diversas publicaciones en El Nacional, continuaba la escuela de Cesare Lombroso, médico italiano que asentó las pautas del registro antropométrico en su Atlas del hombre criminal, y del sociólogo Enrico Ferri, quien argüía que los factores sociales eran los responsables de la criminalidad.

A pesar de que en la escuela liberal desestimaban gran parte de sus argumentos, nadie había refutado sus ideas prestadas; el profesor era un personaje respetado que recibía el apoyo de las élites porque decía lo que éstas querían escuchar.

La condición de Miguel como infiltrado en el colegio de Roumagnac le permitió llevar a la escuela liberal la noticia de que éste impartiría la primera conferencia sobre antropología criminal en la recién inaugurada Escuela Científica de Policía. Uno de los profesores le pidió asistir para recabar más pruebas de la apropiación.

Una vez en la conferencia, Miguel escuchó hablar al criminalista por más de dos horas sobre casos emblemáticos de la Cárcel de Belén y otros del Palacio de Lecumberri. Roumagnac también leyó fragmentos de transcripciones de entrevistas que les había realizado a los reos. El estudiante permanecía sentado entre colegas de la escuela científica, médicos y profesionistas de la salud en un teatro muy amplio con butacas de terciopelo rojo dirigidas hacia un escenario de madera pulida con un ostentoso atril iluminado con luces amarillentas. El resto del sitio permanecía en penumbra. Algunas respiraciones pesadas y ronquidos entrecortados delataban a quienes dormían a pierna suelta, otros cabeceaban o veían sus relojes de pulsera cada dos minutos. El resto veía y escuchaba expectante. Habían colocado un micrófono al centro del pasillo para los asistentes, mas nadie se había atrevido a ponerse de pie.

—Diferentes rasgos físicos de las personas, como ojos saltones, nariz muy ancha o unos músculos de masticación fuertes y grandes son indicios de una maldad que, de otra forma, pasaría inadvertida hasta que el afectado cometiera un crimen. Los delincuentes natos poseen rasgos propios del

simio: mandíbula amplia, frente pequeña, abundancia de vello corporal, brazos más largos de la media, un cráneo de grosor inusual con protuberancias anormales y orejas grandes. Recordemos, por ejemplo, el caso del argentino Cayetano Santos, el Petiso Orejudo, que desde su adolescencia violentó y asesinó a niños pequeños. A este hombre, estando ya preso, le realizaron una cirugía para disminuir el tamaño de sus orejas, repliegue cutáneo en el que los especialistas creían que residía el mal que lo invadía, pero la conducta agresiva de Cayetano no sufrió alteraciones. Era demasiado tarde, el mal ya era uno con él. —La pulcritud, los modales y el discurso de Roumagnac, siempre de una gravedad profunda, a tono con su persona y comportamiento, delataban una estricta educación francesa.

Exhibía con orgullo una barba y bigote canos recortados a la perfección. La tez clara contrastaba con el cabello blanco peinado hacia atrás. El reflejo de los pequeños cristales circulares de sus lentes le concedía un aspecto artificioso—. Para una correcta identificación, lo principal es basarse en el estudio antropométrico. —El criminalista tomó una delgada vara de metal graduada de casi treinta centímetros de un estuche de lona que contenía otras tres iguales, algo similar a un estilete corto y un ganchillo—. Aunque no debemos dejar de lado el contexto social, distinguiendo los casos que necesitan aislamiento absoluto de los que pueden ser rehabilitados para volver a la vida en sociedad al cumplir la condena, una vez que hayan dejado de ser un peligro.

Varias manos no soltaban pluma y papel, los camarógrafos tomaban diversos ángulos y constantes muestras de aprobación se reflejaban a través de movimientos de cabeza. Finalmente, un asistente pidió la palabra y comentó que la civilización era la que enfermaba al hombre:

—Buenas noches, maestro, soy Alfonso Quiroz Cuarón, criminólogo. Me permitiré comentar que el ritmo de vida ajetreado, la llegada de la industria, la modernidad y el hacinamiento en la periferia debido a la pobreza y la falta de recursos para poder habitar en el núcleo de la ciudad inciden en la necesidad de delinquir. Sí, la civilización puede ser una maravilla para quienes no sufren necesidad alguna, pero representa lo contrario para los campesinos, maestro… Y, por otro lado, ¿cómo explica el caso de un ladrón que, al recobrar su libertad, se convirtió en asesino?

¿Cómo clasificaría su rostro si la altura de su cabeza, la anchura de su nariz y el diámetro transverso apuntan a que es un ladrón? ¿Sus facciones se alterarían al realizar el segundo crimen…?

Miguel sintió unas ganas tremendas de apoyarlo: reconoció en las palabras osadas al profesionista que admiraba más. Seguía pasmado cuando Roumagnac desechó esos razonamientos arguyendo que debían diferenciar con claridad a los individuos considerados como criminales natos, pertenecientes a las razas inferiores que vivían al margen de la ley,

«descendientes de pueblos indígenas, facinerosos en cuya sangre corría la holgazanería y el gusto por las bebidas alcohólicas», de los criminales circunstanciales que delinquen bajo la influencia de una pasión excesiva y de los influenciados o contagiados. Quiroz sonrió y negó con la cabeza al regresar a su asiento.

—Por supuesto que hay casos especiales en los que, cualesquiera que sean los rasgos predominantes, serán los que marquen la tendencia criminal de dicha persona, sin importar que cometa otros crímenes, eso es clarísimo.

Caballeros, no pequen de ignorantes. Verán, desde hace más de doscientos años, un tal Ladrón de Guevara afirmó que, mientras en los barrios de la Ciudad de México la población era de rasgos toscos y fisionomía poco agraciada, en el centro las personas eran de tez clara, complexión delgada y mayor estatura. Según él,

los rasgos del lugar habitado se reflejaban en el físico y el carácter de sus habitantes: mientras la organización del centro ostentaba bellos edificios nuevos, la periferia se regía bajo la desorganización, una arquitectura deficiente y nula higiene. De Guevara demostró que la pobreza orillaba a los individuos a delinquir, a violar, robar o matar. La sociedad se veía amenazada por el vulgo formado tras la unión de diferentes castas que pululaba en barrios donde, además, no faltaban las pulquerías. El alcoholismo, la ignorancia y la pobreza son marcas distintivas de la criminalidad.

El joven estudiante empezó a hablar sin notar el momento en que se puso de pie y se dirigió al micrófono, presa de un cuerpo autónomo.

—Señor Roumagnac, sus palabras no me sorprenden ni un poco. Si yo fuera un ignorante, me maravillaría con sus aparentes datos científicos

«modernos»; me parece un total descaro venir a intentar deslumbrar a una sociedad en recuperación con afirmaciones excluyentes tan provocadoras. Si por usted fuera, declararía que no hay otro motivo para delinquir que la herencia. No, señor, ninguna sociedad está exonerada del crimen y tampoco se debe adjudicar la delincuencia a causas innatas o externas, esto justifica el delito, exime al culpable de sus errores y le quita responsabilidad. Habría

que conocer las razones, indagar en los motivos y saber si el criminal es consciente del acto que realizó. —Los asistentes lo miraban impactados. En el auditorio se escucharon palabras de desaprobación, otros se preguntaban con gestos quién acababa de hablar y unos más mostraban asombro.

Unas butacas atrás, un hombre preguntó qué había dicho y otro le aseguró que había amenazado de muerte al criminalista por mentiroso, que lo quería matar. Miguel no pudo sacarlos del error porque Roumagnac tomó la palabra:

—Disculpe, alumno… —El criminalista irguió su metro ochenta de altura, infló el pecho y se aclaró la garganta con fuerza exagerada. De repente se inclinó y colocó la palma izquierda sobre su abdomen, lo que ensombreció su duro semblante.

—Soy Miguel Verdugo, aprendiz de la escuela liberal.

Exclamaciones de asombro y rechazo no se hicieron esperar.

—Ya veo, Verdugo… agradezco sus observaciones a pesar de su errada ideología. Queridos colegas, alumnos, les pido que se tranquilicen. —El rumor disminuyó—. Siempre habrá personas que busquen detener el progreso. Además del poder judicial, cuento con el apoyo de una de las principales asociaciones interesadas en la ciencia de la herencia, la Sociedad Eugénica Mexicana para el Mejoramiento de la Raza, cuyos fundadores se encuentran en esta sala. Varios miembros del gabinete de Lázaro Cárdenas y eruditos de distintas áreas confirman los grandes beneficios de nuestra Sociedad. Si promoviéramos la exclusión, como el joven Verdugo increpa, estaríamos en contra del mestizaje, sin embargo, es lo que recomendamos bajo el precepto de la trasformación de una raza buscando preservar y desarrollar sus cualidades, seleccionándolas conforme a los principios de la eugenesia, excluyendo únicamente a los criminales. El proyecto nacional de nuestro presidente busca incluir a todos los mexicanos. Para combatir la pobreza, la indigencia y la mayoría de las afecciones arrastradas desde la revolución, debemos apostar por el desarrollo y el progreso en cada ámbito, promover la evolución de nuestra nación. El nacionalismo sacará adelante a nuestro país —terminó por decir casi gritando y con el puño derecho en lo alto. Su figura imponía respeto.

Miguel comenzó a temblar, pero trató de calmarse tomando el micrófono con ambas manos mientras sentía que algunas gotas de sudor bajaban por su frente:

—¿Qué nos puede decir sobre el caso de María Teresa Landa, la reina de belleza que mató a su esposo, quien apenas pasó unos meses en la cárcel porque el jurado apeló a su inocencia, o del de María Vázquez, la Chiquita, otra mujer muy agraciada, refinada y también homicida? Ninguna mostró rasgos de involución ni era pobre. Según usted, la criminalidad se puede dar por causas externas al organismo o por defecto orgánico, aunque esto deja demasiadas posibilidades abiertas…

Roumagnac lo escuchó afirmando y tocándose la barba con la mano derecha mientras la otra mano permanecía sobre su abdomen, y respondió a la brevedad:

—Las deformidades de esas mujeres no son visibles, están en sus espíritus, como ya expliqué que puede suceder. Están enfermas de la mente, son casos aislados donde el padecimiento no se

refleja de manera usual. Por supuesto que existen razones que validan sus crímenes: en una, el adulterio del esposo; en la otra, la propensión al libertinaje. En cualquier caso, ambas son criminales circunstanciales. —Guardó silencio y retomó la palabra al ver que Miguel se disponía a hablar de nuevo—. El determinismo biologicista se remonta a investigaciones científicas de más de cien años. La teoría de la frenología afirma desde entonces que las prominencias del cráneo y las facciones revelan la personalidad, el carácter y la propensión criminal de cualquier persona, esto es un hecho imposible de negar. ¡Incluso en el Código Penal se establece que los sospechosos deben ser fotografiados después de registrar sus medidas antropométricas, por Dios!

—La frenología es una pseudociencia desacreditada.

—Claro, según escépticos como usted. Sin embargo, ésta no es una cuestión de credibilidad. Infinidad de casos la avalan, está presente casi en la mitad de los expedientes. La otra mitad la constituyen los delincuentes circunstanciales y los contagiados.

»Queridos amigos, no duden de mi palabra. Lorenzo Tenchini, un médico especializado en anatomía, le donó a Lombroso, gran criminólogo italiano,

una serie de réplicas de rostros y cabezas hechas en cera de varios criminales, además de sus informes sobre antropología criminal. Lombroso se enfocaba en el comportamiento y la personalidad del malhechor, y llegó a comparar la esencia del delincuente con la naturaleza de los animales más insignificantes, representándolos como seres primitivos cuya genética preserva rasgos y características de antecesores incivilizados que delinquen porque está en su sangre, su naturaleza inalterable les exige agredir al otro, exterminarlo… —Roumagnac sentía que se le escapaba el aire al tiempo que el dolor en el abdomen aumentaba con rapidez. Respiró profundamente para continuar—. Al igual que yo, fundó una escuela en la que impartía Psiquiatría y Antropología Criminal. En su obra principal, Memorias sobre los manicomios criminales, declara que el criminal no es otra cosa que un ente afectado por deformaciones cefálicas puntuales…

La concurrencia soltó muestras de sorpresa mientras Roumagnac, irritado, llamó a uno de sus asistentes y habló con él de espaldas al público. A un movimiento de cabeza del criminalista, que

miraba a Miguel, un hombre corpulento, moreno y de rasgos duros, se dirigió hacia éste. Al notarlo, el estudiante habló de nuevo:

—Usted lo que busca es promover y perpetuar el racismo y la dominación, que es lo que sustenta al crimen. Lo que le profesan aquí no es admiración, sino temor —enfatizó en las últimas palabras antes de que una gran mano interceptara el micrófono y lo jalara con fuerza. Miguel se quedó paralizado mirando aquel monolito de ónix que intentaba despedazarlo con la mirada y lo asía con fuerza de un brazo.

Algunos censuraban con enfado e insultaban al joven. Roumagnac carraspeó antes de continuar:

—¿Alguien más tiene alguna pregunta o comentario? —increpó al auditorio con voz firme a pesar de la ira y el dolor que lo consumían—. Pues bien, con esto damos por concluida la conferencia, queridos colegas. Espero que haya sido de su entera satisfacción. Recuerden seguir mis publicaciones referentes a la criminología y la antropología criminal. Buenas noches —se esforzó en pronunciar las últimas palabras al tiempo que dos monolitos idénticos al que le cerraba el paso a Miguel se acercaron al criminalista para ayudarlo a salir casi en vilo del escenario.

Cuando la mayoría estaba de pie y caminaba entre las escaleras centrales rumbo a la salida, Miguel aprovechó para burlar a la escolta y escabullirse entre la audiencia.

El estudiante regresó a casa molesto porque preceptos devaluados eran aceptados sin cuestionamientos. En su mente se repitieron las palabras del multiasesino José Ortiz Muñoz, el Sapo, interpretadas por Roumagnac hacía unas horas en una lectura dramatizada: «He matado a más de ciento cuarenta personas y quiero llegar a doscientas». Trató de pensar igual y ver a Roumagnac como una cifra, un simple cuerpo. Caminó hasta el café La Ópera y disolvió el disgusto en un carajillo al tiempo que recordaba el rostro y la voz de su admirado Quiroz, afamado por resolver el asesinato de León Trotsky a manos de Ramón Mercader y por haber realizado tres años después el perfil psicológico de Gregorio Cárdenas, estudiante de veintisiete años que asesinó a cuatro mujeres y las enterró en su jardín.

Tras la conferencia, algunos compañeros de la escuela científica

empezaron a evadirlo, e incluso varios profesores le pidieron que abandonara las aulas si no estaba matriculado. Una semana después, recibió una carta en la que lo citaba el director para evitar tomar medidas con las autoridades. Lo acusaba de subversión e interpretaba su presencia como un agravio para la institución. Temeroso, desistió en su afán por conocer el plan de estudios de primera mano. No asistió a la cita y tampoco regresó a la escuela de Roumagnac.

Los estudiantes que ostentaban rasgos o características criticadas por el director abandonaron la escuela. Las bajas comenzaron a ser preocupantes.

Cuando Roumagnac se enteró de la situación anunció que, si bien algunos heredaron rasgos malditos, no debían preocuparse pues no contaban con los otros elementos indispensables para caer en las garras del mal: la pobreza y la ignorancia.

El criminalista empezó a dejar de publicar con la misma constancia y abandonó de forma gradual la enseñanza hasta que hizo público su retiro debido a una afección cardiaca e irreversible daño hepático. Hubo incluso quienes atribuyeron los males del profesor a la disputa durante el cierre de la única conferencia. Aunado a que cada vez era más común encontrar errores en las mediciones antropométricas y a la polémica generada por la escuela liberal, su filosofía fue perdiendo popularidad.

Cuando Miguel se enteró de la noticia del fallecimiento del criminalista, ya formaba parte del equipo que producía la gaceta escolar. Una entrevista con Alfonso Quiroz derivó en una amistad que le permitió visitar la penitenciaría de Lecumberri.

Un miércoles, poco antes de la una de la tarde, se encontró con Quiroz en el portón de la cárcel. Tras ingresar y documentarse, caminaron frente a las siete crujías, designadas con diferentes letras según los delitos de los condenados. Tenían planta baja y un piso y decenas de puertas a lo largo del pasillo, así como un patio interior donde Quiroz dijo que recibían a las visitas los domingos. Avanzaron entre los edificios hasta llegar a la parte central, donde estaban las celdas circulares. El criminólogo le indicó que las celdas de Gregorio y el Sapo estaban juntas en el torreón 2 de aquellas crujías, una especie de fortaleza de castigo.

Quiroz le explicó que, a pesar de estar en celdas contiguas, la

comunicación a través de las ventanas diminutas de las puertas de metal estaba prohibida y los gruesos muros impedían que los sonidos viajaran de un espacio a otro.

Le describió el interior: hasta tres planchas de cemento incrustadas en un extremo fungían como lechos. Techos y paredes húmedos resguardaban el frío de la noche durante el día entero. Un retrete expuesto y una plancha pequeña a unos pasos conformaban el resto del mobiliario.

Según su guía, algunos argumentos de Roumagnac se podían constatar en esos dos criminales, ambos de corta estatura y ojos saltones, diferenciados en que el Sapo tenía un marcado sobrepeso, cejas arqueadas, nariz afilada, cabello corto y crespo. Goyo tenía un bigotillo, una incipiente calvicie y era delgado. Otra diferencia era el número de muertes en su haber, resaltando que las de el Sapo habían sido excusadas por ser exsoldado del ejército. Éste se había convertido en mayor de la crujía: los demás reos debían acatar sus órdenes.

En ese momento se presentaron dos convictos con cacerolas inmensas de metal sobre un improvisado vehículo. En uno se podía observar algo parecido a un caldo transparente de pollo con burbujas y nata que olía agrio; en el otro, trozos de pan. Miguel se preguntó si vería a aquellos asesinos probar alimento, si los tendría apenas a escasos metros, mas pronto

notó que las manos de los presidiarios se asomaban por las ventanillas con envases plásticos de diversos tamaños. Quiroz le explicó: estaba prohibido que salieran de sus celdas. Aun así, su emoción no disminuyó.

Uno de los reos encargados de la comida tomaba los recipientes y el otro los llenaba a tope, devolviéndolos a las manos ávidas. Alguna que otra verdura y piezas de pollo caían en el afán de los cautivos por introducir los envases rebosantes de alimento a través del estrecho rectángulo.

Quiroz trajo a la conversación el caso de una criminal con rasgos faciales muy parecidos a los de estos hombres: Felícitas Sánchez, una abortista clandestina que trabajaba en un edificio de la Benito Juárez a la que apodaban la Ogresa de la Colonia Roma. Goyo fue atrapado al siguiente año por el mismo detective que apresó a la Ogresa.

Miguel estaba extasiado, quería saber cada historia que Lecumberri resguardaba, y estaba ansioso por mirar fotografías de los expedientes de los asesinos, así que le pidió visitar el archivo. La primera carpeta que buscó el criminólogo fue la del caso de Goyo Cárdenas.

—Él mismo me contó, en uno de los interrogatorios, que su objetivo era tener un jardín repleto de amores eternos. Ya tenía unas trompetas de ángel rosas, unas azucenas rojas, un ave del paraíso y un rosal blanco: una planta sobre cada cadáver. Su abogado le había dicho que declarar le ayudaría a restar años en su condena, y vaya que le tomó la palabra.

En las fotografías, Miguel no lograba diferenciar las tonalidades de los restos de cuerpos putrefactos exhumados que yacían entre plantas desenterradas y las flores, tonos grises unificaban las escenas. Quiroz lo miraba atento cuando el muchacho las colocó sobre sus muslos y comenzó a hacer la pantomima de acariciar un rostro y una cabellera. De repente, comenzó a asfixiar al ser invisible. Su rostro reflejaba el esfuerzo y una ira imposibles de falsificar. Quiroz determinó que su instinto asesino era auténtico e hizo una seña para que cerraran la puerta. El sonido del portazo fue tal que despertó a Miguel de su fantasía imitativa. Instintivamente se puso de pie y las fotografías cayeron al suelo. Giró y pudo observar, obstruyendo la salida, al mismo monolito oscuro que le había arrebatado el micrófono durante la conferencia.

VENGANZA DE MARFIL

I

ENUGU, NIGERIA, 1940

Cuatro hombres armados se habían escabullido entre la hierba alta hasta llegar al paquidermo. El dardo dio justo en el blanco: el costado izquierdo.

Una cría recién nacida estaba parada a su lado. A pesar de que la ahuyentaron a culatazos, apenas se alejó unos metros.

Dos contrabandistas sujetaron la pesada cabeza mientras los otros descuartizaban la carne de la cara del elefante para sustraerle los colmillos.

Un barrito desgarrador delató que el animal aún no estaba

sedado cuando empezaron a remover los dientes. Lo hacían con rapidez, era la rutina nocturna que realizaban cada semana. Los lamentos fueron perdiendo intensidad hasta difuminarse con las respiraciones y palabras apresuradas de los hombres.

Cortar la trompa y destazar la boca era la única forma de obtener los colmillos completos, pues una tercera parte de éstos estaba incrustada en el cráneo del animal. El espectáculo de los últimos minutos de vida de aquellos elefantes era siempre el mismo: los gigantes grises recostados sobre sus patas, vibrando, con una masa sanguinolenta en la faz, los restos tirados a un lado y la trompa en una canasta: su carne era codiciada en los restaurantes de la ciudad.

Al tiempo que el elefante moría, dos estadounidenses que pagaron más de mil dólares por cada uno de los colmillos bebían whisky en el bar de un lujoso hotel. Habían planeado que uno sería tallado para crear las últimas diez teclas de un piano y figurillas; el otro sería esculpido como

ornamentación. Brindaban por su adquisición. Dentro de dos noches estarían a bordo del SS America de vuelta a Houston con el tesoro.

Cuando los cazadores terminaron, cada par tomó un colmillo y huyeron.

Sabían que atracadores de otras comunidades no tardarían en aparecer a pesar de que varios tramperos estaban en la orilla opuesta prestos a distraerlos: los barritos del elefante atraerían algún vehículo.

Les temían porque eran tan prácticos como ellos. Disparaban sin dudar. Los cazadores ya habían perdido así a varios miembros, e incluso uno de los hijos de Aamil, el mejor tirador, perdió la movilidad de la cintura hacia abajo debido al tiro que recibió en la columna vertebral.

La comunicación deficiente por radio sólo permitía frases cortas. Lo último que escuchó Aamil fue «dos minutos». Se retiraron del lugar con el tiempo justo para escabullirse.

Con la ayuda de tres personas más lograron subir los colmillos a una camioneta destartalada. Huyeron entre silbidos de balas y las luces de los faros del vehículo de los ladrones que les ordenaban detenerse. Los que viajaban en la parte trasera divisaron que el

Jeep se detuvo ante el cadáver y el pequeño elefante que, de nuevo, estaba pegado al cuerpo de su madre inmóvil.

Todo rastro de músculo y sangre fue removido, los colmillos quedaron limpios antes de las cinco de la mañana. Eran buenas piezas, cada una con un peso superior a los ciento veinte kilos. Sabían que no recibirán ni una cuarta parte de la cantidad en la que serían vendidas en el mercado negro, pero el pago alcanzaría para que sus familias no pasaran hambre hasta la siguiente cacería. Los once hijos, las dos esposas y los suegros de Aamil esperaban con ansias que él regresara con huevos, porque la carne de venado o jirafa era un manjar al que ya no podían acceder ni en la memoria. Se despedirían unos días del garri, de la sopa de hojas verdes y de la maleza.

Antes de que Aamil estuviera cerca, los viejos decían que podían oler los tubérculos del ñame y el fruto de palma. Las madres describían a los niños la sopa de banga que prepararían, y ellos, felices, brincaban al escucharlas.

Lo cierto era que, en ocasiones, Aamil se paraba en la choza dos o tres días

después de la transacción, apestando a vino de palma y con la mitad de la comida que debía llevar. No se lo decía a nadie: buscaba enmudecer con el alcohol a los fantasmas de los elefantes que seguían lacerando sus oídos.

Su familia no se podía quejar, cualquier cosa era mejor que la maleza.

II

HOUSTON, ESTADOS UNIDOS, 1941

Una vez que el teclado de marfil del Hallet & Davis de cola estuvo completo, Jacob no dejó de interpretar partituras de Rachmaninoff y Hofmann.

Alegaba que esas teclas eran superiores a las de celuloide o plástico porque eran mucho más suaves, mantenían una baja temperatura ideal para el tacto y las yemas de los dedos se deslizaban mucho mejor. Su padre le había cumplido el capricho. El resto del marfil fue utilizado para esculpir seis figurillas que descansaban en la vitrina de la sala, a excepción de un abrecartas, la pieza favorita del comprador: cien gramos de

marfil estilizados en un punzón de veinticuatro centímetros de altura por dos milímetros de grosor con una cuchilla de trece centímetros en la parte inferior y la empuñadura estilizada con el semblante de un hombre africano. Tenía las mismas particularidades de las teclas elogiadas por el hijo. Era su «pequeño puñal», como prefería llamarlo.

En particular, los rasgos faciales, toscos e irreales, lo remitían a una antigua y desconocida mitología y le recordaron la noticia del cetro-maniquí maya encontrado en una cueva de las montañas al sur de Belice: un elemento perteneciente a gobernantes, el símbolo de un poder divino representado a través de un pequeño bastón de mando que medía apenas un centímetro menos que el que sostenía ahora. El resto de las dimensiones eran casi idénticas, y el cetro también tenía tallada la empuñadura con una figura reconocida como una deidad local.

El objeto le resultó fascinante, aunque más que poderío, palpaba en éste la influencia de su naturaleza violenta. Rasgar sobres con el pequeño puñal se convirtió en su pasatiempo favorito. Sin importar a quién iban dirigidas las cartas, ordenó que fueran enviadas primero a su estudio. Cuando no le entregaban ninguna misiva, hacía al mayordomo cerrar sobres por el simple gusto de despedazar el papel.

Compró un pequeño caballete de plata para colocarlo y lo dejó justo al frente de su escritorio para poder observarlo. Admirarlo se convirtió en una tarea agotadora. Lo sostenía y rasgaba lo que estuviera delante de él, así fuera el tapiz, las cortinas o las alfombras. Ya no salía del estudio y pedía que le llevaran los alimentos. Entonces fue consciente de las primeras motivaciones criminales, de un deseo impetuoso y perturbador de apuñalar una y otra vez. No sabía si en realidad aquélla era un arma blanca disfrazada o si él, confundiendo su energía, estaba condenado a convertirla en una. Jamás se había sentido tan contrariado. Una noche lo colocó bajo la lámpara y el enigmático rostro tallado proyectó sombras que endurecieron aún más sus rasgos; lo movió un poco e incluso le pareció ver que los minúsculos labios se movían. Ahogó un grito y soltó la daga de inmediato.

Suspiró y empezó a respirar con tranquilidad, se convenció de que la situación era un disparate. La tomó de nuevo para ponerla en el caballete y enfocó su atención en los contratos que debía firmar al tiempo que escuchaba las notas interminables de un

piano cada vez más desafinado.

Su esposa no sabía qué estaba ocurriendo ni creyó cierta la relación de sus extraños comportamientos con el marfil cuando escuchó a una de las criadas negras mencionar algo respecto al viaje que hizo el señor a África y a una maldición que trajo junto con el gran colmillo. A pesar de tildarlas de supercherías de ignorantes, no volvió a tocar las figurillas y evitaba mirarlas. Incluso las mandó cubrir con paños.

Una mañana, la mujer encontró vacío el otro lado de la cama. Logró escabullirse al estudio y descubrió a su esposo durmiendo en el suelo, abrazado al abrecartas, rodeado por un montón de papeles y telas destrozados. Incluso el tapiz de las paredes estaba rasgado. Lo llamó para despertarlo. Al abrir los ojos, el hombre no dejó de repetir que el africano tallado en el mango de la daga le hablaba ordenándole cortar, destrozar. Él lo obedeció. La mujer recordó las palabras de la criada.

Entre bramidos y maldiciones, se necesitaron más de tres hombres para lograr quitarle el abrecartas a su esposo. En cuanto al hijo, ella detuvo su rebelión con una sonora bofetada y le restringió el acceso a la sala del piano durante la mañana y la noche.

El hombre, pálido y delgaducho al extremo, rechazaba los alimentos, permanecía en cama y sólo hablaba sobre el abrecartas y ese filo que, de tan gélido, se volvía ardiente, palpitante. Llegó a rogarle a su esposa arguyendo que no podía ir en contra de la naturaleza de las cosas, que ese pequeño hombre, fragmento de un colmillo, le había susurrado que se regía por principios de combate.

La mujer indagó qué había sucedido con el otro colmillo y se enteró de que fue tallado en forma de una diosa oriental. El dueño le dijo que había colocado la gran obra de arte en la estancia principal de su hogar y que sus negocios no hacían más que prosperar. Le pidió agradecérselo a su marido.

El hombre, al escuchar el terrible estado en el que se encontraba éste, no hizo más que lamentarlo y prometió visitarlos pronto.

Preocupada por lo que sucedía, en varias ocasiones la mujer abrió el estudio para investigar el abrecartas, pero, por más que se lo acercaba a la oreja y guardaba silencio, jamás escuchó

nada. Lo tocó, palpó cada centímetro de la dura materia sin tener la pulsión de utilizarlo. Sí, los detalles en el perfil del busto del hombre tallado en el astil eran minuciosos en su fealdad. Entendía que su esposo, tras pasar horas analizándolo y utilizando el instrumento, delirara diciendo que éste podía hablar. Dedujo que era cuestión de sensibilidad, como ocurría con su hijo y la música. El piano lo hacía tan feliz, estaba tan contento de poder tocar por fin unas teclas ebúrneas y la sensación era tan deleitosa que no quería parar ni un instante. Se negó a aceptar otra razón hasta que el delirio de padre e hijo se tradujo en fiebres altas y sangrados por la nariz que, según el médico de cabecera, resultaban inexplicables y sólo empeoraban.

La mujer interrogó a la criada. Ella le dijo que en su país de origen esa práctica era muy común. Que los animales, antes de morir, sufrían horrores al ser cercenados para obtener sus colmillos, y que si las atacadas eran hembras con crías, ese dolor se quedaba atrapado en el marfil y se transfería a quien lo adquiría.

La mujer no lo dudó más. Remató de inmediato el piano, las pequeñas estatuas y el abrecartas. El comerciante que acudió se sorprendió cuando ella bajó el precio de los objetos casi nuevos para que se los llevara de inmediato.

III

CIUDAD DE MÉXICO, 1943

Un Hallet & Davis del 38 reemplazó el piano vertical instalado en el restaurante La Ópera, situado a unos metros del Palacio de Bellas Artes. A la Librería de Cristal, del otro lado del Palacio, llegó un abrecartas de marfil. Cinco detalladas figurillas del mismo material se colocaron a la venta en el mercado Abelardo L. Rodríguez.

Uno de los dueños de la librería, el editor Rafael Giménez, refugiado español, cerró el trato de la compra del abrecartas por ciento cuarenta dólares. La descripción de la pieza en el documento de la venta no le hacía justicia. Lo sopesó para asegurarse de que fuera marfil real: la pieza, un poco amarillenta y densa al tacto, tenía una baja temperatura sobrecogedora. Tocó el filo y le pareció más una pequeña daga que un utensilio bondadoso. Su textura, suave y brillante casi como el acero, fue otro buen indicio.

Con una sonrisa y un apretón de manos, Rafael le pagó al comerciante extranjero la cantidad acordada. En el mostrador, al pensar dónde colocarlo, decidió analizarlo con una lupa. Se percató de las líneas de Schreger, unas finas rayas en forma de V que se cruzaban con otras paralelas y un tanto irregulares. No cabía duda, aquello era marfil. La reducida figura tallada en la empuñadura exhibía un cuerpo semejante al de un hombre, no así el rostro, que le resultó incómodo por lo grotesco.

Lo colocó en una de las vitrinas. Su socio, al verlo, pensó que era una

excentricidad innecesaria. Al enterarse del precio, comentó que nadie lo compraría y que lo mejor sería llevarlo a empeñar al Monte de Piedad para no perder la inversión completa.

Pasaron meses y el abrecartas no hacía más que acumular polvo. Rafael decidió utilizarlo para abrir las cajas con libros de las novedades que recibían constantemente. Le parecía una lástima que semejante belleza no fuera apreciada.

IV

CIUDAD DE MÉXICO, 1945

Era la quinta vez que Lola la Chata estaba presa en el Palacio de Lecumberri. María Dolores aceptó la sentencia de quince años porque alegaba no tener dónde vivir ni poder pagar un abogado.

Aunque Ávila Camacho fue quien exigió el arresto de la Emperatriz de las Drogas, su fama era internacional; también era buscada en Estados Unidos y Canadá por introducir heroína en autos lujosos.

El día del cumpleaños número 56 de Gilberto Guevara, jefe de la Policía Federal de Narcóticos, lo habían citado en la prisión para entrevistar a Dolores. En la mañana, al llegar a las oficinas de la policía, lo sorprendieron con un gran pastel de chocolate, varias botellas de jerez y algunos regalos.

Era uno de los directores más apreciados porque era discreto y amable, en especial con las mujeres. Al terminar el festejo guardó los regalos en la cajuela, junto con su portafolio.

Llegó a las once en punto. Colocó el portafolio sobre el escritorio, hizo a un lado algunas carpetas rotuladas con el nombre de

Alfonso Quiroz Cuarón, pidió un café y aprovechó para analizar varios documentos hasta que lo interrumpieron dos policías que custodiaban a Dolores. La mujer regordeta,

modesta mas con un aire de dignidad, perfumada, maquillada y peinada con una coleta y un bucle negro en la frente, tomó asiento. Los policías saludaron al comandante y salieron de la habitación anunciando que se quedarían en guardia.

En su juicio, Dolores había confesado por primera vez nombres de varios integrantes de la Policía Judicial Federal, del Servicio Secreto y de Narcóticos involucrados en la organización de su negocio. Aunque en el Tribunal tomaron su declaración, el testimonio nunca salió de ahí porque, sin tomar en cuenta los problemas que acarrearía para el sistema penitenciario y judicial, desdeñaban el testimonio de una traficante.

Gilberto sabía que varios de sus hombres y de otros departamentos habían tenido o tenían tratos con Lola la Chata y había recibido la orden de hacerla retirar las acusaciones a cambio de reducir la sentencia. Dio un sorbo al café, tomó algunas hojas y comenzó a hablar:

—María Dolores Estévez Zuleta, detenida y enjuiciada por estar involucrada en el tráfico transnacional de morfina, heroína y marihuana.

Ésta es la quinta vez desde el 34 que estás presa, Dolores, ¿qué vamos a hacer contigo? Si quieres que te siga ayudando necesito que me sueltes nombres de los tuyos. Ya ni la chingas, mira que embarrar a los míos… —

Gilberto torció la boca en un ademán desafiante.

—Soy tan criminal como esos cabrones y usted lo sabe, comandante. Desde que empecé con mi puestito en La Merced me pedían mensualidad, y cumplí puntual. Si nunca hablé fue porque lo podía manejar, pero ya se pasaron de listos. Yo creo que ya no les alcanza con sus bares privados y prostíbulos y la ley solamente me jodió a mí, a ellos nadie los mete al tambo. Me chingan por todos lados, ponen mis fotos en los periódicos y hablan de mí, pero nunca mencionan el dinero que doy a la iglesia, las peregrinaciones, las flores y las veladoras que pago para la Virgencita…

—Mira, Dolores, eres una mujer inteligente. Desde hace más de

diez años eres la soberana de tu mercado. Nos has traído vuelta y vuelta. Te voy a decir algo, para dejar las cosas claras. Sabes que aquí puedes vivir como quieras: con criadas, tus hijas pueden venir cuando sea, tienes visitas conyugales libres y respetamos tus convites. No nos chingues, retira tus acusaciones, dame a algunos de los tuyos y te aseguro que te bajan la

sentencia a cinco años.

—Ni madres. Y más les vale tenerme contenta, comandante, si vivo así aquí es porque eso es necesario, el negocio no se lleva solo, ya lo saben. Nadie quiere dejar de cobrar. Voy a pagar mi fianza en unos cuantos meses. Al menos agradezca que no lo embarré a usted también. —La mirada de Lola la Chata era acusadora. Había aprendido a negociar y no estaba dispuesta a perder más.

—Si no lo hiciste fue porque sabías que nos encontraríamos de nuevo aquí, te digo que tonta no eres. —Gilberto comenzaba a perder la paciencia—. A pesar de eso no me has entendido, Dolores. Retira las acusaciones para que salgas más pronto, hasta la fianza te van a reducir por colaborar, hazme caso. No lo pienso repetir. —Los puestos de varios funcionarios estaban en juego, entre ellos el suyo. Décadas de experiencia amenazadas por una criminal.

—Yo soy derecha y llevo mi negocio como debo. Si tengo que pagar de vez en cuando, lo hago. Cada quien debería desembolsar lo que le corresponde, y ahí es donde me están fallando, comandante.

—Dolores, a mí me vale madre cómo llevas o no tu negocio, haz lo que te acabo de pedir y vamos a estar bien… —Gilberto miró su maletín abierto y tomó el estuche de piel con un moño que resguardaba un abrecartas. Jugó con él unos instantes al tiempo que pensaba cómo hacer que Dolores accediera a la orden que comenzó siendo una petición. Con una amenaza, eso era.

—Mire, comandante, conoce a mis clientes. Cuando no puedo viajar, la gente cruza las fronteras para venir a verme, usted ya ha visto a varios extranjeros aquí. Hay hasta un escritor gringo, un tal William Burró, que lleva años viniendo por mi mercancía; la última vez que lo vi me dijo que ya soy un personaje de sus novelas, imagínese nomás el honor de que un hombre tan culto hable de mí y allá se conozcan mis historias. Oiga, además, ya

sabe que mi cliente más cabrón es compinche suyo, el jefe de la Judicial. De aquí salgo antes de que a usted se le pase el coraje. —Lola la Chata se veía el esmalte de las uñas mientras pensaba qué pediría para almorzar. Se le antojaban unas enmoladas con mucho queso y cebolla.

—Pues fue él quien gestionó esta entrevista, Dolores. Ahí te falló. Metiste las cuatro completas y quedaste bien embarrada. No tienes de otra. —Gilberto colocó el objeto punzocortante contra su dedo índice. La punta lo hería y quería que Dolores notara el filo que él lucía frente a ella.

—Supuse que podía pasar eso, ni modo. Comandante, ya le dije que van a pagar mi fianza, no me importa quedarme aquí unos meses o hasta años, total, vivo mejor que afuera, y de a gratis. — Dolores vio la hora e hizo una mueca de hartazgo que exasperó, más que sus negativas, al hombre. Si había algo que ella no toleraba era malpasarse.

Gilberto soltó el abrecartas, dio un manotazo en el escritorio y comenzó a bufar.

—Qué pinche necedad la tuya, Dolores. Esto nos va a llevar a la ruina —

gritó Gilberto exasperado. El jefe de la Federal había sido muy claro, y era sabido que los errores de sus subordinados se pagaban muy caros. Sus sienes palpitaban con fuerza, sentía calor y unas ganas irremediables de escupir un gargajo condensado en odio. Tosió un par de veces mientras Dolores, impaciente, alternaba la vista entre su reloj de pulsera de oro y el rostro congestionado del comandante.

Un ardor en el estómago le subió al pecho y al esófago hasta llegar a su boca a través de un regusto amargo convertido en náuseas. Gilberto reconoció el reflujo biliar. Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se tocó el estómago y, sin decir más, tomó el abrecartas de nuevo. Lo empuñó con fuerza sin quitar su vista del pecho de la mujer. Sabía lo que debía hacer, los centímetros que debía introducir para hacer daño, pero no matar de inmediato, y dejar así la opción final a las circunstancias, al destino. Gilberto tomó el estilete y la miró.

Dolores, inquieta, retrocedió en la silla hasta quedar erguida en el respaldo:

—Comandante, ¿está bien? Lo veo muy rojo, ¿llamo a uno de los guardias o ya mejor me salgo?

—¡Sólo me tienes que obedecer, carajo! —El hombre se puso de pie y se lanzó hacia ella. De un impulso y con una certera puñalada la hirió en el lado izquierdo del pecho.

Lola gritó poco antes del impacto. Debido al intempestivo contacto se fue hacia atrás junto con la silla. Los guardias entraron de inmediato y no entendieron lo que pasaba: Gilberto estaba recostado sobre el escritorio mirando a Dolores, que yacía a un lado de la silla. Una mancha de sangre en el vestido comenzaba a crecer y, aunque tenía el abrecartas de marfil incrustado en el pecho, seguía consciente.

Llamaron de inmediato al servicio médico de la penitenciaría; dos enfermeros aparecieron en cuestión de segundos y se la llevaron en una camilla. No dejaba de alegar que el comandante la había atacado, que ella no había hecho nada, que no quería morir así.

Una vez que el silencio invadió de nuevo la habitación, los guardias interrogaron al comandante. Éste alegó que la mujer intentó atacarlo y él simplemente se defendió con lo que tenía a la mano. Pidió que, cuando sacaran la pieza, se la devolvieran, pues era un regalo de cumpleaños que acababa de recibir. Los guardias, confusos, accedieron y le sugirieron que fuera a la enfermería para después declarar los hechos.

El comandante les pidió unos segundos a solas para recomponerse. Cuando los guardias salieron, Gilberto se puso de pie y caminó a la silla donde había estado Dolores. No pudo retener más las náuseas y expulsó un espeso líquido amarillo verdoso que se mezcló con la sangre.

UNA LLAMA SE ENCIENDE

La historia tiene orillas y sus bordes son afilados.

EDUARDO RUIZ SOSA

Visito la penitenciaría desde el año pasado. Uno de mis maestros, el doctor Benjamín Mateos, es médico de planta y logró que me aceptaran para hacer las prácticas profesionales. El primer día, Mateos lo dejó claro: «Argüelles, aquí hay dos posibilidades: olvidar o volver». Elegí la segunda.

Los días transcurren en una aparente normalidad hasta que llega un herido grave o alguien fallece, como el sábado, que descubrí la cama de Jacinto, el Manito, vacía. Cuando le pregunté por él al Tiñas, se llevó el dedo índice a los labios. Me hizo una seña para salir de la enfermería y me dijo que, a media noche, el Cacarizo lo había apuñalado. Él ni siquiera intervino porque temió acabar igual. Cuando Mateos llegó, me aseguró que Jacinto había muerto por un paro cardiorrespiratorio durante la madrugada.

«Libre por defunción», me anunció con media sonrisa.

Eso tampoco era completamente cierto. Sé que un requisito de ingreso es firmar un documento en el que el presidiario consiente donar su cuerpo con fines de análisis antropológicos en caso de fallecer cumpliendo su condena.

Así que el cadáver del Manito está en el laboratorio, ni siquiera saldrá.

Tenía mi edad, veinticuatro años. Un olor a sudor y excremento delataba su presencia con anticipación. Su cabello crespo lo hacía lucir más alto de lo que era y mascaba Chiclets con la boca abierta. Saludaba con señas obscenas y una risa burlona acompañaba su mal aliento enmascarado.

«Ni tuve tiempo de nada, me agarraron en la movida. Llegó la julia, me treparon y me llevaron al tanque a pasar la noche, nadie fue a pagar mi fianza porque le subieron mucho, los culeros. Mi mamacita no pudo juntar

ni la mitad. Me las he apañado. Si hay alguien a quien puedas pisar debes hacerlo, porque si no, te pisan a ti. Aquí el que tiene más saliva traga más pinole. Puedo ser ladrón y asesino, lo que tú quieras, pero no idiota, mi buen. Ansío más mi vida que la libertad».

El Manito mascaba su rencor sin pagar un peso. Para obtener la goma de mascar amenazaba al Renco, un hombre grueso de unos sesenta años que, para caminar, se apoya en un carrito improvisado donde ofrece mercancía.

Cuando lo atendí debido a una inestabilidad crónica de tobillo por un esguince sin tratar, me aseguró que era un trueque con una moneda de cambio diferente.

«Unos venden de la verde y otros de la blanca, esa que hace daño

y hasta mata, ya ve usted cuántos caen por los transas que andan moviendo la tecata balín. Yo me conformo con darle a lo legal, así que cuando quiera un cigarrito, un dulce o un chocolate, ya sabe con quién, jovenazo. Café y azúcar no le ofrezco porque eso se lo regalan. Si le interesa algo más…

placentero… por ahí le puedo decir dónde encontrar a la Jarocha».

Su negocio es un museo ambulante caduco. No sé cuál de los dos da más pena. Le compro un Larín polvoriento cuando lo encuentro por los pasillos.

La Jarocha apareció una mañana en el reducido consultorio junto con el Cacarizo. Sólo pude mirarla de reojo porque su compañero exigía atención debido a un traumatismo ocular. El ojo izquierdo estaba oculto tras un amasijo de carne. Mientras preparaba la jeringa espié los tacones bajos, el perfume dulce, los movimientos suaves de un cuerpo torneado y el cabello castaño a la altura de la barbilla. La silueta resaltaba en el ambiente pesado de la convalecencia. Estaba fuera de lugar ahí y en kilómetros a la redonda.

Al buscar su rostro, noté que me miraba con malicia. Avergonzado por mi estupidez, me sonrojé. Ella era un recluso más.

«El muy puto me agarró por atrás. De una patada ya estaba en el suelo.

Quesque porque me eché al Manito. Nomás te digo que me voy a encargar de callar para siempre al chivatón que anda regando el chisme».

La mirada del Cacarizo es un aguijón, sus palabras arañan. Al tiempo que hablaba, al matón se le formó una repugnante costra de líquido maloliente en la comisura de los labios. Al Tiñas se le cayó la jeringa que estaba preparando y yo oculté mi nerviosismo lo mejor que pude.

Esa tarde, la Jarocha volvió. Se sentó con desfachatez en la silla frente al escritorio, sin importarle que el Tiñas y yo estuviéramos conversando.

Afirmó que su único miedo era contraer sífilis.

«Tenemos un código de lealtad, aunque no lo creas. Contigo me lo voy a saltar porque a veces es bueno desembuchar, siento que guardar tanto pecado hace mal. Una compañera y yo estamos encargadas de la lavandería.

Luego es demasiada chamba, hasta los dedos nos terminan doliendo, y el esmalte dura menos. Este rosa pálido es mi favorito y ni dos días aguantó.

Se lo compré a la esposa del Cacarizo. Oye, ¿qué crees que me pueda tomar para estos granitos que me salieron? También he estado bajando mucho de peso, hasta las costillas se me notan ya. Sí, me cuido, siempre reviso bien a mis clientes, si no de dónde quieres que saque para la peluquería y mis alhajas. Hago tan buenas chambas que casi la mitad de la penitenciaría ha pasado por mí. No hago distinciones: atiendo por igual a orejas, guardias, superiores, mayores y presos. Claro que a ti te daría un trato especial».

Solicitó un chequeo general. Desconcertado, le pedí que se sentara en la camilla de auscultación y procedí a revisar su presión arterial. Me turbé al notar los efectos de su cercanía en mi cuerpo. Con el rostro encendido, mencioné que todo estaba en orden. Me pidió unas aspirinas y le di una caja completa. Se despidió con un beso en la mejilla y salió. El Tiñas, al verme, dijo que la Jarocha era casi como una mujer. Asentí sin pensarlo, vibrando igual que cuando estoy a solas con Lena, mi prometida, y mi cuerpo roza su calor.

«No te sorprendas cuando esté toda madreada. La Jarocha se puede vender por un rato, pero tiene dueño. Aguas, afuera yo cobraba un azul por cada trabajo, aquí me chingo a cualquiera por puro gusto. Ni las balas me detienen, por ahí tengo una paseándose. Me dijeron el punto exacto en el que está escondida, aunque siento que se mueve por todo el pecho. A veces me punza en el pulmón izquierdo, otras en el corazón. Avanza junto con la sangre, se estanca y, luego de la tos, sigue su camino en la misma zona. Por eso fumo, no es puro vicio. Me da miedo que deje de moverse en alguna arteria y valer madre. Esta cosita me recuerda lo que hice y va a estar conmigo hasta que me muera. No se va a quemar junto con mis huesos, será lo único que quede de mí».

La Jarocha viene lo mismo por una aspirina que por un ibuprofeno, un

laxante o un paracetamol. Le doy cualquier pastilla, ella analiza la forma y los colores y elige la más llamativa. Busco que se marche cuanto antes: además de alterar mis sentidos como si se tratara de la misma Lena, su presencia es una amenaza.

Los principios de mi profesión, el de beneficencia y el de no maleficencia de la ética médica, salvar una vida a cualquier precio, me hacían volver. A pesar de mi repudio por la sangre y las vísceras, estudié medicina para continuar la tradición familiar marcada por mi abuelo y mi padre, y para asegurarle un futuro digno a Lena. Sin embargo, lo que realmente me interesa es tratar y evaluar enfermedades mentales; la estabilidad bioquímica del cerebro. El núcleo, no el caparazón, y la psiquiatría no tiene cabida en este ambiente de barrotes oxidados y paredes húmedas.

Los doctores, que vienen un par de horas a la semana, oyen sin escuchar; nos relegan la comunicación con los internos, que son de charla fácil porque la palabra es lo único que no les han podido quitar. Hablan con interés, se expresan con seguridad. Hasta los más pendencieros han roto en lágrimas en un momento de flaqueza. Me colocan en su sitio lo mismo un preso no rehabilitable que uno circunstancial, un ladrón de pan que un asesino; me visten con sus percudidos uniformes azules y zapatos rotos. No hay quien no modifique su pasado a conveniencia; en algunos salta la necesidad de exagerar sus actos por más miserables que hayan sido. Su memoria es una maraña de incertidumbres atada al orgullo. Los que callan viven regodeándose en la culpa, aceptando su castigo con dignidad.

El Tiñas, apodado así por el vitiligo, es uno de los reclusos que ayudan con tareas básicas, como vendajes y revisiones periódicas de presión y temperatura. Los más duchos realizan suturas y curaciones mayores. Fue condenado doce meses por un delito menor, pero su sentencia aumentó a diecinueve años por defenderse de un ataque y cometer homicidio imprudencial. Su amabilidad le granjea la simpatía hasta de los guardias más severos; se ha convertido en mi mano derecha.

Los reos hacen valer sus propias reglas sin esperar a que la distante ley actúe. Les tienen tirria a los violadores, a quienes estiman parte de la peor calaña, como Rafael Pérez Hernández, el Químico Loco, quien mantuvo encerrada a su familia durante años en su propio hogar. La primera vez que salió del apando, la que he escuchado que es la peor celda de castigo que

pueda existir, lo trajeron en pésimas condiciones. El Tiñas se rehusó a ayudarme a atenderlo. Al limpiar sus heridas y cambiar las vendas, no pude sacarme de la cabeza que abusó de sus hijas y envenenó a dos bebés.

Para evitar aprensiones, del archivo de expedientes sólo se nos permite revisar las fichas médicas, en las que abundan las enfermedades gastrointestinales y respiratorias crónicas, enfermedades venéreas, desnutrición, intoxicaciones agudas por narcóticos, heridas por armas punzocortantes o de fuego, golpes y traumatismos. Todos se convierten aquí en cinco números que transmutan en apodos, en una versión de sí mismos que descubren gracias al encierro. Sucede lo mismo con los vigilantes, la razón principal de que la enfermería esté atestada: sobajan y golpean con gritos para después hacerlo con macanas y puños.

Le llaman el Palacio Negro de Lecumberri porque se construyó en el fondo de una cuenca que se lo traga poco a poco. Sus muros de metal están revestidos con rocas ennegrecidas por la ciénaga del desagüe. Es una ciudadela imponente edificada con siete brazos repletos de reducidas celdas que parten desde el torreón que está justo al centro, un coloso de ladrillo, ventanales y hierro que acecha cada rincón. Por más de seis décadas ha albergado historias, ecos distantes que conviven con las voces de los vivos.

Después del portón verde, paso la revisión de rutina y avanzo hasta las amplias salas deterioradas de la galería de acceso donde los administrativos deambulan entre archiveros, escritorios y torres de papel. Atravieso cuatro rejas custodiadas. Sigo hasta la sala central por el gastado piso ajedrezado azul cielo con blanco, cruzo grandes patios con poca vegetación y fuentes secas, saludo a los policías que están en las rejas de acceso a cada crujía y checo mi hora de entrada en el consultorio, donde el Tiñas me espera con una sonrisa.

Las siete crujías, designadas con diferentes letras según los delitos de los condenados, tienen planta baja y un piso con decenas de puertas y un patio interior donde reciben a las visitas los domingos. Los techos de plástico y cartón reafirman la pinta de vecindad.

Hay una mezcla de tristeza y cólera que se impregna en el aire y en la ropa.

La combinación varía según el interno y la pena. Los «tecateros», adictos a la heroína, suelen llegar por sobredosis de un polvo blanco que ni siquiera es

droga, y fallecen tras una agonía brutal. Las autoridades aún no han determinado cómo la consiguen.

Lo que más me cuesta es relacionar rostros y cuerpos viejos o jóvenes, canas y cicatrices con historias horribles del pasado muchas veces inmediato.

Voces suaves y dulces, rasgos de abuelos y sujetos nobles que ocultan crímenes impensables. Personas que conviven con mujeres y niños como si nadie supiera por qué están aquí.

Conocí la minúscula morgue para constatar un suicidio. El forense me mostró un cuerpo pálido e hinchado que tenía una marca verdosa en el cuello y la fotografía tomada por el perito. La imagen era lamentable: el hombre de rostro exhausto estaba enganchado a un barrote de la ventana.

Junto a él aparecían varias ropas retenidas de una percha. Poca era la diferencia entre su cuerpo deshilachado y el triste grupo de telas. Su compañero de celda, el Turco, aparecía en calzoncillos sentado, mirándolo.

Ese mismo día me visitó alegando un dolor de pecho atroz. Se sentó frente a mí y, con la mano a la altura del corazón, confesó que necesitaba hablar.

«Mi compañero dejó una nota que no le he mostrado a nadie, mire. Puso que sólo así se liberaría de su condena. Él lo único que quería era estar de nuevo con su familia, volver a ser Luis y no el 35889. Recuperar su nombre, que también se quedó afuera. Ni lo escuché cuando se colgó. Desperté y lo vi ahí, como dormido. Pensé que me estaba cabuleando hasta que me acerqué y vi su cara morada, bofa».

El Turco hablaba lento, sopesando las palabras. Afirmó que el acto silencioso de Luis era lo más cercano a la libertad. A pesar de que en la morgue el cadáver tenía la misma leyenda que el Manito atada en un dedo gordo, no quise preguntar si su destino también era el laboratorio.

La sencillez y simpatía de algunos vuelven los días más llevaderos, como el Chacal, quien tiene el cuerpo marcado por el

ejercicio y la piel decorada con tinta. Lo único que denota enfermedad en él es un mortal linfoma de Hodgkin en el cuello.

«Mire, joven, por dos días de trabajo en los talleres nos restan uno de condena, nos pagan y aprendemos un oficio, así que no nos viene nada mal, porque acá cada cosa cuesta, y hasta el pinche Renco es un carero. Nunca he

creído en Dios, aquí me hicieron creer en Nuestra Señora Redentora de Cautivos a fuerza de milagros. Yo primero estuve en aislamiento total.

Después me pasaron a los talleres para trabajar en grupo y se supone que lo que sigue es la libertad preparatoria. La gente allá afuera se va olvidando de uno, como si no estuviéramos en la misma ciudad, como si la cárcel fuera otro planeta. A mí hace años que nadie me visita, me tengo que conformar con los que me invitan un taco cuando no les da pena presentarme con sus familias. Estas marcas y cicatrices anuncian lo que soy sin necesidad de que abra la boca, ya ve usted. Con el Tito no tengo broncas, luego nos juntamos los que no tenemos visitas y nos la pasamos retebien. Un día debería acompañarnos».

Agradecí la invitación consciente de que no la aceptaría. El mayor o jefe de la crujía del Chacal es Tito, uno de los dos tatuadores de la penitenciaría.

Lo trajo un guardia por fiebre. No traía camisa, así que pude ver la sirena en su antebrazo, las dos piernas abiertas que simulaban vello púbico femenino con su propio vello axilar, la virgen de Guadalupe en uno de los bíceps, un rosario alrededor del cuello y, en el estómago, la leyenda «A cada día le bastan sus propias preocupaciones» en trazos irregulares.

«Muchacho, lo único que tenemos es la libertad de crear en nuestra propia piel. El cuerpo aún nos pertenece, por más que nos hagan pensar lo contrario. Tengo una habilidad que no cualquiera. Mis diseños dan prestigio. Te sorprenderías al saber cómo armé mi primera máquina: con el motor de un taladro, un botón, pegamento, cinta adhesiva, una pluma y un cepillo de dientes. Usé cuerdas de guitarra como agujas, hasta funcionan mejor que las de verdad. Los cobro a diez pesos, ninguno me ha quedado mal y pocos se infectan. Cuando salen libres, me alegra que una parte de mí también se va. Si quieres te hago uno, lo que tú me digas. Mira, esta virgencita me la armé yo solo».

Pensar en la cantidad de infecciones que se pueden contraer con una práctica tan poco higiénica me hizo responder con una sonrisa y negar con la cabeza.

En esta sociedad hacinada y cautiva lo mismo he tratado a criminales sanguinarios que a reclusos sin delitos como el Lupas, estudiante de filosofía y preso político. Las arrugas prematuras en su rostro lo avejentaban, su extrema delgadez y la resequedad de su piel lo hacían parecer un anciano de

veintiún años cuyo aliento infecto y llagas en los labios manifestaban un alto grado de desnutrición. La anemia acabó con él sin que hubiera recibido sentencia.

Los prisioneros ricos o con privilegios no ponen un pie en la enfermería. Un político conocido por humillar incluso a las autoridades me mandó llamar hace un momento porque su doctor no estaba disponible. El anciano, afectado severamente por artritis reumatoide, se terminó su dosis de morfina y le ofrecí Tylenol, lo que lo exaltó más.

«No te confundas, sólo se trata de ver quién puede y tiene más. No sé para qué los curas, si se van a pudrir dentro. He escuchado poquísimas veces el tan esperado y envidiado "se va libre". ¿Te gusta curar criminales, ayudar a asesinos, violadores? Porque eso es lo que haces. Esta lacra no necesita más que joderse».

Nunca dudé más sobre los principios de mi profesión. Bajé la mirada y quise gritarle que tenía el tiempo contado y más le valía echarse a morir en un rincón.

«Argüelles, aquí hay dos posibilidades: olvidar o volver». Esta vez elegiré el olvido. En unos minutos estaré de nuevo en el mundo exterior, tomaré una bocanada de aire un poco menos viciado y subiré a la ruta Peñón del tranvía para llegar al Zócalo, y luego a la Cima. Regresaré a la vida libre que fluye sin cansancio, con otro tipo de custodios y barrotes.

PUEDO SOÑAR QUE OCURRIÓ

Allí donde la toques, la memoria duele.

YORGOS SEFERIS

—Yo quería estudiar para sacerdote, pero no se pudo. Entré aquí porque no quería dejar de estudiar. También me puse a trabajar

en un taller mecánico, junto con mi hermano, allá por la casa. —Carlos se sinceraba a la menor oportunidad. Eran pocas las personas con las que podía conversar sin prisas.

—Fíjate, dos de mis amigos son miembros de la Acción Católica de la Juventud Mexicana. Yo le huyo por mis jales y porque el gobierno está siempre sobre ellos. Con decirte que nomás en la persecución de la época cristera mataron casi a mil. —Manuel, quien tenía veintinueve años, una edad semejante a la de Carlos, era el único con quien había entablado amistad en la secundaria abierta.

—Mis papás fueron cristeros, mi viejo estuvo en muchas batallas. Mi mamá cuidaba a los heridos en la Santa Juana de Arco, qué no le habrá tocado ver.

Luego nacimos nosotros.

—Oye, mano, deberías leer Héctor, es una novela sobre cristeros. Te la voy a regalar la próxima semana.

Carlos nunca había tenido un libro fuera de los de texto gratuitos y el misal de su madre. Manuel se lo entregó en una bolsa de papel estraza y le dijo que estaba un poco maltratado porque era una edición del 53 que había conseguido en la librería de viejo de la Antonio Caso. Carlos se lo agradeció

y lo primero que hizo fue escribir su nombre completo atrás de la portada: Carlos Francisco Castañeda de la Fuente. Después lo cerró para admirarla.

Era verde esmeralda. Debajo de «Jorge Gram» y Héctor. Novela histórica cristera, tenía una fotografía en blanco y negro de un combatiente con un gran sombrero, carrilleras cruzadas en el pecho y un rifle descansando junto a él. Sentado en una silla y de huaraches, miraba al horizonte, desconfiado.

Comenzó a leerlo esa misma tarde, durante los breves descansos en el taller mecánico en el que trabajaba; sustituyó su misal. El libro versaba sobre el enfrentamiento entre el Gobierno y la Iglesia católica en México, la Cristiada. Aquellos batallones que luchaban, mataban y morían en nombre de Dios estaban integrados, en su mayoría, por campesinos leales a su fe.

Carlos marcaba oraciones, hacía anotaciones con lápiz al margen y doblaba por el borde las hojas a las que recurría con

insistencia. Una frase en particular lo iluminó: «Detrás de cada movimiento hay un hombre dispuesto a dar la vida».

Escenas minuciosas de batallas y atracos nutrían historias que ya conocía.

Montones de letras que, en su conjunto, le daban un panorama más amplio de lo sucedido. Comenzó a tomar la ficción como mera realidad.

La obra era una continua alabanza a los alzamientos cristeros. La oposición, la presión ejercida para abolir la Ley Calles, los conflictos armados y una fehaciente convicción de que Dios es la única verdad, el único camino, quedaba claro. Se sentía aludido en cada página: «lo que sí es pecado, y gravísimo, lo que sí merece excomunión, es que el católico no ingrese a las filas de los cristeros».

Cuando cenaban, Carlos actualizaba a Rogelio sobre lo que había leído. Su hermano estaba harto de escuchar acerca del tema, así que pretendía escuchar y cambiaba de conversación con cualquier pretexto o fingía quedarse dormido.

Carlos siempre llevaba el libro bajo el brazo. Estaba manchado de aceite, grasa y comida. Se comenzó a deshojar por el continuo uso. Se convenció de que esa obra había llegado a su vida por una razón, y comprendió que la memoria de sus padres sería honrada al acatar los designios de la filosofía

de Gram. Héctor era una oda de entusiasmo y admiración, los sucesos enardecían a Carlos al punto de desear haber sido parte de ellos y dar la vida para defender sus ideales.

Imaginaba qué podría hacer ahora, cómo podría ayudar. No dejaba de recordar los rostros de los que no habían vuelto al plantel. Miraba con regularidad la revista que guardaba debajo de su colchón y sentía hervir de nuevo la sangre, punzar las sienes: «¡Asesinos!», «La matanza» y «¿Quién manda en México?» eran los titulares de octubre de Por qué?, cuya portada mostraba el cadáver de un adolescente tirado en el suelo con los ojos cerrados, la camisa abierta y un orificio en el lado izquierdo del pecho.

Cuerpos y más cuerpos, imágenes cruentas atenuadas por matices de gris con blanco y negro o sombras en sepia. Rostros y cuerpos mancillados, cadáveres cubiertos de sangre desfigurados por

detonaciones. El horror se había trasladado de las palabras a las letras y a la imagen. Carlos estrujaba las cobijas y se mesaba los cabellos. Debía hacer algo. Una claridad como la de su infancia lo cegó de repente y supo que sí, él era el hombre, el elegido.

Lo tenía claro: vengaría a cada uno de sus compatriotas con la muerte del sujeto más importante del país, el presidente Díaz Ordaz. Fue él quien había dado la orden para que miles de gatillos se activaran aquella tarde e iniciara una tempestad de proyectiles, puños y patadas, logrando que la sangre empapara de nuevo un sitio anegado antes por el mismo líquido.

Un presentimiento de que su alma sería condenada después de asesinar volvió doloroso el furor, pero sabía que un castigo peor lo esperaba si no aceptaba su destino. Se justificó a sí mismo arguyendo que sería un ajuste de cuentas, y añadió que otros debían correr con la misma suerte que Ordaz: el secretario de gobernación, el presidente del senado, los propios senadores… la lista era larga.

No podía esperar para contárselo a Manuel. Al día siguiente, lo esperó impaciente en una banca afuera de la secundaria dos horas antes de lo usual. En cuanto vio a su amigo, se alteró y comenzó a hablar:

—¡Yo soy el elegido, ese hombre dispuesto a dar la vida por el movimiento, tengo que vengarlos!

—Tranquilo, mano, ¿de quiénes hablas?

—De los estudiantes, de los católicos asesinados en Tlatelolco, nadie ha hecho nada y yo debo ser quien ejerza la justicia, Gram tiene razón, por eso tenía que conocerte y me tenías que regalar el libro, porque yo soy el elegido.

—Espérate, Carlos, eso va a estar muy difícil. Si te metes con el gobierno seguro te van a chingar antes de que te des cuenta. No le juegues al héroe.

Bájale, lo que está en ese libro no es real…

—No es jugarle al héroe, es tomar venganza. Y no es una historia inventada, ahí está lo que pasó de verdad. Seguiré los pasos de mis padres.

—¿Tú y cuántos más? ¿Tú solo qué puedes hacer contra el poder?

—Únicamente se necesita una bala para matar. Muchos fueron los asesinos, pero el responsable principal está libre y nos dirige, Manuel. Levanta una mano y cae cualquier cosa que señale, la desaparece sin más, la esconde donde sólo él y los suyos saben. ¿No te asusta eso, estar a merced de la voluntad de un homicida?

—Pues claro, pero así es esto, mano, ni cómo hacerle. Es mejor quedarnos escondidos y cuidarnos, no dar motivos a que cualquier hijo de puta nos meta un tiro entre los ojos o nos acabe a cachazos y terminemos en la cárcel o quién sabe dónde. Además, a él nadie se le puede acercar, siempre lleva guaruras. Está imposible, mano.

—¿Quieres ver que no? Necesito un arma, del resto me encargo yo.

—¿Tan seguro estás? ¿Y qué pasa si te atrapan?

—Ya te dije que yo soy el hombre, y la historia la escriben los valientes,

¿no? —A pesar de que la duda del suplicio infernal carcomía su seguridad, se expresó con firmeza.

—Estás loco, y no sabes ni cuánto cuesta una pistola.

—Loco el que no quiera reventarle la cara al que tiene de luto a tantas familias, al país entero. Se escuda en el poder y yo lo haré en la religión, como lo hicieron nuestros hermanos hace décadas. Yo soy el justiciero.

Puedo comprar una pistola, allá en la casa tengo lo que llevo ahorrado.

—¿Cuánto es?

—Novecientos pesos.

—Mira, si tan decidido estás, te voy a pasar un conecte que vende pistolas usadas a buen precio, y yo me encargo de que no te pique los ojos. Con esa lana te puede conseguir una Luger negra, es alemana, bien chula; él dice que son las mejores, que usaron de ésas en las guerras mundiales.

Carlos no asistió al mitin de esa tarde en la Plaza de las Tres Culturas de Tlatelolco porque su turno en el taller mecánico

terminaba a las nueve de la noche. Al terminar de cenar, soltó con indignación:

—Debo hacer algo, Rogelio, no me puedo quedar así. Los compañeros nos decían que debíamos esperar, que no teníamos de otra… la espera terminó.

Hace rato, cuando escuchamos cómo terminó todo, sentí el pecho y la cabeza calientes, y ese ardor por dentro no se me ha calmado. Las personas que estaban allí eran católicas, como nosotros, eran nuestros hermanos.

—¿Y qué puedes hacer? Para empezar, yo te afilié al partido, que no se te olvide, Carlos, y las historias de nuestros papás eran puro choro. Aguanta, mañana a primera hora vamos al puesto para saber bien qué pasó.

Carlos renegó, y aún dormido continuó quejándose.

Por la mañana, en un noticiero se mencionó una trifulca que había dejado algunos lesionados. No se pronunció otra cosa en la televisión en torno al tema. En el puesto de revistas la gente se apiñaba para leer los encabezados, pocos compraban. Se anunciaron un enfrentamiento entre terroristas y soldados, la dispersión de un mitin por parte del ejército, un ataque de francotiradores hacia la policía, luchas a balazos con un bajo número de muertos y detenidos y una ruda represión de un motín juvenil.

El director de la secundaria, tras convocar a los estudiantes en el patio y anunciar que algunos alumnos y el profesor de Civismo —quien había formado parte del movimiento ferrocarrilero de los 50 y les había confiado que el gobierno iba en contra de la Constitución— estaban desaparecidos, se limitó a admitir que quien estaba en contra el sistema nunca terminaba

bien.

Camino al salón, Carlos se acercó a Manuel:

—Escuché que los mismos priistas lo planearon, yo ya lo sabía. El gobierno buscaba acallarnos, bajar nuestros puños. Incendiar las pancartas y a quienes las alzaron. Ahora es el silencio o la muerte, escondernos o desaparecer.

—Jóvenes matando jóvenes, mano, ya lo sé. Hay un montonal de

muertos y detenidos.

Continuaron abrumados, pasmados con el horror de la similitud: los homicidas no eran monstruos, sino sus semejantes. Sicarios cuyos sueldos no aseguraban el olvido ni la eliminación del remordimiento, aunque involucraban los billetes o las amenazas suficientes para que cualquiera aceptara ensañarse contra el prójimo cual acérrimo enemigo.

Conocidos, amigos, familiares. En ese sitio hubo miles de ojos —que no podrían ser cegados— mirándolo todo, testigos que pasaban la información de boca en boca para que el pueblo no se quedara con las gotas dosificadas de realidad de los medios de comunicación. Las dudas y el dolor los motivaban a hablar. Los que ignoraban querían saber de sus seres queridos, dejar de llorar y rogarle a la nada, al desconcierto. Los de luto se maldecían por haber aceptado mentir para recoger a sus muertos, por aceptar la violencia con la que se los arrebataron.

Fueron recurrentes los rumores de incontables cadáveres, grúas y camiones de basura que acudieron a levantarlos y pipas repletas de agua que llegaron después a limpiar los rastros de sangre y de dolor.

El lugar de la masacre hablaba: las balas no sólo se incrustaron en la carne; las paredes de los multifamiliares y del templo sufrieron daños por igual.

Hubo manchas de sangre que perduraron meses; un crudo recuerdo de esa tarde que terminó por ceder bajo las insistentes lluvias, y la furia se fue diluyendo.

Carlos acudió solo a las manifestaciones posteriores, pues Manuel prefirió refugiarse en sus negocios y Rogelio era de la idea de olvidar los viejos rencores y empezar de nuevo. Por eso lo había llevado a afiliarse al PRI.

Carlos, en el fondo, no quería traicionar a sus padres muertos, y no podía evitar acudir y caminar codo a codo con la gente enardecida, unir su voz a un solo grito. No eran muertos y desaparecidos desconocidos, eran tan suyos como del resto, de todos. Esos asesinatos eran un vejamen continuo para ellos, los que huían, los que, como él y su hermano y quienes lo rodeaban, seguían existiendo.

Sabía que la vida se trataba de luchar porque estaba en el lado de

los perdedores: revivió las historias de terror de sus padres que culpaban al gobierno de los males que aquejaban al pueblo. La leucemia y el cáncer de seno habían terminado con esos dos cristeros analfabetas que les dieron a sus hijos una educación católica recalcitrante a temprana edad.

Su infancia estuvo rodeada de imágenes alusivas a la religión y de terribles sucesos que conoció gracias a su madre, quien vivía en un limbo terrenal de recuerdos: soldados malvados que ahorcaban sacerdotes y fusilaban a quienes se oponían, abusaban de las mujeres y prendían fuego a las iglesias.

Los católicos confiaron en el poder de las plegarias para repeler los ataques, que iban en aumento, hasta que decidieron armarse y defenderse contra el único culpable: el mando, que había protagonizado desde el principio afrentas y agravios. Debían proteger a la Iglesia, a Cristo y a la Virgen.

«Reine Jesús por siempre, reine su corazón. En nuestra Patria, en nuestro suelo, que es de María la Nación…», se repetía una y otra vez cuando alguien entraba o salía de su hogar.

Los relatos eran nocturnos, así que Carlos soñaba con cuerpos pesados balanceándose en las ramas de los árboles, golpizas y tiroteos. Con luchas encarnizadas, mujeres llorando y gritando, hombres con las vísceras de fuera, llamas y un humo denso que dificultaba ver lo que había detrás de la angustia inmediata.

Un sueño que lo había perseguido desde entonces se desarrollaba dentro de una iglesia incendiándose, la misma a la que iban a misa los domingos. Ahí estaba su madre, gritando por ayuda. Él, desesperado por entrar, pretendía atravesar las flamas: sin embargo, el insoportable calor lo repelía una y otra vez. Podía ver cómo su madre, que no dejaba de ser voz, se iba consumiendo como cera, se derretía hasta convertirse en un líquido amarillento que no dejaba de gritar. Esa vez despertó llorando y la abrazó con fuerza, pidiéndole que no se fundiera como manteca. La madre no entendió nada, le

secó los lagrimones con el mandil y le pidió que se apurara para ir a casa de su abuela por huevos para el desayuno. Debía caminar algunas cuadras, y aún con lagañas salió de la vecindad de la San Rafael frotándose los ojos para hacer el encargo. Lo seguía recordando porque, en su memoria, en la calle se encontró con Dios. Lo supo por el resplandor que se desprendía de un

hombre rubio vestido con ropas tan blancas como nunca las había visto.

Era idéntico a la figura central de la iglesia y a los retratos en su casa y en casa de la abuela. Dios pasó a su lado sin decir palabra y continuó su camino.

Tenía siete años.

Un año de trabajo de Carlos se convirtió en un maletín negro de plástico que contenía mortalidad. De una pistola y tres balas dependía el éxito de su empresa.

Solía leer los periódicos a diario, y llevaba un registro de las promesas del mandatario y lo que en realidad sucedía en México. Cuando leyó la noticia de que Ordaz estaría en el Monumento a la Revolución para celebrar el aniversario de la promulgación de la Constitución, decidió que era tiempo.

Salió con el maletín antes de las doce del día. Un cielo despejado y el buen clima le auguraban una cacería favorable. Cerca del punto elegido, la cantidad de gente en las calles lo abrumó. No quería generar caos ni herir inocentes, solamente debía acabar con quien, año y medio atrás, condenó a tantos.

Caminó sobre Insurgentes hasta llegar a Gómez Farías. Sorteaba gente estática que admiraba el convoy: los elegantes automóviles negros con ventanas polarizadas pasaban frente a él sin darle importancia. Demasiado nervioso y preocupado por no errar el tiro, se encomendó a Dios al tiempo que sacaba la Luger del maletín y se la escondía en el cinturón. El metal congelado del cañón contra la piel le recordó su propia mortalidad y el destino incierto de su alma. Entrecerró los párpados al pensar de nuevo que ya estaba condenado y siguió avanzando.

Un padre de familia con un niño pequeño en brazos señalaba el tercer vehículo de la fila anunciando que Díaz Ordaz viajaba en él. Carlos se

detuvo y encañonó al auto aludido. Éste frenó después del impacto y la caravana se detuvo. El hombre, pasmado y aturdido, no quitó la vista del arma humeante mientras cubría la cabeza del niño y jalaba a una mujer hacia el edificio que estaba detrás. Los gritos comenzaron a perderse entre el sonido de una multitud de cuerpos en movimiento.

Un pitido sustituyó el estruendo, Carlos se petrificó y guardó el arma bajo su ropa de nuevo; esta vez lo hirió un calor intenso. La bala se había alojado en el coche del secretario de la Defensa Nacional. Frente a él, sus ansias de venganza se diluían junto con la fuga despavorida.

Aún quedaban dos balas. Los policías, confundidos, trataban de identificar al agresor entre quienes se escabullían con mayor pericia. Él se replegó a una palmera y trató de concentrarse de nuevo.

Algunos metros adelante, varios guardias escoltaban a Ordaz. Carlos advirtió la cabeza entrecana, disparó dos veces más y cerró los ojos. Se sentía un viejo cristero, un defensor, un justiciero solitario.

Al instante, un guardia presidencial lo derribó de un culatazo en la nuca y, a pesar de estar inconsciente, varias botas toscas hundieron su peso sobre él.

No escuchó las amenazas, los vituperios, los gritos que lo alababan y los que lo repudiaban.

Su destino último era de sombra en la oscuridad, de figura ausente entre muros ocultos.

DE QUÉ ERES MEMORIA

El llanto se hace carámbano y desde adentro apuñala.

PABLO MOLINET

La Jarocha llegó muy animada a las piletas de la lavandería. Se plantó frente al nuevo reo y miró su uniforme desvaído al tiempo que colgaba su bolsa en un clavo oxidado. Era usual que las lavadoras industriales estuvieran descompuestas, así que los guardias mandaban lavar a mano en las piletas las montañas interminables de uniformes y sábanas malolientes que conservaban un olor propio aun ya limpios.

—Me dijo la Ramona que estabas acá. Deberías cambiarte esa ropa en cuanto puedas, el uniforme delata a las nuevas. —Un rostro pasmado la miraba—. Tampoco creas que yo me visto siempre así, estoy estrenando este vestido de algodón, de los buenos, porque hoy cumplo mi primer año, ya nomás me faltan dos. En la pared junto a la cama tengo la cuenta: una rayita por

mes. Tú, para empezar, puedes comprar faldas y blusas de seda o tafetán baratas, se ven lindas y dan el gatazo. Los hombres ni se enteran —

dijo mirándolo a los ojos. De repente se llevó la mano al pecho, haciendo sonar varias pulseras metálicas, y miró al cielo—. ¡Ay, perdóname! Soy la Jarocha. ¿Cómo te llamas, chamaco?

Marcos, azorado por el entusiasmo de su anfitriona, tardó en responder. De estatura baja y complexión gruesa, la textura lisa de su piel morena clara delataba su juventud. Sus ojos oscuros y grandes, protegidos por cejas gruesas, eran vivaces. Durante sus primeras horas en Lecumberri sólo había recibido órdenes, gritos y empujones. Le sorprendió que alguien lo tratara con deferencia.

—No seas tímido, al final siempre terminamos por conocernos. Aquí cae de

todo, desde asesinas y putas hasta drogadictas. A mí, por ejemplo, me echaron cinco años porque me apañaron con unos yoins mientras estaba chambeando en Tlalpan, pero Lara, el abogado que contrató mi madrecita santa, dice que me los puede bajar hasta a tres. Al principio me aseguró que saldría en unos días, me pidió que tuviera listas mis cosas. Eso fue hace diez meses. —Hizo una mueca de hastío—. Pero más me vale seguir confiando en él, ¿no crees? Entonces, ¿cómo te llamas, qué te trajo hasta aquí?

—Me… me llamo Marcos. Mi papá me acusó de robo. Le habló a una patrulla porque me metí a su casa. Hace un mes me corrió en cueros, ni ropa me dejó sacar. Me dieron cuatro años… — concluyó con la voz quebrada. Desvió la mirada y bajó la cabeza para evadir el escrutinio de la Jarocha. Apenas respiraba, quería pasar inadvertido. Pisaba las baldosas como no queriendo y, con las manos, repasaba cada pliegue de su uniforme.

La Jarocha lo miró con la conmiseración que le dirigía a los que no estaban curtidos ni en la cárcel ni en la vida. Se había adjudicado el papel de Caronte en ese río de mierda y dolor porque a ella le hubiera gustado tener el mismo recibimiento, no haber aprendido a prueba y error.

—Ay, qué feo, Marquitos, tu propio padre. Aunque no te fue tan mal, hay unos que ni estando el resto de su vida aquí alcanzan a cumplir la sentencia, y tú estás muy chiquito, se te van a pasar

volando en la J. Entre todas nos echamos la mano, ya lo verás. Por supuesto que tenemos diferencias, pero si no nos apoyamos nosotras, ¿quién? A veces hasta da alegría encontrarte viejas enemistades. Allá afuera es una cueva de lobos. Con que te alejes de los problemas y obedezcas a los monos y a los sargentos, ya la armaste. Si no, te mandan a las circulares, las celdas de castigo, ahí está más cabrón y ni quién vea por ti. En fin, ya habrá tiempo para platicar. Tenemos tres horas para acabar con estos montones, tú dale a los pantalones y yo me voy con las camisas. Ya que estén llenos los cestos, tenemos que colgarla allá, en los mecates, esperar a que se seque y doblarla. —Se dirigió a un tambo y sacó una bolsa enorme de jabón Roma que colocó en medio de los dos lavaderos.

Después tomó dos botes de plástico y le entregó uno a Marcos, quien la miraba con la parsimonia propia de los desmañanados.

La cercanía le permitió a Marcos percibir el aliento dulzón de aquella mujer en el cuerpo de un hombre poco masculino. Sólo se permitía mirarla cuando ella no lo notaba, pues sentía que sus iris de miel penetraban directo en su

conciencia. Se creía tan poca cosa que no era digno de admirar ese cuerpo ligero de cintura breve, senos discretos y piernas firmes.

—Hay que empezar antes de que se nos haga tarde, porque a las dos pasan lista y luego toca la comida. Y en la noche, si llegamos después que las demás al dormitorio, te va a tocar piso hasta que alguien role cama, así que ya sabes, hay que estar a las vivas, papá —dijo tronando los dedos.

Mientras realizaba su labor, la Jarocha no dejó de entonar canciones de Los Panchos, Julio Jaramillo y Agustín Lara, y boleros rancheros de Javier Solís, cantando con especial sentimiento «Las rejas no matan, pero sí tu maldito querer» y «Payaso, soy un triste payaso que oculto mi fracaso con risas y alegrías que me llenan de espanto».

Cuando ella lo veía, así fuera por unos segundos o de reojo, el atolondramiento de Marcos aumentaba. Apenas frotaba la tela con el jabón y la oprimía con cuidado al exprimirla; se apenaba de existir, de respirar.

Aunque la energía que emanaba de la Jarocha, concentrada en su

labor, le perforaba el pecho y le robaba la poca fuerza que tenía, Marcos pensó que contemplarla lo ayudaría a resistir el encierro. El olor dulzón que despedía lo llevó a un lugar lejano y seguro que hacía mucho no visitaba.

La Jarocha escuchó a uno de los guardias que los custodiaban en la entrada saludar a Argüelles, el pasante en turno en la enfermería. Se llevó el dorso de la mano a la frente y exclamó:

—Marquitos, ya me dio la migraña otra vez, voy a tener que ir a la enfermería. Siempre me pasa cuando el sol está así de bravo. Me punzan las sienes —dijo alejándose con lentitud.

Marcos, sin pronunciar palabra, observó cómo la Jarocha se alejaba con un andar ligero y acompasado, acomodándose el cabello y meneando de un lado a otro el vuelo de su vestido y unos aretes de pedrería largos.

La Jarocha volvió a los quince minutos con el puño derecho cerrado.

—Mira, traigo una verde y una azul, ¿cuál quieres? No me preguntes para qué son, es medicina, no nos puede hacer daño. Tenemos tantas cosas mal que seguro nos ayudan en algo. — Marcos, que repitió las palabras en su mente, no atinó a responder—. Ay, toma, yo me quedo con la azul. —La

Jarocha se llevó la pastilla a la boca y dio un trago directo del chorro de una de las viejas llaves.

Intrigado, Marcos contempló la pastilla. La guardó en su pantalón y aprovechó que ella había cerrado los ojos y se abanicaba el rostro para analizarla con atención: a pesar de ser alta y de hombros un poco anchos, tenía un cuerpo estilizado y rasgos finos que delataban una femineidad esforzada, demasiado adornada y reafirmada en el maquillaje cargado con el que trataba de ocultar cicatrices apenas visibles. El corte del cabello de tono claro le restaba edad a esa persona que jugaba con la estética de los dos sexos y lo mismo podía pasar por hombre o mujer. Era un camaleón o un nuevo género que incluía a ambos, que no tenía por qué dividirlos o diferenciarlos, que los abrazaba y confundía.

Marcos fue recuperando poco a poco la confianza y avanzaba a buen ritmo en su labor. Charlaron de sus vidas antes de la prisión: él le contó que después de salir de la preparatoria

trabajó como voceador por no haber entrado a la universidad. Un día su papá lo encontró besando a uno de sus primos menores, ambos desnudos. Lo jaló de una oreja y lo echó entre gritos que ningún vecino ignoró. La Jarocha se carcajeó de la historia. Lo que Marcos no le contó fue que, cuando se decidió a regresar por algunas cosas, envenenó a los pastores alemanes de su padre. Su intención no era robar, sino vengarse. El espectáculo de las convulsiones de los animales echando espuma por el hocico lo hipnotizó. Lo encontraron de pie frente a la reja con una bolsa que contenía restos de carne inyectada con pesticida.

Ella le habló del departamento que rentaba cerca de la Nápoles, del Johnny, su gato blanco y sordo, y de los ice cream soda de vainilla de la heladería Chiandoni, lo que más extrañaba. Mientras su joyería de fantasía bailaba con los movimientos repetitivos, también le contó sobre el Cacarizo, su

«macho», un convicto acusado de homicidio asignado a la crujía D al que conoció poco después de ser recluida. Le habló de los brazos del hombre, tatuados y con el diámetro de sus propios muslos; del abdomen marcado, de la cicatriz que le cruzaba la ceja y de la forma en la que la empinaba y la dejaba sin aire cuando le apretaba las costillas al someterla.

Poco después de la una de la tarde, la Jarocha, que ya había terminado con su parte, soltó un suspiro, se recargó de espaldas en la orilla de la pileta y sacó una cajetilla amarilla de su bolsa. Tomó un cigarro, lo encendió y dio

una calada profunda. El aire empujó el humo hasta los ojos de Marcos y éste, al sentir un ardor repentino, se echó agua al rostro.

—Ay, discúlpame, es que éstos no son normales. Son de Indonesia o algo así, ni te imaginas cómo los conseguí. Ayer me mandaron llamar de la L. Nunca había entrado a ésa. El lugar era como un departamento, hubieras visto, hasta alfombra tenía. Ni parecía celda. Ahí adentro se te olvida dónde estás.

Las celdas de primera, donde hay un solo preso, se quedan cortas, parecen chiqueros si las comparas. Y donde estamos nosotras es un vil basurero. El don era un general retirado. Me pagó en cuanto entré y el panzón hasta pidió que nos llevaran unos ribais y vino tinto, hazme el pinche favor. Ya que terminó, me presumió que le cobraban diez mil pesos al mes por estar ahí,

Marquitos, ¡diez mil! No sé ni cuántos billetes son eso. Me dio doscientos pesos y estos cigarros, aunque le tuve que dar la mitad de todo a la cabrona de la Ramona. Es nuestra mayor, ya la conocerás en la noche.

Marcos se limitó a asentir y poner atención a cada detalle del rostro y las manos, que no se quedaban quietas. El olor dulzón del aliento de la Jarocha se intensificó. Temía decir algo indebido o molestarla, así que continuó tallando el último pantalón que le faltaba. Aquello lo hizo cuestionar las reglas severas con las que lo habían amenazado. La Jarocha, expulsando el humo picante con paciencia, continuó:

—Si yo tuviera ese dinero, preferiría ahorrarlo. Digo, no vivimos como reinas, pero no me quejo. Con los veinticinco pesos que me dan a la semana por estas friegas no alcanza para nada, por eso hago más chambas. Hay que sabérsela, aquí te joden por todos lados y lo único que te salva es el dinero.

El maestro de Español, Antonio, me dijo que los escribientes ganan hasta cien semanales. Lo vas a conocer el lunes, que nos tocan dos horas de escuela. Me dijo que si aprendo a manejar alguna máquina de la imprenta puede pedir mi cambio para allá. El condenado es muy guapo, y lo sabe.

Tiene muy buen tipo, y bigote y barba negrísimos, parece actor de cine. Se la pasa haciendo esa sonrisita de pendejo que nos encanta a las jotas y a los hombres les cae muy bien, hasta celos me dan. —Bajó la mirada para tirar la ceniza en el piso y después la dirigió hacia la espuma en las manos de Marcos—. Oye, ponte buzo, le estás tallando tanto a ese pantalón que al que se lo ponga se le van a salir los huevos por el agujerito que ya hiciste boquete. Ahora lo vas a tener que zurcir, menso. —Una risilla mostró su dentadura casi perfecta.

Apenado, Marcos enjuagó con nerviosismo la prenda y fue a colgarla. Al terminar, la Jarocha lo tomó del brazo para dirigirse al restaurante.

—Ven, para ti no es seguro hacer nada a solas. Tenemos tribus, el asunto es saber a cuál pertenecer, en cuál te joden menos. Esta comida va por mi cuenta, hoy no te voy a dejar probar el revoltijo del rancho, vamos a ir al restaurante de la H. Si te gusta, tendrás que ir pensando en lo que vas a hacer para conseguirla tú solito. —La Jarocha había utilizado el mismo

gancho antes, era el que mejor funcionaba. Atentar por el estómago daba buenos resultados. Tenía ojo para reconocer a las «futuras estrellas», como ella les decía. Por los jóvenes, cuando estaban tan limpios y eran educados, le pagaban mucho mejor.

Los primeros en entrar a la crujía J fueron Marcos y la Jarocha, quien lo llevó directamente a una esquina. Encendió una veladora y se persignó. El lugar no tenía divisiones, era un largo pabellón repleto de catres desvencijados con colchas olorosas, algunas colchonetas amarillentas y pocos muebles que albergaba a más de doscientos homosexuales, reunidos allí con la intención de reducir las continuas vejaciones de las que eran víctimas. En puntos específicos, imágenes religiosas convivían entre recortes de fotografías de Elsa Aguirre, Miroslava Stern (a la que siempre comparaban con la Jarocha), Dolores del Río y Sara Montiel, anuncios de periódicos y flores secas o de papel. Había uno que otro trozo de espejo. El único entero, de un tamaño razonable y con marco dorado, estaba en esa esquina, recargado en la pared junto a discretas rayas en la pintura vieja e iluminado por la veladora colocada debajo de la imagen de la Virgen de Guadalupe.

—Éste es mi rincón. Pago cinco pesos diarios para asegurarlo. Eso de dormir en el piso o estar esperando que te presten un ratito una cama no es lo mío. Puedes apañar esta que está al lado, la Luisa no ha pagado desde hace tres días.

Marcos se sentó en la cama, dejándose caer por inercia. La falta de colchón no amortiguó el golpe, lo que hizo rechinar el catre. Quienes estaban ingresando lo vieron con recelo. La Jarocha, sonriéndoles, dijo en voz alta sin mirar a Marcos:

—Nomás con cuidado, ahí te encargo. —Se agachó para sacar una cajita de metal que abrió con una llave minúscula—. Mira, mis joyas. Bisutería fina, me ha costado tener mi colección. Esto lo trae la Teresa, la esposa del Cacarizo —soltó una risita y se cubrió la boca.

Marcos miraba fijamente los collares y aretes, tocando cada pieza con cuidado, y recordó una gargantilla de perlas que su madre solía usar. Era su favorita porque, aparte de guardar una mezcla entre el olor natural de su madre y un perfume de rosas, al tocarla sentía que las perlas también conservaban el calor. Cuando sus padres salían, entraba a escondidas a su habitación, la tocaba y se la ponía para verse en el espejo. Le preguntó si

tenía perlas y La Jarocha, divertida, negó con la cabeza, pero le dijo que estaba por conseguir un collar.

—También tengo maquillaje, a veces hasta doy clases. Luego te voy a presentar a mi grupito de chamacas, te van a caer retebien. Acá me respetan porque, aparte de que les hago préstamos y vendo más barato los zapatos, cepillos y adornillos de talavera que me dan los de los talleres como pago, la Ramona es mi valedora. Ella es a la única que tienes que obedecer sin preguntar. Es la jefa de toda la J. Mírala, ahí viene.

—Mi Jarocha, este día estuvo pesado, lo bueno es que ya mañana es domingo y descansamos con la visita. —Miró a Marcos de pies a cabeza sin disimulo—. Veo que te llevaste muy bien con el nuevo, ¿ya lo estás adoctrinando? —Ramona le ofreció a la Jarocha un cigarro de mariguana manchado de rojo por sus labios. Sus brazos anchos estaban cubiertos con un chal oscuro sobre el que caían unos rizos castaños, llevaba unos pantalones de mezclilla muy ajustados y una blusa blanca de tirantes que cubría un pecho y dorso fornidos. Su mirada se volvía más dura gracias al rímel y el delineador negros, los pómulos sobresalían en el rostro cuadrado.

No era alta, mas su carácter era suficiente para imponer.

—Ahí la llevamos, ¿verdad, chamaco? —dijo y rechazó el cigarro —. Mana, sabes que ya no le hago a eso, me curé de espantos. Unos güisquis sí te los acepto. —Guiñó un ojo.

Ambas sonrieron. La crujía se fue llenando de alboroto. Marcos estaba sorprendido de ver que sacaban botellas de huecos en las paredes cubiertos por fotografías o de coladeras taponadas. Un ambiente de fiesta inundó el

pabellón. Algunas miradas desnudaron a Marcos, otras le transmitieron rencor; algunas más, pena.

La Ramona y la Jarocha se ponían al corriente cuando dos ratas gordas, una detrás de otra, corrieron entre las piernas de ambas y se escabulleron por un orificio en la pared.

—¿Dices que éste no comió rancho hoy? —preguntó la Ramona, y agregó, mirando a Marcos—, de la que te salvaste. Corre el rumor de que han aparecido pedazos de cola y patitas en ese caldo acedo, así que ten mucho cuidado. Más te vale chambearle para zamparte aunque sea un trozo de perro. —Soltó una carcajada

sonora enmarcada por sus labios rojos y se fue.

Marcos bajó la mirada y comenzó a tronarse los dedos. Ni siquiera podía imaginar a qué sabría una rata.

—Es broma, chamaco, no te pongas tan serio. —La Jarocha recibió un vaso de plástico con un líquido amarillento y burbujeante que aceptó gustosa.

Tras un largo trago que saboreó con placer, le ofreció el vaso a Marcos. Éste tomó el vaso y bebió con avidez para olvidarse del sabor a rata—. Oye,

¡déjame algo! Tampoco es borrachera. Fíjate, nos tienen vetados los talleres porque dicen los de arriba que nomás levantamos pasiones. Cuando entré empecé en la panadería, ahí el calor era sofocante. Estar amasando, abriendo y cerrando los hornos me provocaba unos bochornos insoportables. Además, era medio triste porque ahí mandaban a los que ya se iban o les faltaba poco, y cuando regresaba a dormir veía a las que, como yo, tienen que seguirse chingando unos añitos más. Los lavaderos me gustan porque no hay nada como estar al aire libre, ver el reflejo de mi rostro en la pileta rodeado de nubes, del cielo. Aunque ya me jodí las manos. Las tenía bien suavecitas. Estoy esperando unas cremas que encargué, mañana me las traen. —Bebió de nuevo del vaso—. Mira, te lo voy a decir claro. No hay mejor forma de sacar dinero que con el cuerpo, y aquí hay para todas. Si le vas a entrar, debes saber que para el negocio no hay nada como ser activa y pasiva. Los más machos son los más pasivos, y abundan. Todo es apariencia, luego los más brutales son los más tiernos. Los incomunicados son los únicos con los que no nos dejan chambear. Otra cosa: si les tienes miedo no lo demuestres, eso los pone muy violentos. Son como animalitos, hay que aprender a tratarlos. Detrás de esas miradas feroces y tratos rudos, siempre

hay una bestia acorralada que clama por cariño, si lo sabré yo… —Al terminar de hablar, miró con enfado el esmalte cuarteado de sus uñas. Sacó un barniz del mismo tono y aplicó otra capa en cada una—. La única habilidad necesaria para este oficio es la imaginación. Y, bueno, también se necesita seguridad. Ahí es donde entro yo. Te ofrezco los mejores conectes a cambio de una parte de las ganancias. —La Jarocha lo miraba fijamente con media sonrisa. La amabilidad se había transformado de repente en interés y sus ojos brillaban con la seguridad de quien espera

cerrar un negocio prometedor.

Asfixiado en la atmósfera de formaldehído, licor barato, sudor, cera quemada y mariguana, entre risas ahogadas y gritos disimulados, Marcos comenzó a sudar. Incluso en la calle, antes de entrar a Lecumberri, había evitado prostituirse porque conocía a quienes lo hacían y sabía que, si regresaban, era después de estar en el hospital o tardar días en recuperarse.

—Si no te convence tampoco es obligatorio, eh. Yo te puedo prestar de aquí a que cobres tu primer pago, con los debidos impuestos. También puedes ver si hay chamba en el restaurante o en la cocina. Mañana, como cada día, van a despertar a las 4:30 a las que harán la fajina, tú vas en ese grupo. No vayas a renegar, más te vale obedecer calladito si no tienes tus diez pesos para pagar. Yo aprendí a las malas. Me la pasaba rezongando y respondiéndoles a los guardias hasta que de tanto revés me abrieron el hocico y ahora me truena el cuello cada que muevo la cabeza, mira. —La giró hacia la derecha y se escuchó un chasquido—. Pago por adelantado el mes para que ni me molesten a esas horas. Con una semana de limpiar los baños tuve suficiente, siempre los dejan bien puercos. Hasta parece que lo hacen a propósito, que no le atinan para chingar a los que van después.

Un olor nauseabundo inundó las fosas nasales de Marcos. El arroz con frijoles y la pierna de pollo hervida de la tarde buscaban salir por donde habían entrado. Se resistía a vomitar porque no quería mostrarse blandengue, seguro la Jarocha se burlaría de él. Optó por respirar profundo y recostarse de lado, sin perderla de vista. Ella arrugó la nariz y le sopló con precaución al esmalte fresco sobre las uñas.

—Salud. —Dio otro trago que repasó la marca del labial en la orilla del vaso

—. Después te digo con quién consigues desde un churro flaco, Bacardí, Oso Negro o polvo hasta un Matusalén, lo que prefieras. Las pastillas son

conmigo. Con la tecata tienes que estar bien buzo, porque en una de ésas te dan cemento o heroína con pintura raspada y ya no la cuentas. Marquitos, estás sudando. Si tienes mucho calor te puedes dormir encuerado.

Marcos estaba confundido por la compasión maternal de la Jarocha y sus insinuaciones. Cuando ella se sentó a su lado y se acercó para tocarle la frente, el olor fresco y dulzón le transmitió serenidad, le ofreció una calidez lejana en aquel laberinto atestado y confuso. La Jarocha le pareció de nuevo un asidero firme, resistente, una efigie labrada para el gozo ajeno y el sacrificio propio, una serena alquimista.

—El miércoles me toca ir a retocarme a la peluquería, mira estas raíces. —

Se estiró el cabello sobre la frente y volteó hacia arriba. Después tomó la mano derecha de Marcos y examinó sus uñas—. Me vas a acompañar para presentarte a la Rosy, te va a arreglar este desastre. Sirve que le pido un esmalte morado que haga juego con mi blusa. Mañana te voy a presentar a Teresa, aparte de baratijas trae ropa, para que te hagas de unas garritas, este uniforme deprime. Oye, aquí entre nos, he notado que esa vieja me lanza miradas de fuego, yo creo que algo se imagina, ya se las huele. O le han llegado rumores. Yo no tengo ningún problema con ella, hasta podríamos ser amigas. Me gusta mucho cómo se viste. No entiendo esos celos por el macho, como si no supiera que él se tiene que desfogar. Yo sé lo que le gusta y cómo a su hombre, hasta podríamos darnos consejos, ¿no crees? —de regreso en su catre, hablaba viendo la veladora al tiempo que recordaba al Cacarizo y pensaba qué estaría haciendo en aquel momento—.

Culpables o no, todos cargamos una pena. Estando afuera, nunca sabes cuándo puede cambiar tu vida. Una noche que llevé a uno de los clientes a mi departamento, el pendejo se puso violento. En una de ésas se le ocurrió patear al pinche gato, y ahí sí me prendí. Yo al menos me podía defender, pero el pobre Johnny salió corriendo y se aventó por la ventana sin importar que estuviéramos en el tercer piso. Los dos nos quedamos quietos y escuchamos el trancazo. Le partí la cara a taconazo limpio al pendejo. Y

no, no me arrepiento. Lo que más me duele es no saber qué pasó con mi Johnny. —La Jarocha respiró profundo y se dio unas palmadas debajo de los ojos para evitar que las lágrimas cayeran. Marcos, tenso de nuevo, supo que si ella se llegaba a enterar del motivo real por el que estaba ahí terminaría igual que su cliente, y no estaba dispuesto a ganarse su enemistad—. Marquitos, tienes que aprender a observar. Puedes saber de qué cojea cada

quien con verle los ojos, la piel. Hay que saber identificar los

detalles. Los asesinos, por ejemplo, son los más duros. Parece que tienen acero debajo de la piel, porque están fríos siempre. Otros tienen cicatrices en el cuerpo entero, sobre todo en la cara. Y la mayoría tienen expresión de estar pensando a quién se van a chingar después. Los ladrones, en cambio, tienen las manos calientes y grandes porque necesitan agarrar cosas ajenas y de valor, y las piernas firmes y ágiles para huir. Los fraudulentos son blandos de carnes, la mentira los aguada y les rellena los cachetes y la barriga, como el general con el que estuve ayer. Aunque también hay quienes no llevan signo de sus faltas, nada los delata. Nos enteramos de su pasado por chismes de los que tienen contacto con los del archivo, y luego una ya no sabe si creer o no lo que escucha, porque parece imposible que un flaco con fuerza apenas en el cuerpo haya matado a tres policías, o que un octogenario encorvado, sin dientes y con un solo ojo, hubiera abusado de varias chavitas. —La Jarocha suspiró e hizo una seña para que le sirvieran otro vaso—. Ya es medio tarde, trata de dormir un poco, Marquitos. A mí seguro me sale una chamba al rato.

La Ramona mandó llamar a la Jarocha antes de que se terminara la tercera bebida. Ella se retocó el maquillaje, dejó el vaso en el suelo —para cuando regresara, aclaró— y, antes de salir, sacó un pequeño estuche con varias pastillas, eligió dos y las tragó.

—Una última cosa: lo que sea que escuches y veas, no te metas con nadie.

Nunca se sabe quién es chivo. Así te roben, te peguen o te insulten, tú chitón.

La chingada se lleva primero a los hocicones.

La fajina representó tres horas exhaustivas de limpieza inútil rodeada de un aire pesado de Pinol y cloro. Marcos vio cómo uno de los guardias se bajó el cierre y se sacó el pene erecto. Uno de sus compañeros se acercó al instante y lo desapareció con su boca. Poco después le dieron permiso de retirarse y le perdonaron tres días de fajina. Otro que estaba tallando el piso junto con él secaba las losas meneando con exageración el culo. A ése le regalaron cigarros.

Al terminar, la inmundicia seguía reinando en los pisos y las

paredes. Los guardias les cobraron a los que irían al vapor, el resto se dirigió al baño central. Marcos apenas consiguió agua de una regadera cubierta de sarro

para enjuagarse el jabón de los ojos y descubrir, al quitarse con el mismo uniforme el amasijo de jabón y mugre, que sus calzones y calcetines sucios habían desaparecido. A punto de quejarse, se contuvo al notar que las miradas de varios se dirigieron a él y comenzaban a escrutarlo. Se vistió con rapidez al tiempo que escuchaba a alguien decir que los dueños de lo que entraba ahí eran los mayores.

De regreso en la crujía, fue hacia la Jarocha, quien se arreglaba frente al espejo. Ésta, desmaquillada, se esforzaba por reconocerse en la persona que la miraba de vuelta y, angustiada, cubría parte de su rostro con la mano derecha. Al ver por el reflejo que Marcos se acercaba, se apresuró a colocar la base para seguir con las sombras y el rímel. Lo saludó con un movimiento de cabeza y él se detuvo de inmediato al mirar de cerca el rostro afectado.

—No es nada, no me fue tan mal. Son peores los ojos morados, se notan más. O las puntadas en el culo. Te sacan de la jugada por semanas enteras.

Ya fui con Argüelles y me curó, también me dio antibióticos —a la Jarocha le costaba un poco hablar. Pronunciaba las palabras con lentitud y se maquillaba con cuidado la mejilla hinchada. Faltaba poco para la visita de la tarde. Añadió una pañoleta de colores vivos y lentes oscuros a su atractiva vestimenta para ocultar el desperfecto. Marcos recordó el derechazo que lo mandó al suelo antes de ser apresado y se tocó la quijada.

Nunca imaginó que su plan terminaría así, que acabaría preso preocupándose más por su propia integridad que por recoger a tiempo los periódicos durante la madrugada. Quería gritar que él no debía estar ahí.

Los ojos se le humedecieron y usó sus mangas como pañuelo.

Salieron juntos de la crujía. A pesar de la diferencia en la estatura, la Jarocha llevaba a Marcos del brazo. Ella, con minifalda negra, un suéter rojo ajustado, medias negras y tacones discretos, transmitía una fiebre a través de la mirada que nublaba el entendimiento de quienes la veían y los convertía en

salvajes guiados por el instinto. Había algunos que se reían de ambos y lanzaban sendas carcajadas al aire mientras los señalaban. Que ella les sonriera de vuelta mataba el chiste.

—Este alboroto es porque, al vernos, sintieron una punzada en sus pitos arrugados y flácidos… ahí o en el perineo, donde les encanta ser lamidos.

En los patios de las crujías había ya varios techos de plástico extendidos y

algunas cobijas fungían como refugios improvisados. La comida y la bebida abundaban entre la multitud animada. Marcos saboreó una jarra de agua de jamaica helada y un humeante chicharrón en salsa verde.

—Ay, tanta comida y hombre y yo sin poder tragar ni hacer mamadas hasta quién sabe cuándo…

La visita la constituían, en su mayoría, mujeres maduras y ancianas que llevaban alimentos. Alguno que otro joven y contados hombres llegaban con las manos vacías. Sólo las mujeres entendían el encierro, la necesidad de quienes lo sufrían. Las crujías pasaban de vecindades peligrosas a mercados atestados de vendedores y compradores que negociaban con palabras, confesiones y reproches, mentiras y verdades con las que los reos mendigaban cariño para aliviar un poco la aparente soledad del resto de los días.

—Marquitos, tú sí puedes aprovechar. ¿Dónde más te vas a encontrar a tanto cabrón reunido y urgido? Vente, vamos a la D. Quiero que el Cacarizo tenga presente lo que hizo, en una de ésas hasta lo delato con la Teresa.

Caminaron entre presos sonrientes, libres de remordimiento con o sin razón, entre rostros e intenciones opacadas. Muchos llevaban sobre los hombros una silueta negra que se volvía más pesada conforme la culpa les carcomía el pensamiento y la conciencia. Creencias disímiles convivían como lo hacían ellos, tolerándose y chocando.

Entraron a la crujía D y pasaron enfrente del Cacarizo, que soltó un sonoro y consistente escupitajo cerca de los pies de Marcos. La Jarocha siguió como si nada hasta que encontraron una mesa con lugar disponible. Ya sentados, ella tomó un periódico abandonado. Una leyenda en uno de los muros llamó la atención

de Marcos: «En este lugar maldito donde impera la tristeza, no se castiga el delito, se castiga la pobreza».

—Mira nomás, nosotras estamos aquí por idioteces cuando hay viejas que matan al marido y lo hacen tamales. Seguro la van a dejar ir con una fianza de risa. Eso sí, supo cómo sacarse al viejo golpeador de encima, y aparte hizo negocio con él hasta que la cacharon. Unas por otras. —Levantó la vista y se percató de tres mujeres que reían de forma escandalosa—. Fíjate bien, ésas son unas de las que me bajan la chamba. No es que me importe

mucho, yo tengo a los hombres el resto de la semana. Hay que aprender a ser compartidas. Además, una buena lavada con Zote y quedan como nuevos. La bronca es que luego ni tienen para el jabón y ahí tiene una que estar aguantándose olores y sabores desconocidos. —Se quitó la pañoleta para volver a acomodársela justo en el momento en que Teresa tomaba asiento al lado del Cacarizo.

Una marea espesa y caliente brotó en el pecho de la recién llegada al reconocer la marca en el rostro de la Jarocha: el grosor inconfundible de los tres nudillos marcados en el punto preciso. Supuso la falta del mismo par de dientes que ella escupió tiempo atrás y que fue reemplazado por dos piezas de resina que, de tan amarillentas, resaltaban en su dentadura. Dejó de escuchar la conversación del Cacarizo y se levantó. Sacó de un bolso el estuche del collar de perlas falsas que tanto había visto y tocado la Jarocha, el que tenía apartado desde hacía un mes, y se acercó a ella. La saludó y le pidió que se lo probara, que fueran a su crujía para que se lo mirara en el espejo. Se lo dejaría a mitad de precio para que se lo quedara de una vez. A la Jarocha se le iluminaron los ojos e, intentando sonreír, se olvidó por un instante de las punzadas en la encía y en el labio.

En medio del barullo y el fluir de gente se dirigieron los tres a la J. Marcos, segunda sombra de la Jarocha, iba atento, alerta. Teresa se deshacía en halagos hacia ella, quien presentó al muchacho como su ahijado. Al llegar, Teresa le pidió a Marcos con suma amabilidad que se quedara un momento afuera porque debía hablar de algo privado con la Jarocha. Ésta, conmovida por la cercanía y la intimidad de aquella mujer, le pidió que obedeciera.

Marcos escuchó unos golpes sordos. Cual espectro huérfano, sin un cuerpo al cual asirse para reanimar la marcha, le resultó

imposible cualquier movimiento.

Poco después Teresa salió de los dormitorios. Aseguró que la Jarocha debía descansar un rato y le dio el collar de perlas a Marcos, que quedó embelesado sintiendo cómo las cuentas lechosas de forma irregular palpitaban, imitando corazones de pequeñas aves, sobre sus palmas.

Apurada, Teresa regresó con el Cacarizo. Anunció que debía marcharse y, al abrazarlo para despedirse, le soltó a su esposo un «si serás pendejo».

Tras cruzar la puerta de visitantes y estar de nuevo en la banqueta, frente al baratillo inundado de puestos, respiró aliviada, con la sensación de haber hecho lo correcto.

LA NAVE VA

…somos una raza condenada,

encadenada a un buque que se hunde.

VIRGINIA WOOLF

I

Su camarote estaba decorado con garabatos que intentaban ser peces y estrellas de mar de cuatro o seis brazos y un pulpo sonriente y bizco, trazados con líneas curvas de tinta negra hechas con esfuerzo. Para los demás, esa celda era simplemente La Ostionería.

De día, la embarcación era muy estable. El problema venía con la noche y su desequilibrio, con el barullo, el eco de la corriente vehicular y la vida que se va apagando no sin antes aullar; con las estrellas que parecían invocar la actividad afuera, entre las firmes ondas del infinito océano.

Guillermo Almanza, el Turco, hombre fornido de treinta y seis años, de piel oscura, ojos verdes, barba y bigote bien recortados y nariz romana, dormía en la parte alta de la litera, a un lado de los barrotes de la única ventana circular. Antes de que Luis, su excompañero, se ahorcara del tercer barrote, el Turco dormía en la cama de abajo. Si bien la celda estaba diseñada para albergar a un preso, era usual que designaran hasta cuatro en esos dos metros cuadrados.

Aunque el recuerdo de Luis lo sumía en momentos de nostalgia, una alegría culpable lo hacía sonreír: había esperado, durante casi diez años de

encierro, que la celda fuera sólo para él. Lo deseó con vehemencia cuando los ataques de asma de su compañero empeoraron; si algo no soportaba era privarse de horas de sueño.

Dos semanas atrás, cuando despertó con los gritos de los guardias abriendo las celdas, lo encontró colgado junto a algunas camisas y el abrigo que compartían. Lo primero que pensó fue que era su culpa. Sintió una profunda pena por el abandono en que lo dejaba aquel asmático al que, a pesar de todo, apreciaba. Le tomó una mano y descubrió la ausencia glacial.

Ayudó a un guardia a bajarlo y, cuando el cuerpo desapareció de su vista, experimentó un alivio doloroso.

La corriente fresca que se colaba por los barrotes del portillo limpió la pesadumbre de la atmósfera y, al sentirla en el rostro, el Turco tenía la impresión de estar al borde del abismo, de no tener incidencia en su destino e ignorar por completo a dónde se dirigía.

En esa oscuridad, apenas eran perceptibles los objetos. Se esforzaba por encontrar los cientos de tornillos que unían el acero de las paredes de su camarote. Los tenía enumerados. De día le gustaba sentir su contorno transformado por el óxido, reconocer la diferencia entre tamaños y asperezas. Al localizar el número ciento treinta, identificó el mismo aire y la misma oscuridad de la noche decisiva, cuando, recostado al lado de Constanza, la sintió lejana a pesar de percibir el calor de su cuerpo y su aliento: «Te tienes que entregar —soltó ella por lo bajo—, así te van a bajar la condena. Mírame. Mírame, Guillermo, que ni se te ocurra llorar, tú eres un hombre, un macho. Vas a ir a confesar, te voy a conseguir al mejor abogado y te voy a sacar. No hay de otra».

Constanza le había pedido que lo matara. Fue su voz la que accionó el gatillo, no la mano de Guillermo. De esa ocasión, poco le quedaba claro. Sí, el hombre estaba desnudo en la habitación, al igual que su esposa, quien no dejaba de gritar, entre sollozos, que había sido forzada. Cuando Guillermo levantó la mano, ya estaba sujetando la pistola.

Un estremecimiento le hizo pensar que el barco vibraba y que en cualquier momento se hundiría. Recordó el temblor del 57, que derribó y degolló al Ángel de la Independencia: la imagen del cuerpo sin extremidades superiores apareció en los periódicos y revistas junto a edificios colapsados

del Centro Histórico y la noticia de cientos de muertes. Aquel domingo de paseo por la alameda comparó, tomado de la mano de su madre, el movimiento telúrico con el marítimo al instante.

Pero esta vez se trataba de las ligeras sacudidas de su alterado pulso; se irguió sobre la colchoneta, se deslizó hacia la cama de abajo y dio un pequeño salto. Buscó velas y cerillos en una caja de cartón.

Su camarote se iluminó sin mucho esfuerzo, una llama proporcionó la luz necesaria para admirar entero el reducido paisaje. La claridad y el calor diminuto fueron calmándolo. Anhelaba percibir el aire que se aferraba a las personas que venían de afuera, el olor de la libertad, ése por el que le prohibió a su esposa visitarlo después de los primeros meses de encierro. No podía soportar la idea de olisquear la felicidad unas cuantas horas a la semana para que luego ella se lo arrebatara y se lo llevara enganchado a su sonrisa hipócrita. Eso y la falta de respuestas del abogado lo orillaron a arreglárselas por sí mismo.

La revelación del barco le llegó el mismo día que lo torturaron metiéndole la cabeza al escusado antes de dictarle auto de formal prisión por dos décadas.

Y eso no fue nada comparado con los toques, que le arrancaron palabras falsas cuando empezó a oler su propia carne chamuscada.

Dos monos lo llevaron maltrecho, ya de noche, al que se convirtió en su camarote. Junto con la lluvia torrencial llegó don Graci a su celda, el mayor de la crujía D, un viejo encorvado respetado por todos. Se apoyaba en un retorcido bastón que usaba como macana y con el que lo bautizó como «el Turco». Lo obligó a tomar tequila y a fumar mariguana para relajarse.

Envuelto en una cobija, Luis se limitó a observarlos entre ataques de tos.

«Como en cualquier lado, tenemos reglas. Tienes que aprender a quién obedecer y de quién cuidarte, no hay más. Te tocó buen

compañero, éste es de los tranquilos. Tú te ves buen muchacho, no me hagas cambiar de opinión porque hago que te chinguen. Le das un aire al más grande de mis hijos», dijo el mayor analizando su rostro.

Guillermo bajó la mirada. Conforme conversaban, bebían y fumaban, su miedo fue haciéndose pequeño hasta convertirse en una piedra que se

almacenó en su alma, y el dolor cedió de a poco. Le habló a don Graci de su vida en La Paz, de cuando llegó junto con su madre a la Ciudad de México tras la desaparición de su padre, capitán de la Marina; de su infancia entre barcos, lanchas, arena y océano; de su juventud en la ciudad, rodeada de autos, asfalto y gente. De las tardes en las que su madre, maestra de Español, le leía poesía: Lorca, Huidobro, Mistral. Recordó con nostalgia la sensación de la arena bajo sus pies, el agua en sus extremidades y el sol tostando su piel, las ostras chocolatas y la machaca de camarón. El viejo lo escuchó sin interrumpirlo y soltando escupitajos. Guillermo se percató de la paciencia con la que el mayor rumiaba su historia.

Cuando don Graci los dejó, el Turco se quedó dormido entre truenos, el sonido de la lluvia y ronquidos. Soñó que la dureza del concreto de su cama crujía como la madera, que estaba en un buque acompañando a su padre.

El rumor cada vez más tenue de la urbe se convirtió en el romper de las olas a la lejanía en Todos Santos. La oscilación del navío en altamar lo relajó y se sintió de nuevo niño cuando un abrazo por la espalda lo atrapó para protegerlo. «El océano siempre será más seguro que la tierra firme», escuchó en un susurro.

Por la mañana, el techo de zinc y las paredes de metal lo remitieron al antiguo y descuidado ferri en el que cruzó por última vez de La Paz a Mazatlán. El inmenso mar, mudo e invisible, era el confinamiento perfecto.

Afuera, el cielo y el sol eran otros. La torre de vigilancia, elevada en un redondel, fungía como gavia: un faro en medio de esa descomunal e imposible nave. Las gaviotas, disfrazadas de palomas, eran las únicas que alcanzaban su soberbia altura. Guillermo la miraba anhelando estar ahí, poder mirarlo todo en completa soledad. Saber antes que nadie, que el capitán, incluso, lo que les esperaba. Miró al guardia del barco que, elevado sobre

el incansable pulular de cuerpos indistinguibles, podía ver más allá.

Los vigilantes, con sus uniformes azules, merodeaban como tiburones feroces en posición vertical. La peste del desagüe se había transformado en el efluvio salino propio del océano. Los barrotes de los pasillos estaban ahí para proteger a la tripulación, para evitar que alguno cayera al precipicio líquido. Aquella era la Stultifera Navis, aunque, a diferencia de la original, su tripulación no buscaba la razón, sino la libertad.

Ese nuevo espacio marítimo en una ciudad encrespada no permitía que el

barco se moviera demasiado. A excepción de don Graci, quien le ayudó a conseguir los pinceles y la pintura para decorar su camarote, ninguno aceptó la versión de la nave en altamar. Obligado por la convivencia, Luis lo ayudó con la decoración. Cuando terminaron y estaban esperando que la pintura se secara y el olor disminuyera, Luis se sentó. Le mostró el índice derecho al Turco y dijo:

—Por culpa de un dedo, así como lo oyes. Antes no estaba tan jodido, trabajaba en el camión del servicio de limpia. Supe que era de mujer porque traía un anillo de oro y la uña pintada de rojo. Los compañeros me dijeron que le sacara el anillo y aventara el dedo, total. No lo hice porque me pareció una falta de respeto. Entre el montonal de basura que recogíamos de los camellones, no supe de dónde salió. Lo llevé a la estación de policía de mi barrio y me acusaron de asesinato. Tengo tres años esperando mi sentencia, ¿tú crees?

Era poco antes de las ocho de la noche, y el resto de la tripulación regresaba a sus camarotes para el último pase de lista. El Cacarizo pasó enfrente de la celda olorosa junto con otro compañero. El olfato condujo su vista hacia el interior.

—¡Mira, una marisquería, cabrón! Yo quiero ostiones frescas en sus conchas, de esas que se retuercen con limón, y una michelada bien helodia,

¿tú, carnal?

—Un coctel con harto camarón, mi Cacarizo, con sus tostaditas…

—¡A ver, hijos de su madre, ya escucharon lo que queremos!

¡Rapidito!

El Turco caminó hacia la puerta, pero Luis lo detuvo negando con la cabeza.

Desde afuera se colaron risas socarronas mezcladas con amenazas que se fueron diluyendo conforme un guardia los alejó. El Turco sintió que su cuerpo contenía un océano a escala, un líquido que se helaba con el miedo y con la angustia, que hervía y se oxidaba con la ira y que debía fluir a través de los lagrimales.

Más allá de los muros y las rejas, lo único que podía ver era el cielo azul adornado, en ocasiones, por algunas nubes. Nunca tierra. Hasta no encallar

o ver suelo firme asomarse, estaría convencido de que aquel pesado barco navegaba a la deriva, en la incertidumbre, o que permanecía anclado, meciéndose. Las lluvias que inundaban la planta baja le reafirmaron al Turco que ése era, al igual que su tripulación, un barco suicida, un gigantesco bloque de metal que buscaba angulosas rocas para herirse a sí mismo, buscando desangrarse a la inversa, ahogarse por dentro.

En el aislamiento del buque, los años se evaporaron como charcos a los rayos directos del sol, ese que calentaba hasta lo indecible las escotillas metálicas de los camarotes, se colaba por los portillos o formaba arcos de luz multicolor en la pileta del patio. En ese mismo sol reflejado veía la silueta ondulante de un mar que lo atraía como a las tortugas marinas recién nacidas, y sentía la necesidad de sumergirse, de avanzar hasta hundirse y dejar de respirar. Lo mismo pasó con sus sensaciones: se difuminaron a excepción de la desesperación y la tristeza, que crecían los domingos, cada que salía del cuarto de abogados. Por recomendación de Luis, invertía el poco dinero que tenía en insistir en su inocencia, aunque don Graci, viejo experimentado, le había repetido varias veces lo inútil del caso: «Hijo, ya ni te pares en los cuartuchos de defensores. Los abogados y chupatintas nada más buscan sacarte lana».

En cuanto a sus recuerdos, se volvió tan desmemoriado que llegó a dudar de haber salido de La Paz. Sospechaba incluso de haber estado casado, de la existencia de una tal Consuelo o Constanza.

Tras convertirse en marinero de asfalto, el Turco se hizo asiduo a la revista Reader's Digest, que compraba al doble de precio meses

después de su publicación. La muerte de Luis coincidió con un especial marítimo que había releído tanto que algunas hojas ya estaban sueltas. Cuando volvía a ella clausuraba cualquier viso del exterior al cerrar la puerta de lámina y el reducido camarote se convertía, de pronto, en un submarino.

Así conoció el komerobi, lo que le definió a don Graci como «el sentimiento más cruel del mundo». Le contó que un pirata japonés del siglo XVI, encontrado en una costa de China tras haber sido arrojado, atado de pies y manos, desde la plancha de un barco enemigo, había inventado la palabra.

Al recobrar la consciencia, repetía komerobi; describió que era una sensación de flotar en una inmensidad líquida de la que resultaba imposible escapar. La desesperación por llegar a la superficie, de mirar la claridad

alejarse cada vez más y sumergirse en la oscuridad; sentir explotar las sienes, salir disparados los ojos y reventado el corazón. Desear lo contrario a las posibilidades, eso era el komerobi.

El Turco reconocía ya las palpitaciones y el escalofrío. Sentía cómo los músculos de sus hombros, pesados, se esforzaban por someterlo hasta reducirlo: era la reacción natural del cuerpo, una especie de fiebre que luchaba por eliminar la enfermedad buscando el descanso obligado. Se acercaba el komerobi, la versión marítima del «carcelazo», la feroz depresión derivada del encierro. Había quienes incluso quedaban rendidos a ese desaliento.

Se convenció de que el tiempo no curaba ninguna herida, al contrario: las abría más y calaba en las viejas.

Recurrió a una técnica que había aprendido de Luis: contar los segundos para que los números suplieran al desánimo, las cifras invadieran su cerebro y no dejaran espacio a otros pensamientos. Había ocasiones en que la numeración avanzaba a tropezones, la secuencia se volvía pesada, las cantidades se transformaban en plomo. Miraba a través de un fondo de botella; el cuerpo se desesperaba al sentir que los muros y el acero lo apretujaban, que ni siquiera dejaban espacio para que llegara el oxígeno suficiente a los pulmones ni al cerebro, y la piedra en su alma se volvía una brasa. Esa opresión era lo peor del komerobi: ser comprimido hasta casi desaparecer, permanecer agonizando. Aún

podía sufrir, seguía vivo. En esa tragedia diaria, el dolor físico nunca rebasaría al emocional.

A los dos días, el Turco se reintegró a la normalidad del buque. El alivio llegó cuando don Graci lo vio pasmado otra vez frente a la escudilla de peltre a la hora de la comida. Ya estaba acostumbrado a comer sin cubiertos, prohibidos en la mayoría de las crujías, mas en ese estado anímico al Turco le parecía que alimentarse con las manos era de un salvajismo inaceptable. Miraba alrededor y sus compañeros, marineros bárbaros, comían con alegría manchándose de caldo y manteca. Don Graci se hizo sitio junto al Turco y le palmeó la espalda. Éste reaccionó, fue como si el golpe le hubiera destapado los oídos: escuchó una mala broma que hizo el viejo y soltó una risilla junto con algunas lágrimas. Por debajo de la mesa, el viejo le pasó un cigarro, una cuchara rudimentaria hecha con un trozo de madera y un pequeño cuadro de chocolate. El veterano tenía comprobado

que esos tres objetos constituían un tesoro capaz de reanimar al más alicaído.

El Turco probó bocado; fumó la mitad del cigarro al terminar, comió un trozo minúsculo del chocolate y regresó a su camarote a guardar el resto del botín. Cuando abrió la pequeña lata metálica de Royal que ocultaba debajo de la que había sido su cama, saltaron las negras y gruesas letras impresas en un papel amarillento: «¡Horroroso asesinato! Acribilla a su mejor amigo

¡de 6 tiros!» Conservaba la nota porque incluía una foto de cuando fue apresado. Se la habían vendido a los pocos días de ingresar al barco.

Aunque la versión de «defensa propia» no fue aceptada, los marineros le dieron la razón cuando dijo por qué estaba ahí: defender el honor de la mujer era una cuestión de vida o muerte.

Volvió a doblar el papel amarillento con cuidado y lo colocó en la lata. Metió el resto del cigarro y el chocolate y la volvió a guardar. Al introducirla, escuchó el tintineo de su «cualquier cualquier para el jodido», la moneda de 50 centavos con la que se entretenía en las noches de insomnio. La sacó.

Cuando la vio recordó a Luis, quien se la regaló y le enseñó el juego al que se volvió aficionado en el apando, sitio de castigo obligado por casi cualquier detalle: no contestarle a los guardias,

negarse a hacer la fajina o poner a secar la ropa limpia en el pasillo.

De tanto castigo, el Turco creía que, en vida, a su compañero le gustaba más estar en aquel calabozo húmedo y maloliente que en La Ostionería. El juego era sencillo: se requería de poca luz y una moneda pesada. Sentado o en cuclillas, el tostón se arrojaba a la pared de enfrente y luego se debía buscar a rastras, tanteando el suelo y sus miserias, guiándose entre la suciedad por el tacto y el oído. La acción se debía repetir hasta que el cansancio venciera.

«Así, al menos puedo mantener la cordura… aunque la piel, los ojos y el espíritu se me marchiten…», soltaba Luis entre una tos desesperada.

Al Turco aún le quedaba media hora libre antes de regresar a la biblioteca.

Le asignaron ocho horas diarias de trabajo ahí porque, en el interrogatorio que le hicieron cuando ingresó, al mancharle las huellas dactilares de ambas manos con una tinta negra que no pudo quitarse en días, escucharon que trabajaba con libros; había sido el contador de una empresa durante años.

Ningún sitio les pareció más adecuado para él.

El primer día de trabajo, el Turco, sin muchas nociones de la organización de un acervo fuera de los géneros literarios, notó rápidamente que allí se basaban en los tamaños o los colores para ordenarlos. Después de semanas en las que sacudió, reorganizó y conoció la breve colección, empezó a leer los títulos o nombres de autores que tenían combinaciones de letras extrañas. Encontró algunos poetas que ya conocía. Recitaba los versos en voz alta recordando la dicción de su madre.

La poesía y el olvido lo volvieron cleptómano. Empezó a robar versos arrancándolos con sutileza para escribirlos en los muros comunales del patio de su crujía y adjudicarse su autoría. La biblioteca era poco visitada: no le preocupaba que alguien echara de menos los fragmentos. Los intelectuales como Revueltas, José Agustín y los estudiantes presos tenían sus propios libros e incluso sus bibliotecas personales.

En las paredes del patio, aparte del altar a la Virgen de Guadalupe y las diez sentencias de don Graci, como «El principio del sufrimiento es la ignorancia», y «No se debe juzgar a los

demás nunca. Nunca sabes qué historias, qué dolores traen sobre los hombros», el texto más célebre era un verso que él había transcrito: «Tristeza, escarabajo / de siete patas rotas, huevo de telaraña, rata descalabrada, esqueleto de perra: aquí no entras.

No pasas», justo arriba de una frase al ras del suelo: «Un yugo de veinte años ha de terminar por destrozar a un hombre. La gota de agua horada la piedra». Versos, plegarias, señales. Todo tenía un espacio en el pergamino inmenso de mampostería que en algún momento sería lanzado al mar en una garrafa colosal para encontrar a su destinatario.

La mayor parte del tiempo la pasaba entre libros. El Turco se convirtió en un ermitaño silencioso que se esforzaba por ignorar el sufrimiento y que dialogaba con hojas impresas.

La biblioteca no era el sitio más singular de la nave. También tenía su propia oficina de correos. Sin importar su popularidad, eran numerosos los que no confiaban en aquel medio de comunicación, pues aseguraban que no había carta que no pasara por un minucioso escrutinio: «Estos cabrones no dejan sobre cerrado», aseguraba don Graci.

Como sustitutos casi perfectos, optaron por los globos de Cantolla. El mayor, además de mantener el orden y fungir como preso-policía, tenía la

habilidad de hacerlos. En los papeles escribían mensajes para quienes estaban en tierra, sin importar que, en ocasiones, los globos no lograran salir siquiera de la crujía: se incendiaban en su camino hacia la libertad.

II

El Palacio de Lecumberri era una embarcación incrustada en un océano sólido, una «promesa del porvenir» que se hundía con discreción hasta que su final se fechó en 1976, tras la noticia de la fuga del narcotraficante Alberto Sicilia y sus camaradas a través de un túnel subterráneo.

Echeverría, que detestaba al viejo y disfuncional armatoste desde hacía tiempo, decidió acabar con él.

Las autoridades del penal se defendían asegurando que el sistema penitenciario lograba modificar la conducta de un criminal. El signo más claro residía en la mirada del preso, que se volvía

pacífica, mansa.

Afirmaban que se domesticaba al monstruo erradicando la malicia cuando en realidad ésta se escondía en una parte menos notoria.

Los vigilantes pensaron que la docilidad de la mayoría de los presos significaba su arrepentimiento. Error: ellos habían aprendido a disfrazar la crueldad usando la máscara de la mansedumbre.

La cárcel contenía a una multitud unificada de presos, de cuerpos torpes que, cuando los gritos de los guardias apremiaban, parecían haber olvidado las habilidades básicas y confundían lo brutal con lo cordial y viceversa.

Cada uno mostraba el mismo rostro angustiado, ése que aparentaba obedecer mientras ideaba su venganza. El Palacio Negro era una amalgama miserable tanto dirigida como habitada por hombres necios.

El barco sería desmantelado; el acero, vendido por toneladas. Cuando comenzaron a trasladar a los presos, siempre de noche y variando las rutas, el rumor comenzó a correr dentro del penal.

Ante la sorpresa de la futura destrucción y el inicio del uso de piquetas para

la demolición, hubo argumentos que defendieron a la Stultifera Navis: «Las piedras no son culpables de los crímenes». Se propuso entonces que fuera la nueva sede del Archivo General de la Nación: la memoria del país supliría a los cuerpos.

Las julias distribuyeron a poco menos de tres mil presos en diversos centros penitenciarios. El destino del último millar, al que pertenecía la crujía D, era el recién inaugurado Reclusorio Norte.

Don Graci, el Cacarizo y el Turco fueron trasladados junto con otros cinco presidiarios. Al interior de la julia reinaba el silencio de la noche, interrumpido a intervalos por el motor del vehículo y la respiración de sus ocupantes. Debido al traqueteo, el Turco golpeaba de vez en cuando la lámina del vehículo con el hombro izquierdo. Don Graci estaba a su lado derecho.

Viéndolo desde afuera, Guillermo supo que no estaba tan errado:

por la noche, las luces del Palacio de Lecumberri simulaban un crucero encallado en la delegación Venustiano Carranza. Alrededor, edificios y calles conformaban la vegetación marina. Entre sombras, algunos vehículos solitarios pasaron a su lado.

Al entrar en carretera, las plegarias llenaron el reducido espacio. Los hombres, en especial el Cacarizo, demostraron que el presidio obligaba a volver a creer en algo más poderoso que ellos aunque fuera sólo en momentos críticos como ése. A través del aliento rancio y tembloroso de sus compañeros, el Turco intuyó que las oraciones no eran sinceras. Advirtió en los cuerpos la tensión previa a la catástrofe.

Ocurrió en un instante tan breve; apenas lo notó. Don Graci sacó de entre sus ropas un objeto y atravesó la reja de seguridad que los dividía del conductor y su acompañante. Era un pequeño cuchillo tan afilado que penetró la nuca del policía sin dificultad. El auto salió de la vía, se deslizó algunos metros en una ladera, dio dos vueltas y se estampó en un árbol.

Durante el accidente, el Turco cerró los ojos y se aferró al asiento. Al cesar el movimiento, don Graci repartió ganzúas con las que, no sin dificultad, el resto se liberó de las esposas y abrió una de las puertas traseras.

Renqueando y entre quejas, se fueron lo más rápido posible. El mayor lo

jaló del brazo. Como Guillermo no reaccionaba, atinó a decirle «¡pélate!»

antes de huir. Éste lo escuchó como un eco; se había golpeado la cabeza.

Sólo alcanzó a ver manchas difusas alejarse trabajosamente entre la densidad del agua de mar.

Debía liberarse de las esposas que lo sujetaban al vehículo. Necesitaba un objeto pequeño y puntiagudo. El destello de una ganzúa en el otro extremo del asiento llamó su atención. Al intentar estirarse para alcanzarla, notó un dolor que no había percibido; su hombro estaba dislocado, y su pie izquierdo, prensado debajo del asiento del conductor.

Miró al frente. Lo único a su alcance era el cuchillo clavado en la nuca.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco principalmente a mi tutor y compañeros de generación de la Fundación para las Letras Mexicanas, por sus valiosos comentarios y sugerencias: Geney, Elisa, Aura, Emanuel, Jorge, Josué, Sabina, Mariano y Edén.

A Alberto Carvajal, por su generosidad al compartir experiencias y conocimiento, y a Julia Piastro, porque nuestros intereses afines nos hicieron acompañarnos.

A los primeros lectores del manuscrito completo, Iliana Vargas e Hiram Ruvalcaba, colegas y amigos muy queridos, por la atención que le brindaron a estas letras.

Al equipo editorial de Paraíso Perdido, en especial a Antonio Marts y James Nuño, por confiar en mi obra, y a Sandra Liera, por el cuidado con el que trabajó los cuentos.

A Chris, por apoyarme siempre y volver único este libro al plasmar su arte en la ilustración de la portada.

A mis familiares y amigos, por creer en mí.

Y, por supuesto, gracias a ti, que lo tienes en tus manos y llegaste hasta esta página, por interesarte en las historias de estas sombras y traerlas a la vida de nuevo.

ÍNDICE

LA CASTAÑEDA

La muerte niña

Vidas ajenas

Furor impius

Morbus Pueri

Espejos de mercurio

Arrancar el mal

LECUMBERRI

¡Crimen nunca visto!

Venganza de marfil

Una llama se enciende

Puedo soñar que ocurrió

De qué eres memoria

La nave va

Agradecimientos

PARAÍSO PERDIDO

©2021 Lola Ancira

©2021 Editorial y Servicios Editoriales

Paraíso Perdido

S

de

RL

de

CV

Misiones 574-13

Guadalajara|México|44130

hola@editorialparaisoperdido.com

PRIMERA EDICIÓN, ABRIL 2021

CORRECCIÓN ORTOTIPOGRÁFICA

typotaller

IMAGEN DE PORTADA

©Chris Peste

DISEÑO DE LA COLECCIÓN

Antonio Marts /

ISBN

978-607-8646-75-3

Se autoriza la reproducción de este libro

total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para USO PERSONAL y

SIN FINES DE LUCRO

y

citando al

AUTOR

y a la

EDITORIAL.

Editado en méxico

Esta edición de

Tristes sombras

fue impresa en la ciudad de Guadalajara

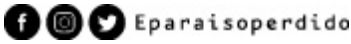
en abril de MMXXI

,

año dos de la fatídica pandemia de Covid.

En su composición se usaron las fuentes Calluna de 9, 11 y 19 puntos

y Pill Gothic de 12, 14 y 26 puntos.



Document Outline

- Cover Page
- TRISTES SOMBRAS
- LA CASTAÑEDA
- LA MUERTE NIÑA
- VIDAS AJENAS
- FUROR IMPIUS
- MORBUS PUERI
- ESPEJOS DE MERCURIO
- ARRANCAR EL MAL
- LECUMBERRI
- ¡CRIMEN NUNCA VISTO!
- VENGANZA DE MARFIL
- UNA LLAMA SE ENCIENDE
- PUEDO SOÑAR QUE OCURRIÓ
- DE QUÉ ERES MEMORIA
- LA NAVE VA
- AGRADECIMIENTOS